



TATIANA GARCÍA

**SALVADORES**  
*Duros*

COLECCIÓN DE TRES NOVELAS ROMÁNTICAS  
CON PADRES SOLTEROS Y MAFIOSOS



---

# SALVADORES DUROS

---

*Colección de Tres Novelas Románticas con Padres  
Solteros y Mafiosos*



Por **Tatiana Garcia**

© Tatiana Garcia, 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Tatiana Garcia.

Primera Edición.

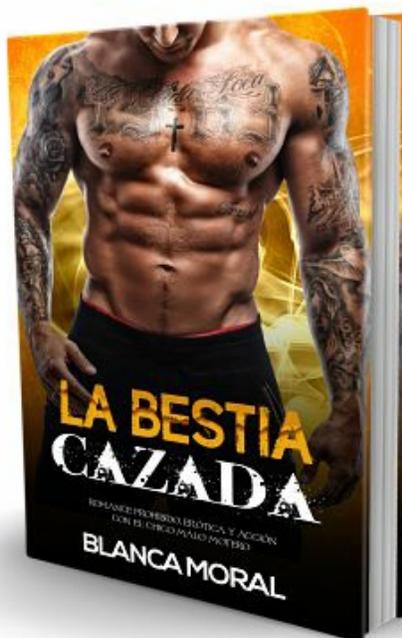
*Dedicado a Samira,  
el primer choque de culturas en mi mundo.*

*Mi regalo **GRATIS** por tu interés;*

--> **[Haz click aquí](#)** <--

**[La Bestia Cazada](#)**

**[Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero](#)**



~~2,99€~~

***Gratis***

--> **[www.extasiseditorial.com/amazon](http://www.extasiseditorial.com/amazon)** <--

*para suscribirte a mi boletín informativo  
y conseguir libros el día de su lanzamiento  
**GRATIS***

# Índice

**Cavernícola** — *Romance con el Vecino y Padre Soltero*

**Tío Duro y Padre Soltero** — *Romance, Pasión y Acción con el Motero Criminal*

**Rescatada** — *Romance y Acción entre la Virgen y el Mafioso*

**Bonus** — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

# Cavernícola

## *Romance con el Vecino y Padre Soltero*

### CAPÍTULO 1

No me gustaba nada ese hombre. Cuanto más lo pienso, más extraño me parece todo, pero es que no lo soportaba.

Vivo sola. Después de intentarlo con un chico que me hizo feliz al principio, todo ha terminado. Roberto se fue, o más bien hice que se fuera. Él dice que lo eché a la calle como a un perro, pero lo único que hice fue lanzar toda la ropa de la parte derecha del armario a la calle. Me quedé en la ventana, asomada, para no perderme ese momento que creí sería interesante. Demasiadas películas de Hollywood en mi haber, me temo.

Roberto llegó, supongo que vio su ropa allí tirada, sobre la acera, pero la ignoró por completo. Subió, intentó abrir, pero yo había cambiado la cerradura. Ni siquiera gritó, ni me amenazó. Hasta ese punto estábamos hastiados el uno del otro. No había pasión ni en las discusiones, que eran más bien gestos de dejadez e indiferencia. Si yo le reprochaba algo, él encogía los hombros. Cuando él, pocas veces, debo decirlo, se quejaba por alguna nimiedad, me limitaba a mirarlo de arriba abajo y ahí terminaba todo.

En fin, no sigo porque no hay nada interesante que contar de Roberto. Me parecía un buen chico, un joven adoctrinado por el sistema, emasculado por la moralina bienpensante de la postmodernidad estúpida que nos ha tocado vivir. Incluso, ahora, me arrepiento de haberle tirado la ropa así, de esa manera tan zafia, tan de poligonera de cuarta. A pesar de todo lo que ocurrió por su cobardía.

Una tarde lluviosa de marzo, qué tarde no es lluviosa en Santander en marzo, me lo topé de bruces. Yo venía cargada con algunas bolsas del *Aldi*. A duras penas conseguí sacar la llave del portal del bolso y, cuando iba a abrir, salió

él. Un hombretón de metro noventa y muchos kilos de puro músculo. El clásico *cachas*, o el machito, como decíamos mis amigas y yo en la Facultad de Derecho sobre los tíos que estaban como un cañón.

No solo no me sujetó la puerta, sino que ni me saludó. Es que ni me vio, estoy convencida de que mi presencia fue para él menos que un holograma. Pude meter la bota antes de que se cerrase la puerta. Me volví para echarle una mirada de las mías, matadora, pero ya estaba lejos. Qué rapidez tiene al moverse.

La verdad es que no corría, pero ya había recorrido más de veinte metros en esos escasos segundos y solo vi su espalda, alejándose. Me pareció guapo, pero no alcancé a verle la cara bien por su precipitada salida. No soy una *barbie* de esas que se están todo el día haciendo *selfies*, pero los hombres aún me echan una miradita de vez en cuando. Vamos, que no estoy tan mal como para que me ignorase así.

Unos días después, nos volvimos a encontrar. Esta vez en el ascensor. Yo vivo en el cuarto y él, me enteré justo ese día, en el sexto. No fue capaz ni de amagar un saludo, un triste hola, un maldito "buenas tardes". Nada. No me bajé del ascensor porque yo había llegado antes, él entró cuando se cerraba la puerta. Dio al botón del sexto acercando su brazo a mi cara. Iba vestido con una chaqueta verde oliva, de lana, un poco justa.

Maleducado era, sí, pero qué brazos, Virgen santa. En ese momento, deseé, pese a mi incipiente rechazo hacia él como persona, que el trayecto no terminara o que el ascensor se quedara colgado. Llegamos al cuarto muy deprisa. No me molesté en despedirme porque intuía que no recibiría respuesta alguna y no soporto a esos maleducados.

Ese machito empezó a enrabiarme, y eso que tenía un olor que me gustó; no era colonia, ni loción de afeitado, era su propio olor, que me atrajo.

No sabía si era así con todo el mundo o solo conmigo. Nosotras, siempre queriéndonos sentir especiales ante ese hombre que decimos no soportar, pero sobre el que nos imaginamos sentadas, acariciándole la cara antes de besarlo frenéticamente.

A partir de ese segundo encuentro, anhelé encontrármelo más veces, para ir afianzando mi manía hacia él y también, ya puesta, por qué no, poder admirar

ese cuerpazo de vikingo salvaje que tenía. El pelo era de un rubio oscuro muy bonito, como ciertos daneses o suecos; por eso me pareció un vikingo. Podía, con demasiada facilidad, imaginármelo con un hacha de doble filo en la mano y un casco de metal cubriéndole esa cara tan atractiva.

Tardé en volverlo a ver. No sé cuánto con exactitud, quizá dos meses, o tres. Estaba bien entrada la primavera, eso es seguro. Esta vez no lo vi en el portal, sino en el *Ventilador*, en la Plaza Cañadío, un clásico bar de copas que está siempre incluido en la ruta que hacemos cada viernes y sábado mis amigas y yo.

Estábamos Lola, Carmen, Nati y yo. Lola y Carmen son amigas de la Facultad, de Deusto. Nati es una compañera, una secretaria de juzgado que, desde que se divorció, viene a veces con nosotras, invitada por mí. Es bastante bromista y las chicas lo pasan bien con ella.

Fueron ellas las que me hicieron volver la vista hacia él.

- Mirad qué machito pata negra hay ahí, al fondo -dijo de repente Carmen, que no se pierde un solo hombre guapo, sin importar la cantidad de alcohol que lleve encima.

- Ese no es de aquí -agregó Lola-, parece de anuncio.

Yo fui la última en percatarme de la presencia de Bruno, puesto que estaba contestando a un mensaje de móvil y me despisté un tanto. Cuando miré, sufrí la misma extraña atracción hacia él. Esa noche llevaba una ligera sombra de barba que lo favorecía aún más. Estaba guapísimo, irresistible. Pero más serio que nunca también. Hablaba con un hombre, un tío de unos cincuenta años por lo menos. Bruno bebía agua y el hombre estaba apurando un cubata.

A las chicas les extrañó no escuchar de mi parte algún ácido comentario, ya que solía ser la más crítica del grupo y, ante excesivas alabanzas a un guaperas, salía mi vena de psicóloga aficionada y la más disparatada teoría, tanto más cuanto más hubiera bebido aquella noche, me ayudaban a conformar un perfil que nos hacía reír a todas. Así pasábamos buena parte de la noche, tratando de imaginar las vidas de los hombres que nos gustaban. Si iban con pareja, ellas solían acabar despellejadas vivas.

Lo estaba observando con atención. Parecía no estar de acuerdo con su interlocutor. Negaba repetidamente con la cabeza y, de repente, dio un

manotazo impresionante sobre la barra que dejó al bar paralizado. Todos los clientes, que abarrotábamos el local, nos callamos.

A alguna hasta se le cayó el vaso. El hombre hizo gestos para tranquilizarlo, intentó calmarlo, pero él, muy enfadado, salió del bar por un pasillo natural que le hizo la gente, asustada ante tamaño energúmeno. El hombre se quedó allí, mirando hacia el suelo, no sé si asustado o acostumbrado a ese tipo de reacciones en Bruno.

Salió, como él anda, tieso como un palo y orgulloso como un príncipe desfilando ante sus súbditos. Estuve a punto, me lo confieso a mí misma ahora, de despedirme de las chicas para poder hacerme la encontradiza con él en el portal, pero enseguida recordé la velocidad que tiene al andar y preferí dejar las cosas como estaban. Lo estábamos pasando bien y la noche acababa de empezar.

- Joder con el machito -dijo Nati-. ¿Se habrá roto la mano al golpear así? Pero ¿habéis visto qué palmotada? Si han saltado vasos y botellines de cerveza, en serio. Qué susto me ha dado, el condenado.

- Pedazo de mula, parece un bestia sin educación. Muy guapo, mucho cuerpo pero ese tío está amargado, chicas -opinó Carmen.

- Me hace a mí eso -apuntó Lola, la más impulsiva de nosotras- y le estampo un bofetón a tiempo, que quizá es lo que merezca.

- Hala, tía, tranquila. ¿Cómo te iba a hacer eso a ti, con esa carita de muñeca que Dios te ha dado? -le dije, frotándola el brazo, pero imaginándome, divertida, un bofetón de Lola a Bruno, lo que me hizo reír a carcajadas sin poderlo evitar.

Ya no pudimos parar las risas hasta que nos fuimos a casa, con bastante alcohol en el cuerpo y sintiendo, en el fondo, al menos yo, que habíamos echado a perder una preciosa noche como aquella metidas, como borregos, en un pequeño local ruidoso e incómodo.

\* \* \* \*

A partir de aquella noche, me lo fui encontrando con más frecuencia. Bruno se levantaba muy pronto. Salía a correr por la mañana, un poco después de amanecer. Lo descubrí un día que no podía dormir. Harta de dar vueltas en la cama, abrí la ventana, para sentir el olor del mar, que estaba cerca, y entonces lo vi. Con un chándal azul oscuro, con capucha.

Acababa de salir del portal, hizo unos estiramientos de tobillos y rodillas, y emprendió la carrera. Daba igual el tipo de ropa que llevase, le sienta todo de maravilla. Tiene una percha perfecta. Me quedé allí, mirándolo alejarse, soñando con encontrármelo otra vez en el ascensor, o en el portal. Pero ¿qué decirle, si parecía más bruto que un arado romano?

Se volvió a repetir la situación de la primera vez, pero a la inversa. Él llegaba con un montón de cajas y paquetes que aún no me explico cómo un solo ser humano podía ser capaz de sujetarlo sin que se le cayera nada. Me quedé ahí, abriéndole la puerta, a ver si así, me dije, aprendía un poco de educación y buenos modales.

Urbanidad, como decían en la época de mis abuelos. ¡El tío entró como Pedro por su casa, como si yo estuviera allí para servirle! No se dignó ni a darme las gracias. En el fondo me esperaba algo así. "La gente no cambia, Clara", me decía siempre mi abuela; "tratar de cambiar a las personas es más tonto que darse de cabezazos contra la pared", añadía.

Ni mucho menos pretendía yo cambiar la actitud prehistórica de aquel mazacote de músculos, guapo como las estatuas griegas de sus dioses. Pero me dio rabia. Esa sería la última vez que le sujetaba la puerta ni le sujetaba nada. La próxima vez se la cerraría en las narices, por maleducado.

- De nada -le grité al tiempo que salía a la calle.

Ignoro si respondería algo. Lo más probable es que soltara algún gruñido animal, en el mejor de los casos, algo a todas luces cavernícola. Cuanto más me metía con su carácter, más me atraía físicamente. El odio era proporcional al deseo. Maldito vecino, me decía a veces, para pasar a contestarme, de inmediato, que qué suerte había tenido al encontrármelo aquel día en la puerta. Como una cabra, Clara, como una cabra.

Ya había abandonado toda pretensión de entablar un, ejem, digamos prediálogo con un ser tan primitivo, cuando, una noche, hacia las nueve y

media, cuando iba a tomarme uno de mis relajantes baños de sal marina con gel de algas, llamó a la puerta el hombre de las cavernas.

Ahí lo tenía. Abrí, y me quedé de piedra. Por la sorpresa, por que fuera capaz de llamar al timbre sin derribar la puerta con los desmesurados hombros de titán, por lo requeteguapísimo que es, el cabrón.

- Hola —atención, que sabía hablar el muchacho, agárrense los machos—. ¿Podrías dejarme un cartón de leche? Es para mi hijo. Está todo cerrado ya y no tiene leche para desayunar. Es la primera vez que me pasa, pero sin leche no sabe desayunar nada. Y también le gusta tomarse un cacao antes de dormir. Nadie me abría la puerta, he ido bajando, bajando y...

Yo había salido a abrir en camiseta de tirantes y pantalón de pijama. No me pareció muy sexy, fue lo primero que pensé. Tardé un poco en reaccionar debido a los hipnóticos ojos azules, enormes, del Adonis del sexto. Qué rostro cuadrado tan perfecto, pensé. Esa mandíbula... Desde cualquier ángulo que se mirase, era perfecto. Le habría dado, aunque luego diga que no, la nevera entera.

- Pasa, pasa, no te quedes ahí, hombre - dije, lo más amable que pude.

- No, espero aquí -dijo un poco huraño.

- Bueno, como quieras. Un segundo, voy a ver si tengo.

Volví con dos cajas de leche desnatada, que es la única que tomo. Se lo hice saber y dijo que daba igual, que también era leche. Creo que llegó a esbozar un "gracias", pero mis oídos no lo percibieron con claridad.

Bueno, no estaba mal. El Neanderthal hacía, muy poco a poco, eso sí, sus progresos. En pocos años estaría listo para soltarlo en sociedad.

Al día siguiente, cuando salí de casa para ir al trabajo, me encontré, sobre el felpudo, dos cajas de leche desnatada, de la marca que tomo. Este muchacho... es que no espabila. Pero si se las di, se las di, no se las presté, como se presta una pluma cara o el coche el fin de semana. En fin, las cogí y las metí dentro moviendo la cabeza de lado a lado, pero sonriendo. En el fondo..., quizá... No, qué digo, pero seré tonta...

En el coche, camino de mi despacho, di vueltas al asunto Bruno. Un hombre cavernícola, con rostro de modelo, con cuerpo de jugador de rugby o boxeador

profesional, con un hijo, al parecer, pequeño. Se preocupa por él. Por lo tanto, si se preocupa por él pero ni siquiera tiene en casa lo que más le gusta al niño, que es la leche, no parece que haya por aquí cerca alma femenina alguna que solucione las pequeñas trivialidades de la existencia cotidiana

Las palabras "soltero", "viudo", "divorciado" pasaron por mi mente. Me parecía más romántico que fuera un pobre viudo, pero seguro que la realidad era más burda. Cada día sentía más interés por este hombre que me había devuelto las dos cajas de leche.

La curiosidad creciente dio paso a unos celos tontos, infantiles e injustificados, cuando, a los pocos días del asunto lechero, apareció Bruno acompañado de una chica muy joven, que rondaría los veintipocos. Los vi entrando en el portal mientras yo daba vueltas con el coche tratando de encontrar un hueco en nuestras mal diseñadas ciudades.

¿Podría ser la madre? Podría. Él no me había dicho la edad del niño, que podía tener tres o cuatro años. Aun así, se me antojaba demasiado joven para serlo. ¿Su nueva novia? Lo más probable. Era una chica muy guapa, rubia y alta. Entonces me arrepentí de haberle llamado cavernícola, hombre de Neanderthal, prehistórico y todo eso. Algunas, más inteligentes, no se andaban con mis remilgos de provinciana critica.

Aparqué tras más de media hora de sentirme en un miserable tiovivo eterno, fui a la tienda para comprar algo de cenar y me crucé en el portal con ella. Era más guapa aún de lo que me había parecido desde el coche. Tenía unos ojos verdes muy grandes, la nariz pequeña y respingona, mucho pecho y unas piernas largas como patas de garza.

- Buenas tardes -me dijo, muy amable.

- Buenas -respondí yo, a mi pesar.

En el ascensor analicé la situación. Había pasado justo una hora. Una hora. ¡¡Una prostituta de lujo, claro!! Pero seré panoli, me dije a mí misma. No sé por qué, ese fue el pensamiento que me vino a la mente en primer lugar, cuando podía ser su pareja, su mujer, una amiga cualquiera o qué sé yo cuántas cosas más. Esa chica me sacó de quicio. No quería competidoras; al menos no en mi portal. Pero ¿qué competidoras ni qué niño muerto?

Decidí, para intentar aclarar la cuestión, devolver la visita. Ahora iría yo a

pedirle algo, cualquier cosa. En casa analicé qué podría ser más creíble. La sal o el aceite estaban muy manidos, demasiado obvio. ¿Papel higiénico? Pero qué absurda eres, Clara. Gel de ducha...

Tenía connotaciones que él no podría dejar de advertir. Entonces, qué. Alguna especia, sí, era lo mejor. Subí sin cambiarme de ropa, como vine del trabajo, con falda negra ajustada y blusa blanca algo ceñida. Me miré en el espejo. Faltaba maquillaje, pero maquillarse para pedir un poco de pimienta es demasiado. Venga, sube ya, pesada.

Subí los dos pisos hasta su casa por las escaleras, más nerviosa que cuando tuve mi primer juicio, hacía ya varios años. Llamé al timbre una vez. No abría. Insistí tras esperar el minuto de rigor. Nada. Cuando ya había empezado a bajar algunos escalones, se abrió la puerta. Me giré y vi a un niño mirar por el hueco de la puerta entreabierta, muy tímido.

- Hola, perdona, ¿está tu papá? Soy la vecina del sexto -dije, con la cabeza girada pero aún sobre las escaleras.

- No, no está ahora, acaba de salir hace unos minutos. Volverá tarde - respondió con un hilo de voz.

- Ah, vale. Solo quería pedir un poco de pimienta para un plato que estoy preparando, pero si no está, nada, no creo que tú sepas dónde está. Buenas noches, cierra bien la puerta.

- Sí, vale, he abierto porque creía que era él, mi padre. Adiós, señora.

¡Señora! Un correa en las nalgas con un cinturón de cuero viejo me habría dolido menos que ese sustantivo en los labios del niño. Con veintiocho años y ya parezco una señora...

No conseguí verlo pero él sabría que yo había subido. Si es que el niño recordaba lo del piso. Decidí calmarme un poco y esperar una ocasión propicia que no fuera tan forzada. Al mismo tiempo, me interrogaba a mí misma.

Para qué quieres ahora un hombre en tu vida, y, sobre todo, un hombre como ese, con un hijo y no se sabe cuántos problemas, con un carácter que dejaba mucho que desear, aunque tuviera mejor cuerpo que el de mis mejores sueños. Estás muy bien sola, estás tranquila, haces justo lo que quieres y cuando

quieres. No rindes cuentas, no tiene que esperarte nadie a que te arregles, no necesitas gustar a nadie.

El autointerrogatorio no surtió efecto. Quería conocer más sobre él. Por entonces, todavía no sabía que se llamaba Bruno. Paciencia, Clara.

## CAPÍTULO 2

El bufete de abogados donde trabajo tenía menos clientela cada año. Yo temía por mi trabajo, puesto que ya habían despedido a dos secretarias y trabajaban con una procuradora menos. Todavía había asuntos, o a mí así me lo parecía, de sobra, pero sí es cierto que rara vez nos veíamos saturados de trabajo, como ocurría pocos años antes.

Mi jefe, un buen abogado y mejor jurista, me llamó una mañana a su despacho.

- Buenos días, Clara. Siéntate, por favor.

- Buenos días, Antonio. Tú dirás -lo tuteaba porque así nos lo pedía a todos el primer día que empezábamos a trabajar con él.

- ¿Qué tal te va todo últimamente? ¿Estás bien? Si necesitas cualquier cosa...

- No entiendo a qué viene esto. ¿He hecho algo mal? -pregunté, empezando a inquietarme.

- No, no, sé que eres impecable en el trabajo, es muy raro que tú te equivoques. Es solo que te noto más distante que antes. Te veo muy pensativa. Si es por cómo resolver mejor los asuntos, estupendo, pero me parece que no van por ahí los tiros -dijo, tratando de sonsacarme los pormenores de mi vida privada, a lo que jamás accedo en las relaciones laborales.

- Sí, estoy dándole vueltas a esa herencia de los Jiménez. La cosa se ha terminado de complicar porque ahora dos de las hijas aseguran que su padre no estaba en las mejores condiciones mentales cuando redactó el testamento. Parece que van a impugnarlo, lo que retrasará aún más la cosa y...

- Vale, vale, Clara, veo que no quieres contarme qué te pasa. De acuerdo, eso es todo. Como encargado de este gabinete jurídico, tengo que mirar por mis empleados. Solo me había parecido que estabas preocupada por algo, pero supongo que será muy personal y que no tengo derecho a meterme en tu vida -dijo, con su clásico tono que le hace víctima y a los demás o culpables de algo que no han hecho o fríos bloques de hielo sin sentimientos.

- Al contrario, Antonio. Estoy mejor que nunca. Como sabrás, pues esta ciudad no es más que una aldea grande, ahora vivo sola. Estoy más tranquila y más

feliz.

- Sí, lo sabía, para qué te voy a mentir. Bueno, pues nada, sigue trabajando. Me alegro de que vaya todo bien y de haberme equivocado.

Salí de allí lo más digna que pude, pero rabiosa por que mi jefe se hubiera dado cuenta. Ese cavernícola del demonio... ¡Me estaba volviendo loca!

\* \* \* \*

Así iba transcurriendo el verano, más que verano una especie de simulacro, un veranoide donde solo llovía y el termómetro rara vez llegaba a los veinte grados. Una noche llamaron a la puerta. Pensé en Bruno, que necesitaría otra vez la leche para su hijo, o cualquier otra cosa. Me apresuré a abrir, aunque miré antes por la mirilla, por si acaso.

Había tres tipos con aspecto de guardaespaldas que no me gustaron un pelo. Volvieron a llamar, pero no quise abrir. Después de esperar un rato a que abriese, acabaron marchándose. Quise apagar la luz, pero eso habría sido delatarme.

Si la luz estaba encendida cuando vinieron, así la dejaría toda la noche. Miré por la ventana, metida detrás de la cortina. Uno de ellos miró justo hacia arriba y me quedé paralizada de miedo. Se quedó ahí, mirando hacia mis ventanas. ¿Qué diablos era aquello? Me quedé muy preocupada y apenas dormí aquella noche.

Dos días después, los mismos gorilas volvieron, pero esta vez fue distinto. Era de día. Yo volvía de la oficina, hacia las ocho y media. Y allí los tenía, junto a la puerta, esperándome para que no escapase.

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué están aquí? ¿Son policías, acaso?

- Esto demasiadas preguntas, chica -contestó el que tenía el cráneo afeitado, con un fuerte acento que no supe identificar.

- ¿Por qué están junto a la puerta de mi piso? -pregunté, y ya era, les dije que lo sabía, la cuarta pregunta.

- Tenemos que hablar con tú, señorita -dijo otro, más pequeño en comparación con su colega, pero enorme de todas formas.

- ¿De qué?

- Pasamos dentro y contamos qué -contestó.

- No, perdonen, no pasamos a ninguna parte. Si no son ustedes policías o guardias civiles, váyanse inmediatamente de aquí o llamo a la policía.

- Puedes llamar, chica, como quieras -dijo el calvo-. Nosotros no importa tu politsia. Cuento deprisa qué ocurie. Roberto, tu chico, o novio, o que sea, no importa, debe a nosotros mucha mucha pasta. Ha desaparecido. Hace meses no encontramos a él. Pidió mucho dinero que nosotros prestamos. Devolvió solo parte pequeña. Falta gran parte para devolver.

- Todo esto está muy bien, pero tendréis que decírselo a él o interponer una demanda contra él, si queréis. Yo hace tiempo que no tengo nada que ver con Roberto.

- Él vivía aquí -dijo el tercero en discordia que no había abierto la boca hasta entonces.

- Eso es, vivía -respondí-, vivía, en imperfecto, en pasado. Lo que significa que ya no vive ni vivirá nunca. No es asunto mío, señores. No sabía que tuviera ninguna deuda, me sorprende, pero ya les digo que esto a mí no me concierne en absoluto. Si me permiten, voy a entrar en mi casa.

- Nosotros vamos a cobrar ese dinero, eso seguro -dijo el "pequeño".

- De un modo o otra -añadió el calvo con una fea cacofonía de oes separadas.

- Supongo que será de un modo concreto, no de cualquier forma, porque no soy yo la que debe nada, señores. Yo, por suerte, no debo un solo euro a nadie. Y espero seguir así -señalé.

- No has tenido suerte, entonces, chica. Tú tendrás que pagar esa deuda, aunque no es tuia, ¿vale?

- No, no vale -dije sacando el móvil del bolso y empezando a marcar el teléfono de la policía.

- Tú puedes ahora llamar politsia, pero vamos a volver. Aquí o en otro sitio. La deuda es no pequienia, chica. ¡Cien cincuenta mil euros!

- Les repito que no es asunto mío. Hace muchos meses que no vive aquí.
- Esta deuda ya es de casi un año -explicó el calvo.

Tras mirarlos a los tres a sus poco tranquilizadoras caras, con el móvil pegado a la oreja, el contestador de la comisaría de Policía me sobresaltó. "Ha llamado usted a la Policía municipal; en estos momentos, todo nuestro personal está ocupado. Manténgase a la espera o vuelva a llamar pasados unos minutos". Y comenzó a sonar una conocida melodía de música clásica.

- ¿No contestan tus politsias, chica? -rio el que tenía una cicatriz de pánico, por lo gruesa, que le cruzaba la mejilla izquierda.

Estaba aterrorizada y ya no sabía qué hacer. Intenté sacar la llave del bolso y entrar en casa, pero no la encontraba. Mientras, ellos me miraban con atención y tomaron precauciones. Pensaron que podría sacar un arma, o algún spray de defensa personal, de esos que ciegan por unos minutos al que recibe el gas en los ojos. Se echaron las manos a las americanas negras los tres a un tiempo.

Entonces, cuando solo me faltaba mearme encima de terror, sale de la nada mi cavernícola, ese vikingo que me tenía loca y, sin mediar palabra, agarró al calvo, el más grande de los tres, y lo lanzó, con un simple movimiento de la muñeca, rodando por las escaleras.

Los otros dos, cogidos de improviso, trataron de sacar sus armas, pero no sé qué fue, si el puño, la mano abierta, el codo o lo que fuera, de Bruno, impactó contra sus caras con un ruido seco que los derribó al suelo a los dos al mismo tiempo. Fue tan brutalmente rápido que no conseguí ver con qué parte de su cuerpo los atizó así.

Allí estaba yo, a la puerta de mi casa, defendida por un tío al que, desde hacía varios meses, no cesaba de añadirle desagradables calificativos porque a mí, a la princesa Clara, no le había sujetado la puerta la primera vez. Y ahora se estaba jugando su vida por mí. Agarró a los dos tipos y los llevó, en vilo, por las escaleras. El calvo estaba intentando levantarse y recibió una tremenda patada que lo volvió a tender en el suelo.

Yo, totalmente confundida y también, aunque de eso fui consciente después, muy agradecida, lo seguí por las escaleras, sin saber para qué. Sacó a los matones del portal y los llevó a un contenedor de basura, donde los metió con una facilidad pasmosa. A continuación, volvió por el grande. A ese lo bajó a

rastras por la escalera. Yo lo seguía en todo momento, pues solo me sentía a salvo cerca de él. Lo depositó, sin muchos miramientos, junto a sus dos compañeros.

Me miró y me pidió explicaciones con los ojos. Aquella noche, Bruno me pareció el único hombre que quedaba sobre la faz de la tierra. Subió a casa y, sentados ambos en el sofá del salón, le dije lo que sabía, que era casi nada.

No sabía nada de esa supuesta deuda de Roberto, pero tampoco negué que pudiera ser cierta. No sabía nada. Él escuchó con atención y me dijo que no me preocupara, que si volvían, él se encargaría de ellos para siempre, aunque estaba convencido de que no vendrían más.

- Aún no sé tu nombre -le dije, un poco intimidada por todo lo que acababa de suceder.

- Bruno -dijo, seco.

- Yo soy Clara. Otra vez, muchísimas gracias por salvarme así. No sé qué habrían hecho, yo creo que querían llevarme con ellos, o entrar en casa. Venían dispuestos a todo, lo vi en sus caras.

- Cómo no van a venir dispuestos a todo si están en España -replicó.

- Sí, entiendo lo que quieres decir -dije-, la justicia en Esp...

- ¿La quéee? -preguntó con cara de muy pocos amigos.

- Iba a decir esa palabra que empieza por jota, pero quizá sea mejor no decirla. Soy abogada, conozco bien el tema, y entiendo lo que quieres decir, y tienes razón.

- No existe la justicia en este país imbecilizado, Clara. Existen otras cosas, muchas leyes, muchísimas, tantas como en cualquier otro país dictatorial, pero multiplicado por diecisiete, para jodernos más la vida a todos.

- En efecto, la cantidad infame de normativa hace que...

- Déjalo, por favor -me interrumpió-, me pongo enfermo de pensar en esa mierda.

- Esos monos -añadió con mirada muy dura, desafiante- solo vienen por lo suyo, las grandes migajas que saben pescar aquí y allá sabiendo que son casi impunes en un país donde solo van a la cárcel los que roban un bote de

pepinos en la tienda o los que dejaron de pagar algún impuesto teniendo un sueldo tercermundista.

- Bruno, dime, ¿no tienes miedo de que te hagan algo feo?

- ¿No conoces la palabra "matar"? -preguntó, mirándome con fuego en las pupilas.

- Sí, la conozco.

- Entonces, ¿por qué os andáis todos con tanto eufemismo y tanta pijada siempre para decir las cosas claras? No, no tengo miedo a que esos mierdas me maten. Si lo hacen, será solo con un tiro, o varios, lo que no me dará tiempo ni a sufrir miedo. Cara a cara ya has visto lo que hay con ellos. Con ellos y con la mayoría de mierdas que me he ido encontrando por la vida.

- Eres directo, sin duda. Y eso es bueno, Bruno. En este mundo de hoy, donde ya nadie sabe lo que es verdad o lo que es mentira, encontrar esta sinceridad me gusta mucho.

- Bueno, ahora me voy a dormir, que he estado currando dieciocho horas y no puedo más-dijo él.

Me levanté para despedirlo. Me apetecía que se quedara en mi casa, pero él, con su niño... Pensaba irme a casa de alguna amiga, porque de ninguna manera me iba a quedar allí sola.

- Sería bueno que no durmieras hoy aquí, Clara -me dijo.

- Puedes dormir en mi casa -añadió, seco y duro como siempre, pero sin duda con intención servicial.

- Desde luego, no pienso quedarme aquí esta noche. Y quizá me cambie de piso, creo que es lo mejor que puedo hacer. Muchas gracias, Bruno. Pero tu niño, no sé, si molesto...

- En una situación como esta, hay que dejarse de convencionalismos y frases hechas. Claro que mi hijo se sentirá molesto, pero y qué. Hay que ayudarte y punto. Así que coge tus cosas. Te espero en casa. Ya sabes cuál es -dijo, saliendo del piso.

Cogí cuatro cosillas y una bolsa con ropa, una botella de vino Gran Reserva para beberla con él, y subí al sexto.

La puerta estaba abierta. Él estaba muy cerca de la puerta, vigilando. Su niño estaba detrás de él, con unos muñecos, una especie de dragones con cara de león en las manos.

- Julio, esta señorita se llama Clara. Unos hombres malos, unos verdaderos cerdos, han venido esta noche a molestarla. ¿Qué te parece?

- Me parece mal, papá. Molestar a una mujer indefensa es de cobardes -dijo el niño, que parecía que había sido educado por el padre, por las claras respuestas.

- Y, ¿cómo resolver ahora esto? ¿Qué hacemos? -preguntó Bruno.

- Vamos a ayudarla, papá, ¿a que sí?

Me encantó la dulzura de Julio.

- Ya lo has oído, Clara. Julio, y también yo, claro, pero sobre todo él, vamos a ayudarte. Así que hemos decidido que te quedes aquí a dormir por una temporada.

Así fue como empecé a dormir en casa de Bruno y Julio, mis ángeles salvadores.

Aquella noche les preparé una succulenta cena a base de huevos fritos, patatas y una salsa con vinagre y pimentón que me enseñó mi abuela. Julio adora los huevos fritos con patatas y cenó como un rey. Después, Bruno fue con él a acostarlo y a contarle, supongo, un cuento, pues estuvo un buen rato.

Cuando volvió al salón, empezó a desplegar el sofá, que se convertía en cama.

- Aquí voy a dormir muy bien, Bruno. Muchas gracias.

- No, no vas a dormir aquí, sino en mi cama. Aquí duermo yo -dijo, con tal seguridad, que no me atreví a replicar, pues lo tomaría como una falsa frase de *bla bla bla* de las suyas. Empezaba a conocerlo. Estaba claro que era un cavernícola, pero en el mejor sentido. Un hombre de los de antes, con su testosterona bien puesta y las cosas muy claras en la vida.

Me llevó a su habitación y me dijo que me sintiera como en casa.

- Siento no poder hablar un poco más. Mañana ya charlaremos de todo. Ahora mismo necesito dormir porque me levanto a las cuatro y esta noche casi no he dormido. Se me cierran los párpados. Antes de ir a mi trabajo, estos días estoy

descargando camiones. No puedo estar muchas horas con Julio, como me gustaría, pero las pocas que estamos juntos son intensas.

- Por supuesto. Buenas noches, Bruno. Gracias por haberme salvado la vida. No me cansaré de dártelas, aunque me llames pesada.

- Jamás te llamaré pesada por algo que sale del corazón, Clara -dijo, dejándome, otra vez, pasmada.

Qué tonta y ridícula me hizo sentir ese hombre poderoso, atractivo, fuerte, seguro, decidido y generoso. Se me saltaban las lágrimas y me fui deprisa a mi, bueno, su cuarto.

Lo inverosímil de mi situación hizo que no pudiera pegar ojo. Tardé casi tres horas en dormirme. Cuando acababa de hacerlo, oí el despertador de Bruno, que apagó de inmediato.

Salí para prepararle el desayuno. En cuanto me vio, se puso el dedo sobre los labios para rogarme silencio.

- Julio tiene el sueño muy ligero. Cualquier ruido lo despierta -me dijo, susurrando, cuando entramos en la cocina.

- Voy a prepararte algo de desayunar. ¿Qué te apetece? -pregunté.

- Lo que quieras. Gracias. Entonces, voy a ducharme y así salgo un poco antes.

Le preparé un vaso de cacao, café y té porque no sabía qué le gustaba. También hice unas tostadas con mantequilla y mermelada y freí un par de huevos, por si acaso. Con ese cuerpo, debía de comer como un tigre siberiano, me dije.

Pero me equivocaba. Bruno come más bien poco; lo justo, dice él. Tomó el cacao y una tostada y se fue rápido. Antes de salir, le pregunté si había alguien que se ocupase de Julio. Me dijo que solo estaba él, pero que aún no iba al colegio. Me ordenó ir al trabajo con normalidad. Hablaríamos por la tarde, a su regreso.

Preparé a Julio el desayuno y después me fui a trabajar. Antes de irme, se despertó y pudimos hablar un poco. Me contó que había soñado con esos hombres que me molestaban. Me dijo que eran demonios, pero que él podría vencerlos. Me quedé de una pieza, mirándolo sin saber qué contestarle. Él, por

toda respuesta, me sonrió.

Por la tarde, volví a mi piso y cogí casi toda mi ropa y las cosas del baño, ya que parecía que iba a dormir en esa casa una temporada. A Julio le di una contraseña con la que llamaría a la puerta, y que sería nuestro secreto. Eso le encantó. Dos toques largos, con los nudillos, seguidos de tres cortos y después llamada al timbre. Me abrió de inmediato.

Me dijo que tenía cinco años y que el próximo año empezaría el colegio. Pero ya sabía escribir y leer muy bien. Cuando llegué, estaba leyendo *20000 leguas de viaje submarino*, de Julio Verne.

- ¿Quién te enseñó a leer, Julio? -le pregunté mientras le preparaba un cacao, su bebida favorita.

- Mi padre, claro. Me enseñó hace ya dos años. He leído muchos libros desde entonces.

Claro, por eso tenía ese vocabulario que no es corriente en otros niños. Ese chaval se dedicaba a leer en lugar de jugar a maquinitas o ver dibujos animados. En la casa no había televisión. La palabra "cavernícola" no dejaba de acudir a mi mente. ¿Quién era aquí el cavernícola y quién no?

Bruno regresó tarde, casi a las diez. No volvía de buen humor. Se le veía muy cansado, extenuado más bien. Aun así, nos saludó a Julio y a mí intentando esbozar una sonrisa que no llegó a formarse del todo en las comisuras de sus labios bellos y finos. Se fue a la ducha. Yo había preparado ensalada de pasta y un poco de pescado. Lo comió con ganas, tenía mucha hambre.

- ¿Qué habéis hecho sin mí? -nos preguntó a Julio y a mí.

- Hemos jugado a las palabras encadenadas y al ahorcado -contestó el niño.

- Es muy interesante. Gracias, Clara. Esos juegos son muy buenos para Julio ahora. Le gusta leer y conoce muchas palabras nuevas.

- Papá, esta mañana he aprendido seis en el libro de Verne.

- Le recomiendo mirar siempre el diccionario cuando no sepa alguna palabra. Si la puede deducir del texto, no es tan importante, pero si no, debe mirarla -explicó Bruno.

- Veo que le tienes bien educado. Es muy interesante hablar con él, la verdad -

dije, mirando más a Julio que a Bruno.

Julio y yo empezamos a hacernos amigos desde el principio. Me aceptó muy bien y me repetía continuamente que no me preocupase por esos demonios, que él los mantendría a raya. Era mi defensor, un guardaespaldas de cinco años de lo más mono. También era muy guapo, como el padre, aunque todavía tenía esa belleza etérea de los niños, que no se sabe si se mantendrá después.

Julio lo acostó y nos quedamos hablando en el sofá bastante tiempo. Le dije que durmiera, que hablaríamos otro día, pero él insistió.

- Clara, estás aquí, en mi casa, y debes saber la verdad. La madre del niño, Laura, mi ex mujer, nos está haciendo la vida imposible. Eres abogada y supongo que conocerás miles de casos de parejas enfrentadas. Lo triste de mi caso es cómo comenzó todo. Pillé a Laura con un tío en la cama, una tarde en la que volví a casa por una herramienta que había olvidado.

Ella es la adúltera, ella me engañó a mí. Al tío lo saqué a rastras, desnudo, y lo dejé en la calle, pero tampoco quise hacerle más, la culpable es ella. No volví a saber más de ese tipo. Pero ella, en cambio, me amenazó con denunciarme y quitarme a Julio.

Como me conozco el percal y el país donde vivo, fui a denunciarla antes de que lo hiciera ella alegando cualquier mentira con tal de meter cizaña. La demanda fue aceptada. Se celebró un juicio y en el mismo, ella alegó maltrato psicológico y desatención por mi parte. Su abogada, una harpía del averno, solicitó que Laura se quedara con la casa y con la custodia.

Permaneció unos segundos en silencio, dolido por aquellos recuerdos. Después, continuó.

- En fin, que la casa se la quedó ella, aunque era de los dos, pues pagábamos la hipoteca a medias. No me ha devuelto nadie ese dinero puesto allí para que se lo quede una zorra que me ponía los cuernos y que no atendía a su hijo como debía. Lo suyo eran las tiendas, las amigas, los amigos, los amantes y cualquier vicio que se le pusiera por delante.

>>>Pero no le dieron la custodia. Pude aportar pruebas de cómo, mientras yo trabajaba durante todo el día, ella lo desatendía dejándole solo en casa cuando era un bebé. Por eso tengo yo a Julio. Ni siquiera luchó por él. No quiere verlo.

>>No soporta que me lo hayan dado a mí, cuando un juez no es nadie para dar ni quitar ninguna custodia, qué sabrán ellos de la relación. Le ofrecí un trato para que lo viera siempre que quisiera, pero dijo que ya veríamos. Así hasta hoy.

- Vaya historia, Bruno. Lo siento de veras. Y Julio, ¿qué dice de su madre? ¿Quiere verla?

- Cuando ocurrió todo esto era muy pequeño, tenía año y medio. No la recuerda apenas. Empieza a preguntarme si él no tiene mamá. Le digo que sí, que la tiene. Le digo también que vive aquí, en Santander, y que no está muy lejos. Le he explicado la situación, y le he dicho la verdad, que ella no quiere verlo, pero también le digo por qué, para que no sufra demasiado. Mentirle me parece mucho peor.

>>Cuando, de mayor, descubra la verdad, ¿con qué cara podré mirarlo? No le hablo mal de ella, pero sí le he explicado que ella puede verlo cuando quiera, y jamás quiere. Es la puta verdad. Y aquí estoy, sin casa propia, pagando alquiler y sin que ella deba pagar una pensión por el niño, ya que es mujer, es España y aquí somos imbéciles. Es increíble.

- No es posible. Si tú tienes la custodia, ella debe contribuir, aunque sea la mujer. En la ley no existen diferencias en ese sentido, Bruno -aclaré.

- Lo sé, te hablo de la realidad, no de la letra de la ley. Mi abogado, que me ha costado un ojo de la cara hasta ahora, se ha cansado de solicitar esa ayuda a la que Julio tiene derecho, pero no llega a ninguna parte. A ella le han declarado insolvente y suerte tendré si no tengo que contribuir a alimentarla, además. Pero parece que la letra de la hipoteca la sigue pagando alguien, aunque no sé quién será. Quizá su familia, o el chulo que ahora le caliente la sábana.

- Soy mecánico de coches, un buen mecánico. Pero también trabajo, cuando me salen chapuzas, de carpintero, para una cuadrilla que me llama cuando necesitan una persona para hacer horas.

- Y también te levantas a las ocho para descargar camiones -añadí.

- Sí, trabajo mucho para llegar cansado a casa y pensar menos. Me ayuda esta vida ajetreteada. Lo importante para mí es mi Julio. Es muy listo y bueno, es dulce, no tiene mi carácter, por suerte, como habrás podido comprobar.

>>Muchos días solo él puede calmar la rabia que siento por lo injusto que es todo. Aceptamos vivir en un lugar donde cuatro chuloputas sin estilo nos roban la riqueza, se ríen de nosotros y encima muchos los votan cada cuatro años. Tenemos lo que nos merecemos, de verdad.

- Mira, Bruno, voy a ayudarte con los temas jurídicos. No puede ser que esa tía, no quiero ahora hablar de ella porque no la conozco, además de haberse quedado con la casa cuando es ella la que, aunque solo sea por vergüenza torera, tendría que haberse ido escopetada de la casa sin pedir nada, no te haya devuelto todo el dinero que has puesto en esa casa.

>>Si ella se queda, lo justo, legal y lógico es que te devuelva el dinero que has puesto hasta ahora, o al menos, negociando, casi todo. Pero a lo que tienes derecho, y eso es seguro, al cien por cien, ya que he llevado multitud de casos del pago de alimentos, es una ayuda por su parte, como madre. Este feminismo imperante que tenemos ahora en España no es óbice para que lo justo sea justo.

- Voy a llevarte, personalmente, este caso. Confía en mí. Cuando puedas, dame por favor todas las sentencias o resoluciones sobre el asunto que tengas en casa -añadí.

- Lo guardo todo en una carpeta, está todo junto. Muchas gracias, Clara, pero no debes molestarte ahora por eso porque creas que debes pagarme de alguna forma. No es necesario. Este asunto es complejo y será difícil conseguir nada, en serio -arguyó.

- Aquí la profesional del tema soy yo, y sé que puedo conseguir todo, que te devuelva el importe de al menos un 75% de las letras abonadas por ti y que contribuya a la manutención y educación del niño. Me ha dicho Julio que tiene una profesora privada que viene a enseñarle español, matemáticas básicas, un poco de geografía... Me parece fantástico, pero ¿por qué la madre no va a contribuir?

- Te lo agradezco mucho, de verdad. Este tema lo daba ya por imposible, pero te veo muy segura.

Me dijo esto mirándome, por primera vez, de otra manera. No sé qué manera fue esa, pero más como un hombre ha de mirar a una mujer; no digo que le gustara, pero me gustó esa mirada tan directa y franca, tan potente. Bruno tiene

potencia hasta respirando.

### CAPÍTULO 3

El caso de Bruno, en cuanto pude echar un ojo a los papeles, era claro. Entre la abogada de ella, el juez y el abogado de Bruno había un claro contubernio donde todos ganaban menos dos personas: Bruno y Julio, precisamente a quien yo iba a ayudar. Se habían saltado procedimientos y las resoluciones del juez eran, así lo vi desde el principio, no solo recurribles, sino que iban en contra de la ley.

Se lo expliqué a Bruno y me dijo que iba a traer a su abogado para que, mejor yo que él, le explicara todo aquello que él no podía por el farragoso lenguaje jurídico. Al principio me asusté, pero me dijo que o eso, o hablaría solo él con el abogado, pero de otra forma. Entendí el mensaje a la perfección.

En este caso, ese hombre, por deshonesto, sí se merecía un par de bofetones del valiente Bruno. Ricardo Briones, el abogado de Bruno, era un viejo conocido mío. Me había enfrentado a él en no pocas ocasiones y casi siempre le había ganado la partida, por lo que no me tenía mucho cariño precisamente, aunque nos saludábamos con normalidad, como dos profesionales.

Bruno llamó a su abogado y le dijo que necesitaba hablar con él en su casa. Ricardo, quizá debido al tono incontestable que le dio a la conversación, accedió de inmediato. Al día siguiente se celebró la extraña reunión en el salón de Bruno, con Julio, así lo quiso Bruno, que no le ocultaba nunca nada a su hijo, presente en todo momento.

- Siéntate, Ricardo. Mira, aquí está Clara, a la que creo que conoces, una colega.

- Hola, Clara. ¿Qué tipo de encerrona es esta?

- No es ninguna encerrona, Ricardo -intervino Bruno-. Clara me ha contado que podrías haber hecho muchísimo más por Julio, por conseguir una pensión de parte de la madre. Pero mejor te lo explica Clara.

- Entonces, piensas que te he estado engañando, es eso -adujo el abogado.

- Bruno no podía pensar nada de eso, al contrario. Confiaba en ti ciegamente, pero he visto las sentencias y no se puede decir que hayas luchado mucho por conseguir que esa mujer, adúltera probada, no lo olvidemos, contribuya a la

manutención. La ley ampara a Bruno claramente, pero no veo por ninguna parte referencia a ninguno de esos artículos en tu demanda. Solo tratos y acuerdos entre la abogada y tú.

- Sabes cómo es este país, Clara. Con el feminismo rampante y la discriminación positiva actuando a todo trapo, que Bruno no tenga que seguir pagando la hipoteca no fue poco. Sé de casos en los que...

- De eso nada. Tiene derecho a que le reintegren esos pagos en compensación a haber salido de la casa, y pagar el alquiler, alimentos, manutención y educación de Julio. Aquí hay un solo perdedor y varios beneficiados, sobre todo una -expliqué.

- Con eso de beneficiados, ¿no te estarás refiriendo a mí? -bramó Ricardo, subiendo la voz.

- En mi casa no se grita, y menos a una mujer que te está hablando con educación y mucho sentido común. A mí me parece que sí, que te está incluyendo. Al menos yo sí te incluyo entre los beneficiados. Tus minutas no son baratas, Ricardo. Acudí a ti porque me dijeron que luchabas bien los casos, pero Clara me ha dicho que has hecho lo mínimo posible. Bueno, te he llamado para decirte que lo dejamos. No vas a llevarme nada nunca más. Puedes irte ya. Quería decírtelo en persona y que supieras por qué.

- Esta zorra te está engañando -gritó.

Bruno lo cogió de la corbata y lo atrajo hacia sí.

- Te he dicho, y no me gusta tener que repetir nada, que no se grita aquí. Segundo, no eres nadie para insultar así a una persona y menos a una invitada mía, como es Clara. Aquí el único que me ha estado engañando has sido tú. Y no pensaba reprochartelo. Si así te ganas la vida, es cosa de tu conciencia. Pero vas a disculparte ahora mismo con Clara o no sales vivo de esta casa.

Julio miraba toda la escena con los ojos muy abiertos, temiendo que su padre perdiera los nervios. Agarraba un cojín con fuerza, por la tensión. Yo le habría ahorrado todo esto, pero Bruno dice que a veces es bueno que vean por qué suceden las cosas. Ya no tendría que explicarle por qué tenían otro abogado. Ricardo temblaba de forma ostensible y empezaba a sudar por la frente.

- Lo siento, Clara, olvida eso que te he dicho, no lo siento así, de verdad. Eres

una gran profesional. Yo he hecho lo que he podido, en serio. Que se podría hacer mejor, pues igual sí, no lo niego. Si tú crees que puedes sacarle a esa pécora algo, adelante, pero te vas a encontrar con un muro de excusas y de mentiras.

>>Si todos lo sabemos. Está todo amañado. Este hombre ha tenido mala suerte y no va a conseguir recuperar nada del dinero que ha puesto en esa casa. Esa es mi sincera opinión -dijo, entre balbuceos nerviosos.

- Estoy convencida de que se puede hacer mucho, Ricardo -dije-, pero sin intentarlo, nunca lo habrías sabido.

- Ojalá sea así, de verdad, Bruno. Te deseo lo mejor. Si me disculpáis, tengo trabajo pendiente. Ya me voy.

Bruno lo acompañó hasta la puerta y allí tuvo unas palabras con Ricardo que no alcancé a oír. Estuvieron hablando unos dos minutos.

Bruno me hizo vivir una de las situaciones más tensas que he padecido en mi vida. Pero así es este hombre; un tío que va siempre de cara, en cualquier situación, que no se arruga, que no le teme a nada, que llama a las cosas por su nombre, que mira a los ojos con la verdad y que, el interlocutor, o es sincero también, o baja la mirada o tiene que darse la vuelta, como fue el caso de Ricardo, que soñaba con salir de la casa y no veía la hora. Sentí su sufrimiento, que lo reflejaba todo su cuerpo. Temblaba, sudaba, tenía la mirada perdida...

En efecto, en este mundo actual, hipócrita, cobarde, vil y amañado, Bruno es un cavernícola como quedan pocos. Cómo me gustaba verlo en acción.

Esa tarde salimos los tres a un restaurante. Por primera vez, me propuso salir de casa a tomar algo. A Bruno no le gusta demasiado salir ni estar en compañía de mucha gente, pero él quería alegrarme por ese mal trago que pasé con Ricardo.

- Siento el comportamiento de ese zoquete. No sabía que tuviera tan mala educación ni tan poca clase, la verdad. Mi relación con él era profesional. Me comunicaba las decisiones del juez por teléfono y me enviaba papeles. Poco más -dijo.

- No te preocupes, Bruno -dije, sentados ya a la mesa de una pequeña cantina

donde tenían el mejor marisco de Santander-. A veces, los abogados somos insoportables.

- Julio le ha salvado de llevarse un par de soplamocos -dijo Bruno.

- ¿Por qué yo, papá?

- Sí, tu presencia me tranquiliza un poco, hijo. A veces me altero mucho con la maldad de las personas.

- Has hecho muy bien, papá. Le has pedido que pidiera perdón a Clara. Le ha llamado zorra, pero no sé por qué eso es malo. En las fábulas, el zorro siempre es listo, muy astuto. ¿Por eso?

Bruno y yo reímos con ganas la ocurrencia del niño.

- Sí, hijo, sin duda por eso se lo ha dicho. Porque Clara es astuta, muy lista. Pero él, además, quería insultarla. Esa palabra, aplicada a las mujeres, es despectiva, es una ofensa también. En masculino sí que tiene el matiz de listo, astuto, como son los zorros en el campo -explicó Bruno.

Día a día comprobaba el gran amor de Bruno por su hijo y lo bien que lo educaba. Con buenas maneras y suavidad, le corregía posturas en la mesa o intentos del niño de hurgarse la nariz cuando yo hablaba con él. La relación de Julio conmigo era buenísima. Me aceptó desde el primer día.

Me hacía muchas preguntas para las que no siempre tenía respuesta. En cambio, Bruno sí las tenía. Bruno estaba educando no solo a Julio, sino a mí misma. Él sabe cómo funciona de verdad este mundo y en manos de quiénes estamos. Hasta entonces, yo intuía que algo no funcionaba bien, pero no sabía que todo era mucho más grave.

La cena fue todo un éxito. Julio, que habitualmente solo come pasta, yogures, cacao y sus galletas, comió algunas gambas y calamares porque se lo pedí yo. Le dije que intentara probarlo, que le gustaría. Y lo hizo.

- Es la primera vez que le pides que pruebe algo y lo hace. A ti te obedece -dijo Bruno un tanto mosqueado.

- Papá, lo he hecho por amabilidad. Ella me ha pedido probar las gambas.

- Entonces, cuando yo te pido que comas la carne y el pescado, ¿lo hago sin amabilidad? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

- No, papá. Pero me dices solo "come", ya sabes, un imperativo, una orden. Y no me gusta demasiado.

- Me parece que alguien se parece a alguien... -dije yo mirando al techo y riéndome sin poderme contener más.

- Vale, una cosa aclarada. Cada vez que quiera que comas algo, te pediré antes que lo pruebes -dijo Bruno.

- Pero has de ser sincero. Tiene que estar de verdad rico. Si no está rico, no me pidas que lo pruebe, ¿vale, papi?

La respuesta de Bruno al "vale" de Julio fue un movimiento de cabeza en horizontal, mientras fingía una mirada felina hacia su hijo, que empezó a reír.

Entonces me di cuenta de dónde estaba y con quién. Empezaba a ser la figura femenina en la vida de ese dulce e inteligente niño. Una figura de la que había carecido hasta ahora. La gran responsabilidad me asfixió por un instante. No podríamos estar así mucho tiempo. No era justo para el niño. Él notaría que su padre me gustaba, si es que no lo notó desde el primer día, cuando subí a pedir la pimienta.

Bruno no es lo que se puede llamar un hombre sencillo. Pero si intento contar sus defectos, no sé por dónde empezar. Solo veía virtudes en él, pero también muchos problemas, debido justo a su sinceridad. En una sociedad del fingimiento, en un país acostumbrado a mantener las apariencias y a ocultar los verdaderos sentimientos, Bruno era una especie de extraterrestre al que los demás no están acostumbrados.

Intentaba no mirar a Bruno con demasiada atención. Ponía la excusa del niño, que me venía muy bien, pero en realidad tenía miedo. Temía abrirme a ese hombre, a ese valiente cavernícola que no dudó un segundo en jugarse su vida por salvar la mía, una desconocida.

En el fondo del corazón, no quería separarme de él, pero la cabeza me decía que saliera de su casa cuanto antes, que era lo más cómodo para todos, pero también lo más cobarde. Además, ya me había comprometido a llevarle los asuntos de la pensión de alimentos y lo demás.

Bruno no escatimaba en miradas. En cuanto le apetecía mirarme, lo hacía. Pero es difícil leer la mirada de Bruno. Es tan franca y directa que no sabes si

te mira porque le gustas o porque quiere preguntarte la hora. Siempre mira igual. Es una mirada que abrumba un poco, que intimida al principio. Me cuesta no desviar la mirada cuando él pone los ojos sobre mí.

Aquella noche volvimos a casa todos muy cansados. Habíamos reído mucho los tres, pero Julio estaba agotado. Bruno no pudo hablar con él, como acostumbra cada noche. Se durmió mientras le quitaba los zapatos. Yo estaba en la cocina, preparando la comida para el día siguiente para Julio y la cena para los tres. Tenía mucho jaleo en el despacho y además quería mirar unas sentencias de casos parecidos al de Bruno para ir comprobando por dónde iba la jurisprudencia, aunque me temía lo peor.

Entonces, entró Bruno en la cocina, se sentó y me observó con detenimiento. Yo estaba ahí, con las cazuelas, la sal, el aceite y él sin dejar de mirarme. Me llegó a poner nerviosa. Se me cayó al suelo el cuchillo con el que picaba cebolla. Él lo cogió presto y me lo tendió, sin dejar de mirarme. Estábamos en silencio. Solo se oían mis maniobras culinarias, el cuchillo pegando sobre la tabla mientras picaba cebolla y pimientos, el chisporroteo del aceite en la sartén. Empezaba a haber tensión.

Bruno la cortó de repente; se acercó a mí y comenzó a masajearme el cuello y los hombros. Yo me dejé hacer, feliz de que me tocara al fin, aunque fuera para eso. Sus dedos son fortísimos, pero no me hacía daño. Consiguió relajarme del todo. Yo paré de picar y me quedé quieta, cual estatua; cerré los ojos y disfruté.

- Estás muy tensa, pobre Clara. Creo que no ha sido buena idea traer a ese Ricardo aquí, pero me gusta resolver los temas a la primera, de esta forma. Después todo es mucho más sencillo.

- Eres muy bueno con las manos. ¿Dónde has aprendido?

- No lo sé, nadie me ha enseñado. Ha sido un impulso. Te he visto ahí, trabajando, pese a estar agotada, y se me ha ocurrido venir y hacerlo -dijo él muy bajo, para no despertar a Julio.

- Pues pareces un experto, hijo, de verdad. De vez en cuando voy a una masajista, pero no me consigue relajar así, como lo haces tú. Me hace incluso daño, luego estoy mejor, pero suele ser al día siguiente. Contigo no. Ya me siento mejor, muy relajada, tranquila, perfecta.

Bruno siguió masajeándome las cervicales, el cuello, los hombros e incluso la cabeza. Ayy, lo de la cabeza fue lo mejor de todo. Experimenté un placer nuevo, que no conocía. No quería que parase, y no paró. Al final, del placer tan inmenso, me adormecí.

- Te duermes, Clara. Venga, vete a la cama, deja todo esto. Yo lo acabo -dijo, sin opción a réplica.

- Sí, buenas noches. Muchas gracias por este regalo en forma de masaje. Me ha encantado -fue lo único que conseguí decir, medio adormilada y con timidez.

A partir de aquella noche, el masaje en la cocina se convirtió en nuestra forma de amarnos. Al menos en la forma de Bruno. Yo preparaba cualquier cosa no demasiado sencilla para que él tuviera tiempo de venir y dármelo.

Esperaba el contacto de sus manos durante todo el día. En la oficina me distraje mucho recordando las sensaciones de mi cuerpo ante las yemas de sus dedos. Ni siquiera nos habíamos besado aún, pero me di cuenta de que empezar así, con un masaje, era mucho más sensual. La imaginación volaba y el deseo se incrementaba. Lo malo era que luego me iba a la cama yo sola, pero tendría que darle tiempo. Mi cavernícola no es un hombre como los demás.

Después de unas cuantas noches con masajes de hombros, nuca y espalda, se decidió a cambiar los dedos por los labios. Me electrizó ese primer roce de sus labios sobre mi hombro derecho. Dejó los labios ahí y no se movió. Después me besó todo el cuello, detrás de las orejas, poniéndome loca perdida, excitada como no lo había estado nunca.

Quise volverme y besarlo yo, pero algo dentro de mí me impulsaba a aguantar, a dejarle hacer a él. Duró poco. El masaje con los labios fue mucho más corto que los otros, pero fue excepcional. Y volví a irme al cuarto yo sola, confundida, feliz y sin atreverme a pedir más. Ese amor con cuentagotas me encantaba, porque era distinto, porque lo notaba sincero y puro.

Dos noches después Bruno no entró en la cocina. Terminé de preparar la comida del día siguiente, pero no apareció. Desilusionada y muy extrañada, me fui a dormir. Me acosté y, a los pocos minutos, una sombra se deslizó en mi cama, sigilosa como un leopardo africano.

## CAPÍTULO 4

Durante unas semanas, pocas, viví un cuento de hadas. Bruno y yo nos amábamos como nunca llegué a pensar que una mujer pudiese amar a un hombre. No soportaba alejarme de él durante el día. Antonio, mi jefe, no se atrevía a volver a convocarme a su despacho para tratar sobre lo mismo, pero noté que no podía engañarle y sabía que no estaba como antes.

Intenté que esto no afectara a mi trabajo, pero entre que me sentía volar y el tiempo que necesitaba para preparar los recursos para el caso de Bruno, el cansancio me estaba pasando factura y empecé a tener ojeras, algo que no había tenido en toda mi vida. Bruno me pidió que me calmara y que dejara sus asuntos, que me centrara en mi trabajo, pero no quise ni escucharlo.

Al principio, me sentía obligada por lo que él había hecho por mí, pero ahora lo hacía por orgullo, por vencer a esa idiota que había ofendido y dejado escapar a un hombre como Bruno. Quería humillarla, vencerla, derrotarla del todo, que sufriese por una victoria que sería para Bruno, no para mí.

Hasta que, un día, toda la paz y felicidad de la que disfrutábamos, se fue al garete. Aparecieron los macarras a los que debía dinero mi ex novio. Los vi una mañana desde la ventana de mi piso. Había subido para limpiar un poco y regar las pocas plantas que tengo en el salón. Allí estaban, de pie, en la acera, supongo que esperándome.

Bruno ya había salido para el taller. Julio había desayunado y estaba haciendo sus ejercicios de caligrafía. Llamé a Bruno y le dije lo que había. Me dijo que subiera a su casa y me quedara con Julio, que atrancara la puerta con muebles. Se presentó en menos de diez minutos. Por la ventana lo vi todo.

Paró de un frenazo junto a ellos, se bajó como una exhalación y empezó a arrear mamporros a diestro y siniestro. Tumbó a los cuatro tíos enormes aquellos en pocos segundos. Uno de ellos sacó su arma, yo chillé, asustando mucho a Julio. Bruno le rompió el brazo con una complicada llave. Los otros se fueron levantando y corrieron la misma suerte.

Brazos y piernas rotas en milésimas de segundo. Una escena de terror que no podré olvidar nunca. Dejó al cuarteto medio muerto sobre la acera. No se movían. Creí que estaban muertos. Subió, cogió a Julio y me dijo que se lo

llevaba a un lugar seguro, que ya no podría vivir más allí en adelante. Preparó con precipitación un par de maletas.

- Clara, puedes venir con nosotros, si quieres. Si viviera solo, no iría a ninguna parte, pero conozco a esa gentuza. Ya no habrá más avisos. La próxima vez seréis tú o Julio, y eso no lo puedo permitir. Si no vienes conmigo ahora, lo entiendo.

>>Tienes tu vida, pero estás en serio peligro. No puedo decidir por ti, has de hacerlo tú, pero tiene que ser rápido. En cuanto puedan levantarse y llamar, habrá aquí un buen lío. Tengo que irme. No sigas viviendo aquí, tienes que cambiar de barrio. Mejor de ciudad, si puedes. Nosotros queremos que vengas con nosotros, pero sé que es complicado.

- Bruno, yo no puedo... Lo siento. ¿Adónde vas?

- No puedo decirte adónde. Si vienes, lo verás; pero, si no, es preferible que no lo sepas, por tu propia seguridad. Pensé que no volverían, pero me he equivocado. Ese cabrón te ha jodido bien la vida, tu ex.

- Papá, me has dicho mil veces que las palabrotas son de horteras y de maleducados -terció Julio.

- Julio, tienes razón, pero ahora calla, venga, nos vamos de aquí. ¿Tienes todo?

- Sí, siempre preparado, como ya sabes -contestó el niño.

No pude irme con él. No fui capaz. Fui cobarde, lo sé; me quedé paralizada de miedo. Y se fueron. En pocos segundos, me quedé allí, junto al ascensor, inmovilizada de indecisión, miedo, desconfianza, culpa (pues me sentía, aunque no lo era, culpable de haberles metido en ese lío) y amor.

Por la ventana de mi piso vi los coches de policía y las ambulancias. Los cuatro sujetos no podían ponerse en pie. Tenía cada uno varios huesos rotos, en especial las piernas. Aullaban de dolor. ¡Qué escena dantesca! Bruno, ¿quién eres en realidad?, me dije en silencio.

Roberto, desgraciado, cabrón, cobarde, inútil... Lo llamé, pero su teléfono estaba siempre apagado. No había conseguido localizarlo desde que aparecieron los matones en mi casa aquella noche, la primera vez. ¿Estaría muerto? Tenía que intentar que me aclarase todo aquel galimatías de la deuda.

Llamé a Antonio y le dije que me sentía fatal, lo que era cierto, y que no iría ese día a trabajar. Aproveché para intentar encontrar a Roberto. Fui a casa de sus padres. Me los presentó una vez, un día que paseábamos cerca del Casino, cuando nos los encontramos por casualidad. Yo conocía la casa en la que vivían, pero no el piso. Por el apellido en los buzones, lo encontré.

Abrió su madre.

- Clara, ¡qué sorpresa! -dijo, sin saber qué más hacer.

- Hola, Carmen. Estoy preocupada por Roberto, tiene el teléfono apagado desde hace semanas.

- Pero... ¿no lo sabes?

- No, no lo sé. ¿Qué hay que saber? -pregunté.

- Roberto lleva medio año en Londres. Se fue a trabajar allí. Aún no ha venido a vernos, el tunante. Está muy contento allí. Trabaja en una compañía de seguros de no sé qué, un lío. Pero pasa, mujer, no estés ahí en la puerta.

No sabía qué hacer, si contarle la verdad a su madre y darle el disgusto de su vida. Preferí esperar y tratar de hablar primero con él. Podía ser todo un catastrófico error de los matones, a lo mejor no era él y se habían confundido, me autoengañé.

Carmen me preparó un café y hablamos de banalidades. No teníamos nada que decirnos. A los diez minutos le pedí el número de Roberto.

- Hacíais tan buena pareja... ¡qué pena que os separarais así! Esta juventud de hoy, no aguantáis nada. Yo creo que se ha ido porque te sigue queriendo. Toma, llámalo, le alegrará oír tu voz, seguro.

- Yo no creo que se haya ido por ese motivo, la verdad -dije, cogiendo el papel con el número de teléfono inglés de Roberto.

Me despedí de la mujer y llamé a Roberto desde el coche, pero lo hice con número oculto, porque pensé que, si veía mi número, no contestaría. Roberto tiene una extraordinaria memoria fotográfica y se sabe de carrerilla casi todos los números de su agenda.

- *Hello!* -contestó él en inglés.

- Rober, soy Clara.

Se hizo el silencio. Tardó en reaccionar unos cuantos segundos.

- Vaya, qué sorpresa. ¿Cómo estás? ¿Quién te ha dado el número?

- Pues no muy bien, Roberto. No estoy nada bien. El número me lo ha dado tu madre hace un rato.

- ¿Ha pasado algo malo? -preguntó.

- Mira, sin tonterías, Roberto, que a andar por las ramas no te gana nadie. Han venido unos matones a mi casa diciendo que tengo que pagar no sé qué deuda tuya. Que tienes una deuda y que han perdido tu rastro. Ahora sé por qué no consiguen encontrarte, claro.

Roberto, el cobarde de Roberto, se quedó callado más de un minuto. Podía escuchar su respiración al otro lado del teléfono.

- Lo siento, Clara. Jamás pensé que pudieran ir por una mujer. Espero que no te hayan hecho nada. Jugué algunas partidas de póquer hace ya tiempo. Perdí y perdí. Lo perdí todo.

- No sabía que fueras ludópata, tío. ¿Dónde jugabas?

- Un día fui al casino con los colegas, a una despedida. Y allí conocimos a unos tipos que nos dijeron que organizaban partidas de póquer sin límite de puja. Siempre he jugado bien al póquer. Por internet había ganado algo de dinero y quise ser más listo que ellos, cuando no eran más que una mafia. Me daban crédito, pude seguir jugando a crédito.

>>>Es una trampa para que pierdas más y más. Cuando llegas a la cantidad máxima para ellos, te amenazan. Pude darles algo, una parte. Vendí algunas cosillas e incluso llegué a robar un par de joyas a mi madre. Pero no fue suficiente. Aún hay deuda. Durante todos estos meses pensé que todo eso había terminado. Que se habrían olvidado de mí.

- Pues no solo no se han olvidado, ya lo ves, sino que me están jodiendo bien la vida. Y no solo a mí. Un vecino me ayudó, les dio una tremenda paliza y ahora él y su hijo están en serio peligro, Roberto. Podrían haber ido contra tus padres. ¿Es que no piensas jamás? Ahora el problema ya no es solo la deuda, sino que esos tíos están en el hospital, reventados. No imaginas la paliza que se han llevado, de película de chinos, no te digo más.

- Pero ¿quién es ese tarzán?

- Pues un tío al que le sobra justo lo que a ti te falta, ya ves -dije, sin arrepentirme en ningún momento por la humillante frasecita.

- Ha tenido que salir de Santander como una bala para salvar la vida de su hijo. Y todo esto porque tú, gallina, cobarde, decidiste desaparecer, no decir nada, y que otros pagásemos tus acciones. Muy bonito, de veras.

- Voy a enviarte esa pasta, Clara, lo juro. Estoy ahorrando por si acaso. Pronto tendré casi la mitad.

- No, a mí no vas a enviarme nada. ¿Estás loco? Yo no tengo nada que ver con tus mierdas de mafiosos ni tus vicios, joder. Ven aquí, a España, y arregla esto como un hombre, aunque solo sea por una vez. Búscalos, llámalos, envíales esa parte y diles que les irás enviando todo. De todas formas, yo tendré que abandonar Santander. No me dejarán en paz después de lo que les han hecho.

- Lo siento mucho, Clara, lo siento. Por favor, no digas nada. ¿Se lo has dicho a mi madre?

- No soy tan desaprensiva como tú. Me han dado ganas, pero me ha dado pena, pero por ella, no por ti. Pero creo que están en peligro. Si me encontraron a mí, en una ciudad tan pequeña, imagina a tus padres. Se pueden acabar enterando de la peor de las maneras. Bueno, nada más. No tengo nada más que hablar contigo. Solo quería decirte que me has jodido bien la vida. Del todo. Adiós.

Colgué y me puse a llorar. Estuve allí, sentada en el coche, toda la mañana, llorando y arrepintiéndome por no haber salido, sin dudarlo, con el hombre de mi vida, el que lo había arriesgado todo por mí, sin dudarlo, sin conocerme. Y yo se lo pagaba dejándole tirado, con su niño, inocente.

¿Por qué? Por un maldito puesto de abogada, por unas convenciones sociales, por el qué dirán... O por miedo, Clara, por miedo. Sí, por miedo. Entendía bien a Roberto. No era quién para reprocharle nada, cuando yo había actuado igual con Bruno, el único tío con los huevos bien puestos en todo el norte de España.

Lo llamé, pero salió un contestador diciendo que ese número no existía. Había anulado la línea. Buena idea, desde luego, para protegerse. Bien hecho, Bruno,

sonreí.

Cuando por fin me vi con fuerzas de arrancar el coche, salí de Santander y fui al único sitio donde no me traicionaría nadie. A casa de mis padres. Mis padres viven en una preciosa casa en Trujillo, en la provincia de Cáceres.

Me esperaban unas cuantas horas de viaje. Crucé Castilla de este a oeste y bajé hasta Salamanca. Allí paré para comer algo y no me detuve hasta llegar a Trujillo. Avisé a mi madre por el camino, que se puso loca de alegría, pues no me esperaban hasta un mes después.

La belleza de ese pueblo que me vio nacer me calmó en principio. Mis padres contribuyeron también a relajarme, pero me notaron muy preocupada. Al día siguiente, tras no haber casi pegado ojo pensando en Julio y Bruno, les conté toda la verdad. La deuda de Roberto, la visita a casa de los matones rusos, la heroica actuación de Bruno y su última hazaña el día anterior.

Mis padres se asustaron mucho y me dijeron que no saliera de Trujillo bajo ningún concepto. Que allí estaba a salvo. Mis padres tienen dinero. Fueron ellos los que me compraron el piso en Santander cuando conseguí trabajo en ese despacho. Soy hija única y siempre he sido muy mimada por ellos. Estaban realmente alarmados por el hecho de que un irresponsable me hubiera metido en ese lío. Mi padre no hacía más que dar gracias a Bruno.

- No quedan, Clara, ya no quedan, en la España actual, hombres así. Antes sí, había alguno, claro que no muchos, pero sí había. Había más valor que ahora. Veo con tristeza que los hombres de ahora son como niños grandes, irresponsables, débiles, cobardes, orgullosos, creídos... Una pena. Ese hombre, Clara, ese hombre es para ti, no lo dudes. Ya sabes que no suelo decirte lo que tienes que hacer. Eres una mujer y decides por ti misma, pero sé que no encontrarás a otro ni parecido.

- Me ofreció irme con él -les dije, con la lágrima presta a salir-, pero me asusté, me quedé allí, quieta. Él dijo que lo entendía, que no podía pedirme que lo dejara todo.

- En cambio, él lo ha dado todo por ti, Clara. Tienes que encontrarlo. Mal hecho, hija.

- Papá, qué cambio, todos te parecían siempre malos para mí, no te ha gustado nunca nadie y ahora...

- Claro, sin conocerlo, solo por lo que ha hecho, se ve que es de ley, un tío de palabra, noble. Un hombre, coño, y *ná* más -dijo palmeando la mesa, cosa que hacía solo si se enfadaba o se emocionaba en exceso. Como la palmada de Bruno en el bar, aquella noche. Tal para cual.

- En cambio, ese otro -añadió mi padre-, el tal Roberto, ¿qué es lo que ha hecho? Meterse en vicios, sin tener dinero para ello, dejar el problema a otros y salir huyendo a otro país. Ya me dirás la diferencia. Y la actitud de este último es ahora lo normal, lo guay, lo que está bien. Así piensa la mayoría. Venga, vivamos ahora y mañana ya veremos. Pues aquí está el mañana, y lo que vemos es que ese desgraciado te ha puesto en peligro de muerte. Voy a ir a Londres y traerlo de los pelos -sentenció tras dar otro fuerte manotazo sobre la mesa.

- Agustín -terció mi madre-, ahora es importante que estés aquí, con la niña.

Mi madre me sigue llamando niña, da igual los años que pasen.

- Él se pondrá en contacto contigo, ya verás. En cuanto deje en sitio seguro al niño, que es lo que está haciendo ahora, te llamará de algún modo, no te preocupes. Estoy seguro -dijo mi padre.

- Sí, es posible, pero ahora estoy lejos de Santander. Me ofrecí a ayudarlo con su caso y todo está a medio hacer, se terminarán los plazos.

- Hija, ¿no puedes hacerlo desde aquí? -preguntó mi madre.

- Intentaré enviar algo por correo, sí, pero tengo todos los papeles allí -respondí.

- Eso no es problema, mujer. Yo voy, me dices dónde está todo y te lo traigo -dijo mi padre.

- Pues no es mala idea. Así podría trabajar, para no pensar tanto y no volverme loca. Para no mezclar papeles, el asunto de Bruno está en casa, así que te será fácil encontrarlo. No, papá, no -pensé después-. Estará vigilado el piso, de ninguna manera vas a ir por unos miserables papeles.

- Tiene razón Clara -intervino mi madre-, es muy peligroso ir ahora por ahí. Tú quieto aquí, hombre. Tu hija te necesita más. Y yo también.

- No se hable más, nos quedamos aquí entonces -dispuso mi padre.

En Trujillo tuve tiempo para pensar. Me di cuenta de que, como me decía mi padre, no iba a encontrar a otro hombre como Bruno. Cómo le echaba de menos, cuánto ansiaba sus fuertes manos sobre mi piel, sus dedos de acero masajeándome la cabeza por las noches. Echaba de menos hablar con Julio, escuchar sus historias y sus inteligentes conclusiones. Ya no podía vivir sin ellos.

Aquellos días pasaron lentos y tristes. Paseaba por las calles de Trujillo con mi madre, que tenía que explicar, a cada paso, que había venido a pasar unos días con ellos. Las cotillas están en todas partes y no descansan nunca.

Antes de que transcurriera una semana, recibí una llamada a primera hora de la mañana. ¡Era Bruno!

- ¿Cómo estás, Clara? ¿Todo bien?

- Sí, Bruno, todo bien, estoy en casa de mis padres, fuera de Santander. ¿Qué tal vosotros? -dije con las lágrimas a flor de piel por la alegría de volver a escuchar su voz. Lo noté tenso, pero creo que contento de oírme.

- Julio está bien, lejos de aquí. Estoy volviendo a España.

- Bruno, ¡qué alegría! Me arrepiento tanto de no haber ido con vosotros... Me arrepiento desde que salisteis por la puerta. Bruno, quiero estar contigo, pase lo que pase, siempre, donde sea y como sea. No me importa lo demás. Me quedé paralizada porque vi cómo quedaron esos tíos en la acera. No había tiempo... y yo, bueno...

- Tranquila, Clara. Me alegra oír eso. He querido darte tiempo para pensar, para que lo tengas claro. La vida a mi lado, como ves, no es sencilla. Y no lo será nunca. Me cuesta mucho confiar ya en una mujer, pero en ti confío, confío al mil por cien. Sé que tú no me traicionarás, eres diferente a muchas, eres honesta y tienes principios. Voy por ti. Dime adónde debo ir. Estoy en Francia, cerca de Burdeos, me queda poco para llegar a la frontera española.

- Estoy en Extremadura, en Trujillo, ¿lo conoces?

- A la perfección. Uno de los pueblos más bonitos de toda España. Estuve un fin de semana con Julio hace un año. Le encantó. Tenemos buenos recuerdos de tu tierra

- Entonces, perfecto.

- Por la tarde estaré ahí, espero -dijo él.

- Te espero, Bruno, no sabes cómo te espero, amor mío. No sé cómo voy a poder esperar estas horas.

Se lo conté a mis padres, que se alegraron tanto o más que yo. Mi padre ansiaba conocer a ese hombre al que tenía poco menos que idealizado.

Pero Bruno no llegó por la tarde. Hacia las nueve de la noche, muy nerviosa, lo llamé al teléfono desde el que me había llamado por la mañana. Estaba apagado o fuera de cobertura. Empecé a ponerme nerviosa. Lo habría pensado mejor y no vendría.

¿Se habría dado la vuelta? No era para culparlo, conociendo su vida. Y Bruno no era cobarde; si hubiera cambiado de opinión, me lo habría dicho. Le envié varios mensajes, lo llamé otras dos veces, pero ese teléfono estaba siempre apagado.

- Algo le ha tenido que pasar, Clara. No puede ser. Quizá un accidente -dijo mi padre.

- Ay, ¡cómo eres! Deja de pensar en negativo, angustias, que eres un angustias -dijo mi madre, llevándose la mano a la boca.

- Es muy extraño, sí. Bruno no puede hacer esto. Si dijo que venía, vendrá -dije, sin que el tono fuera acorde con el contenido de mis palabras.

Por la noche, hacia la una, sonó el teléfono. Era un número fijo de Madrid. Lo cogí al primer tono. De los nervios casi se me cayó de las manos.

- Clara, escucha con atención -dijo Bruno-, estoy detenido. Me acusan de asesinato. Al parecer, ha muerto uno de ellos en el hospital. Me han detenido a la altura de Aranda de Duero, cuando iba hacia Madrid. Ya me quedaba tan poco... Lo siento, Clara. Olvídame, vive tu vida, será lo mejor. El niño está bien. Lo demás no importa. Adiós, Clara. No tengo más tiempo.

- ¡¡¡Bruno, Bruno, por Dios, espera!!!

Pero la comunicación se cortó. Conseguí, a través del número, ponerme en contacto con ese número. Era de una comisaría de Madrid. Necesitaba conseguirle un buen abogado penalista. Lo hablé con mis padres y accedieron a ayudarme con el dinero para contratar a uno de los mejores abogados de

Madrid. Al día siguiente estaba en Madrid y conseguí convencer a Pedro G. de que llevase el caso de Bruno.

El juez decretó prisión provisional sin fianza para Bruno. Lo visité en Alcalá Meco, el famoso centro penitenciario sito en Alcalá de Henares, localidad cercana a Madrid.

Estaba muy tranquilo. Pedro ya había hablado con él. Me dijo que no había visto una sangre fría tal en toda su carrera. Reconocía todo, me explicó Pedro, y no quería hablar de rebajas de condenas ni acuerdos. Dijo que lo que tuviera que ser, sería.

- Bruno, querido, lo siento. Estás aquí por mi culpa, por haberme ayudado. Esto no es justo y no vas a estar aquí mucho tiempo. Pedro es quizá el mejor abogado penalista de España, te va a ayudar, ya lo verás. Yo no soy penalista, por eso no sería de ayuda en este caso, pero voy a hacer también todo lo que pueda, colaborando con Pedro. ¿Cómo estás?

Bruno estaba conmigo en una sala. Solicité visita vis a vis alegando ser la pareja formal del preso. Me lo concedieron. Pedro es mucho Pedro en Alcalá Meco, tiene muchos contactos y estas cosas las consigue fácilmente.

- No te preocupes, Clara. Voy a salir de aquí pronto. Es que tengo que salir para seguir vivo. Me han traído aquí porque esa mafia tiene aquí a tres de sus hombres, con instrucciones de hacerme comer mi propio hígado, por supuesto. Ya los tengo localizados, no temas.

- ¡Qué horror, Bruno! Hay que sacarte de aquí entonces.

- No, no. Es mejor que todo siga su curso. No hablemos de esto, nos escuchan, ya sabes.

La visita era de una hora y estuvimos recordando nuestros mejores días. Bruno no quería oír nada sobre condenas, años, sentencias, procesos... Me dijo que nos veríamos muy pronto fuera de aquí. Su seguridad me dejó anonadada. ¿Qué pensaba hacer?

El juicio tendría lugar dos semanas después. Mientras aguardaba impaciente la siguiente visita a Bruno dentro de la cárcel, me llamó Pedro, el abogado.

- Clara, ha sucedido algo grave. Han intentado matar a Bruno en la cárcel.

- ¿Está vivo?

- Está en perfecto estado, Clara. Al parecer, es un luchador consumado, o no sé qué clase de hombre, pero ha matado a los tres tipos que lo agredieron en el patio, con sus propias manos. Ellos llevaban cuchillos, los tres, proporcionados, sin duda, por algún funcionario convenientemente untado. Es un caso claro, con numerosos testigos, de defensa propia.

>>Va a ser trasladado a una prisión de máxima seguridad. Los funcionarios están todos con la boca abierta, sobre todo los que presenciaron la pelea. Dicen que ni en las películas de acción habían visto algo así. Visto y no visto. En pocos segundos terminó con ellos. Clara, ¿quién es este hombre?

- Es el hombre al que amo, Pedro, el que está en esta situación por salvar mi vida, ya te lo conté todo. Sus habilidades en la lucha no sé de dónde las ha sacado, pero justo gracias a ellas estamos vivos tanto él como yo, así que bendito sea.

- Sí, desde luego es un tío con un par de cojones, y perdóname la expresión, no suelo utilizar este lenguaje, pero es que no hay otra para este caso. Ya te dije que lo vi muy seguro. No se pone nervioso, no se altera, no tiene miedo a nada. Merece salir y que estéis juntos pronto. La estrategia va a ser justo esta, la defensa propia.

>>Prepararemos al detalle lo que viste por la ventana. Creo que no hay otro testigo como tú. Tengo algunos informes de la policía de un par de vecinas que vieron cómo todos yacían en el suelo, pero no pueden explicar nada, así que es como si no tuviesen nada. Tú eres la clave.

- De acuerdo, Pedro. Así lo haremos. Tenme informada en todo momento, te lo ruego.

\* \* \* \*

Trasladaron a Bruno a la prisión de máxima seguridad de Herrera de la Mancha, en la provincia de Ciudad Real. Desde allí, compartiendo instalaciones con los presos más peligrosos de España, donde había etarras,

asesinos, violadores, torturadores y demás, me escribió esta carta al despacho de Pedro.

*Querida Clara:*

*Ante todo, estate tranquila. Estoy bien. La propaganda y las leyendas urbanas no hacen justicia a la realidad. Aquí solo hay personas ruines, muy cobardes y acomplejadas. Ni uno solo se atreve a sostenerme la mirada. En ese sentido, no te preocupes. No hay rusos por aquí, pero puede haber gente pagada por ellos, por lo que no relajo la vigilancia.*

*Quiero decirte que tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te quiero, Clara. Siento habértelo dicho así, por escrito, pero tú lo sabías, sé que conocías de sobra lo que mi corazón siente por ti. Voy a salir de aquí pronto, ya lo verás. Estaremos los tres juntos y ya no nos separaremos jamás. Todo esto ha sido una bendición.*

*Gracias a esos tíos nos conocimos. Bueno, ya nos habíamos visto, lo sé, en algún encontronazo en el portal con bolsas y todo eso, no lo olvido, pero dudo de que hubiéramos empezado algo con fortuitos encuentros en el ascensor cada dos por tres. Así hemos podido convivir y conocernos bien. Eres una mujer muy fuerte, valiente y dulce. Eres la mujer que buscaba para Julio.*

*Él te adora. Hace unos días me dijo, antes de salir para España para buscarte, si tú podrías ser su mamá. No le dije nada. Le contesté que esa pregunta es para ti y que serías tú la que le daría una respuesta. Me dijo que si yo creía que la respuesta sería afirmativa. Le dije que sí, que lo creía, pero que había que esperar. Y eres la mujer ideal para mí. Los dos te queremos, te necesitamos y haremos lo que sea necesario para que no volvamos a separarnos.*

*En este agujero hay tiempo para pensar y descansar, para relajar la mente del ajetreo diario. Cuando paseo entre estos muros de hormigón, siento que no me han vencido, sino que mi encierro es una muestra de la derrota de todo un sistema. Los delincuentes están libres, agrediendo, amenazando y matando a todo el que quieran.*

*Pero si una persona les para los pies, se pone en marcha un dispositivo policial para detener a ese hombre y que no siga parando los pies de más*

*matones, ya que son las niñas bonitas del sistema. Te lo dije, Clara. Los estados son nuestros enemigos. Lo mío es solo otra prueba más. Aquí entra el que molesta, el que impide que sus planes se lleven a cabo.*

*Defendí mi vida en Alcalá Meco y eso tiene precio. Está castigado defenderte de tres gigantes armados con cuchillos. Tenía que haberles dado solo unas bofetadas y haberlos calmado. Podría haberles dado un discurso filosófico, quizá, sobre la inconveniencia de su acción. En fin, es todo tan ridículo...*

*Lo que sí te aseguro es que no vamos a vivir más aquí. Nos iremos lejos, donde no puedan encontrarnos. No te diré el lugar. Lo verás tú misma. Y será pronto. Como sé que van a leer la carta, no quiero escribir más para los cotillas. Una mierda para ellos y mil besos para ti, querida.*

*Pronto juntos,*

*Bruno*

Esta carta me hizo llorar tanto... La leí en el hotel de Madrid donde me alojaba. No podía visitar a Bruno en esa otra cárcel. Las visitas estaban restringidas. Había que solicitar un permiso por escrito y esperar resolución. Me senté y le escribí una larga carta que no quiero hacer pública. Es solo para él. Bueno, y para los cotillas de la prisión, por supuesto.

A los tres días, me llegó otra carta que me dejó de piedra.

*Sal de Madrid. No me esperes más. Todo ha terminado. Vete al quinto pino o adonde te dé la gana, pero vete. No me escribas más. Lee con atención la nota y grábatela bien en esa cabecita, que a veces no te enteras.*

Me invadió una confusión como no la había experimentado nunca. Tuve que leer la nota palabra por palabra. Pensé que no era de él, sino alguna broma de los funcionarios, o no tan broma, para intentar alejarnos, pero era su letra, la misma letra de la primera carta. Las comparé. Que me fuera, que lo olvidara... No era posible tamaña crueldad en él. Quería protegerme de todo ese mundo, que me olvidara de él.

Claro, entendió que tardaría muchos años en salir de allí y había escrito esa carta pensando más en mí que en él mismo. Sentí tanta pena por él. Pero el final... "que a veces no te enteras". ¿De qué tenía que enterarme? Y me pedía leer con atención la carta. Lo hice más de cincuenta veces. La primera frase estaba clara. Que abandonara Madrid.

Esa estaba clara, aunque no me dijera adónde dirigirme. Se referiría a Trujillo, supuse. La segunda era la que más me dolía. "Todo ha terminado". Echaba en falta dos palabras más, "entre nosotros", pero no quiso escribirlo.

Lo cierto es que me derrumbé. Me tumbé en la cama a llorar, aunque no es mi estilo, pero la situación me estaba superando, ya no sabía qué más hacer. Yo pensaba esperarlo toda la vida, lo que hiciese falta, pero él me echaba de su vida.

La tercera frase, tan grosera, me recordaba al Bruno de los primeros días, al cavernícola de los encontronazos fortuitos en el portal o el ascensor. Sin saludar, sin despedirse, sin un gesto amable... Había vuelto a su natural rudeza, pero no podía reprochárselo. Si tenía la existencia arruinada por mi culpa, por mí, por ayudarme, por salvarme la vida.

Cómo podía enfadarme con él solo por ser un poco rudo en las formas. Me pedía vivir, olvidarme de él, hacerlo más fácil para mí. Pero no, no pensaba abandonarlo. Me pedía no escribirle más, pero al día siguiente le escribiría de todas formas, aunque no quisiera leer la nota.

Su carta la recogí del despacho de Pedro al mediodía. Estuve toda la tarde tumbada hasta que me quedé adormilada sobre aquella cama de hotel, vacía y fría. Me tumbé con la ropa puesta. La tristeza y la desesperación tan fuerte me vaciaron y me adormilé al final, cuando el sol empezaba a ponerse.

## CAPÍTULO 5

Me desperté a las tres de la madrugada. Salté de la cama como un resorte.

- ¡Idiota, eres idiota, Clara, eres tonta del bote! -me grité a mí misma.

La frase clave, la fundamental, la más importante de todas era la cuarta: "Vete al quinto pino, o adonde te dé la gana, pero vete". *El Quinto Pino*, quizá soñé algo que me trajo el recuerdo, no lo sé, pero lo entendí. Al fin lo entendí. Era un local, un bar de copas donde Bruno trabajó cuando era un adolescente. Estaba en Chipiona, Cádiz.

Me sentía feliz, feliz y muy despierta. Me había costado todo un día entenderlo. Pobre Bruno. Era un mensaje en clave para que fuera allí. ¿Qué tendría pensado? Conociendo a Bruno, lo único correcto con él es obedecerle siempre, pues jamás te falla.

Si me escribió que fuera allí, es que tenía planeada la fuga, y la llevaría a cabo. Mi única misión era llegar allí cuanto antes o él llegaría antes que yo y pensaría que, por segunda vez, lo dejaba tirado. No podía consentirlo.

Analicé las opciones. Era de madrugada. Hasta la mañana no habría un tren o autobús que me llevase a Andalucía. Tenía el coche abajo, en la calle. Lo mejor era conducir. No había nada más rápido. Tenía que llegar en el menor tiempo posible.

Sin coger nada, sin ducharme siquiera, bajé a recepción, pagué la cuenta por todos los días que llevaba y salí a escape de Madrid. Salir de la ciudad fue muy rápido debido a la hora. Casi no había tráfico. Yo pensaba que la ruta más corta era por la carretera de Andalucía, la A4, pero el GPS decía que era más corto ir por Cáceres. Llegar a Sevilla por Extremadura. Sí, era lógico, la curva azul del GPS lo mostraba claramente.

Pasaría cerca de Trujillo, pero no había tiempo para parar ni un segundo. Conduje como una loca, me daban igual los radares fijos, que me pusieran las multas que fuese, que me retirasen el carné para siempre, pero que nada me detuviera. Hasta aquel día, no había conducido nunca por encima de 130 km/h, pero puse el coche, en las rectas, pues en curvas no sé hacerlo, a 180 a veces, con mucho miedo.

No era capaz de pasar de ahí, me ponía muy nerviosa ver el cuentakilómetros, cómo la aguja subía peligrosamente. Según el GPS, se tardaban seis horas justas en llegar, a velocidad normal, claro. Yo quería bajar al menos una hora u hora y media, si era posible. En efecto, pasé por Sevilla a las seis y media de la mañana. Ya solo quedaban unos cien kilómetros.

Conduje muy rápido, pero no hacía más que reprocharme mi estupidez, no haber pensado con claridad. Me había dejado llevar por mis sentimientos, permití que la melancolía me absorbiera. Era tan fácil de entender... Además, él había añadido *que a veces no te enteras*. Qué razón tienes, Bruno.

A veces no me entero de nada, pero no es fácil, en una situación así, recordar todas nuestras conversaciones. Fue necesario que me durmiera para que mi cabeza se despejase de alguna manera. Espérame, amor mío, espérame en Chipiona, ¡ya voy!

En las rectas, con el horrible pensamiento de que me retrasaría indefectiblemente, aceleré el coche hasta los doscientos kilómetros por hora. Perdí el miedo a la velocidad. Me preocupaba más no desilusionar otra vez al hombre de mi vida. Pasé incluso a unos moteros que iban a ciento noventa. Iba con sangre en los ojos, cegada. Aprendí aquel día lo que es conducir de verdad. Y lo cierto es que me gustó. En cuanto fui perdiendo el miedo, me gustó la sensación.

Muy sorprendida, mirando el reloj, vi que había llegado a Chipiona a las siete y cuarto. Había tardado menos de cuatro horas. ¡¡Qué locura!! Pude haberme matado.

Busqué el local *El Quinto Pino*. Llegué enseguida, estaba en el centro, en una larga y estrecha calle con el faro de Chipiona al fondo, el faro más alto de España. El bar tenía la persiana echada. Abrirían más tarde. Aparqué en la calle paralela y me senté en un banco a esperar. A los cinco minutos, paró un taxi justo al lado de mi banco. La ventanilla derecha del asiento del copiloto se bajó y una voz se dirigió a mí.

- Clara, esta vez te has enterado bien, querida. Muy bien. ¿Podrías pagarme este viaje? No traía suelto esta vez.

Bruno bajó del taxi y allí, en aquella maravillosa mañana, con la blanca y radiante luz de la costa gaditana, nos dimos el beso más largo de nuestro, hasta

entonces, corto noviazgo. No pude preguntar nada, no quise saber nada. Quería solo tocarlo, besarlo, adorarlo, comérmelo entero.

- Bruno, mi Bruno querido, soy tan feliz... Solo esta noche he entendido la nota. Me dormí en el hotel, llorando a moco tendido, con la nota sobre el pecho, arrugada y medio destruida por las lágrimas. Durmiendo lo he entendido. He venido volando con el coche. He conducido como una loca absoluta. Y he llegado. ¿Desde cuándo estás aquí?

- Acabo de llegar, querida. Ayer por la noche me fugué de la prisión. Luego te cuento todo con detalle. Ahora nos vamos. Un barco nos espera para llevarnos al puerto de Rotterdam.

- Holanda, allí está Julio, ¿verdad?

- No, ahora vamos allí, él está en Dinamarca, en una pequeña ciudad donde vive un primo mío, casi un hermano. Lo llevé allí en coche. Está bien, esperándonos.

Fuimos al puerto andando, estaba muy cerca. El barco era un pequeño pesquero, viejo, de color rojo, pero con la pintura muy deteriorada ya. Bruno me indicó cuál era el barco concreto. Estuvimos esperando un poco. Entramos a un bar y desde allí Bruno vigiló el barco.

Bruno cojeaba al andar, se había lastimado el pie en la fuga. Seguramente habría saltado desde alguna ventana. También tenía varios arañazos en las manos, pequeños cortes.

Desde el bar pudimos ver que llegaban dos patrullas de coches de policía. Se dirigieron justo al barco rojo que nos iba a conducir a Holanda.

- Ya está, me han traicionado, como imaginaba. No hay más que chivatos por todas partes. Es un país de cotillas y chivatos, por eso la policía española tiene tantos éxitos. Es que tienen confidentes por todas partes -aclaró Bruno-. Escúchame, Clara, ahora vamos a salir despacio, abrazados, como tortolitos, riéndonos y besándonos. Tienes que conseguir que no se me vea casi la cara. Venga, ahora.

Hice todo como me pidió Bruno. Pasamos cerca de varios policías que acababan de llegar a la zona para detenerlo. Ni se fijaron en la feliz pareja, como Bruno había previsto. Qué sangre fría tiene, cómo lo admiro. Para

disimular su cojera, me propuso, al oído, andar a la pata coja, jugando como críos.

Logramos llegar a mi coche y conduje en dirección Huelva, rodeando el Parque Nacional de Doñana. A los pocos kilómetros nos topamos con un control de carretera de la Guardia Civil.

- Estamos perdidos, Bruno -dije, entrando en pánico.

- Ante todo calma, Clara. Tranquila. Si te ven nerviosa, sí estaremos perdidos. Puede ser un control rutinario. Veamos lo que es.

Detuve el vehículo. Me pidieron los papeles del coche. Tenía todo en regla. Bruno fingió dormir, con la cabeza ladeada hacia la derecha.

- Es un control rutinario de papeles y alcohol, señora. Sople por aquí, si es tan amable.

Soplé, di negativo y seguimos la marcha. El corazón se me salía del pecho. Me costó mucho conducir en línea recta, me temblaban las piernas y las manos. Bruno tuvo que sujetar el volante. Me dijo que era mejor que él no condujera justo para salir mejor de los controles. Llegamos a Huelva sin más contratiempos.

Entramos en un bar del centro para comer al menos un bocadillo. Bruno llevaba casi dos días sin comer. Mientras devorábamos nuestros bocadillos de lomo con pimientos, prestamos atención a una noticia del telediario.

"Anteanoche, un recluso español se fugó de la prisión de alta seguridad de Herrera de la Mancha. Es la primera vez que un preso se fuga de este recinto. La fuga, realizada en solitario, se produjo de madrugada. El recluso, que mató sin armas a tres rusos que intentaron matarlo en Alcalá Meco, saltó desde una altura de ocho metros, pasó un muro de tres metros con pinchos en la parte de arriba y consiguió evadirse abriendo un agujero en una parte del muro que, al parecer, estaba deteriorada. Los funcionarios de la prisión han dado esta hipótesis como la única posible, aunque aseguran que es casi imposible que ningún ser humano sobreviva a ese salto y escale después el muro, de piedra lisa."

Miré a Bruno. Él continuó con el bocadillo. Sin duda, había escuchado, como yo, la noticia, pero no comentó nada. El dueño del bar, un tipo con una barriga

impresionante, comentó:

- Pero quién es ese tío. ¡La madre que lo parió! Y es español. Sí, señor, me alegro por él, aunque no lo conozca. Por lo menos tiene un par de huevos, por intentarlo.

- Si viniera aquí, a su bar, a lo mejor no se alegraría tanto -dijo, de repente, Bruno. Yo me eché a temblar.

- Hombre, depende, claro. Pero un tío que se ha cargado a tres mafiosos rusos, cosa harto difícil, y que después escapa en solitario de una prisión de alta seguridad, ese tío no me parece peligroso para la gente honrada, como yo. No sé qué habrá hecho, pero es posible que esté pagando culpas de otros, conozco bien mi país, hágame caso.

Entonces, apareció la foto de Bruno en la pantalla. Yo dejé un billete sobre el mostrador y seguí a Bruno, que ya se había dado la vuelta. El hombre no había mirado a Bruno mientras hablaban, por lo que no pudo reconocerlo.

Cuando salimos del bar, me reí a carcajadas.

-Bruno, estás loco, por favor. Ha salido tu foto, ahora cualquiera podrá reconocerte.

- No lo creo. Vamos a seguir el mismo truco que en Chipiona. Siempre en arrumaco, besándonos cuando haya gente. Casi nadie se fija ya en una pareja acaramelada.

- Me gusta mucho la idea. Voto a favor -dije besándolo con pasión.

La policía estaría ya montando operaciones de carretera para cerrarnos todas las salidas. La única opción era salir por mar. Alquilamos una lancha motora y nos dirigimos hacia el sur, hacia África. Bruno manejaba bien la lancha. Es un manitas que sabe hacer de todo.

Llegamos al puerto de Tánger y no tuvimos ningún problema. Bruno, en Marruecos, era un turista más. No podíamos salir del país por avión. Bruno estaba sin documentos.

- Y ahora qué, Bruno, ¿cómo llegar a Dinamarca?

- Necesito un pasaporte nuevo. Y este es un país ideal para lograr eso. Con dinero, se puede hacer un pasaporte falso, solo para pasar el control de

pasaportes. Después lo tiraré. Hay que encontrar quién lo hace y después nos dirán qué vuelo y por qué ventanilla debo pasar. Esto mismo ya lo he hecho en Argelia. Sé que aquí también se hace, pero no tengo los contactos. Lo mejor es ir al centro y tratar de enterarse. Solo hay que esperar, ellos vienen a ti.

- ¿Ellos vienen a ti? -pregunté, sin entender nada de nada.

Nos sentamos en un coqueto café del centro de la ciudad. En pocos minutos fueron llegando personajes de todo tipo: negros que vendían gafas de sol y relojes falsos pero llamativos, vendedores de carteras, monederos, y otros similares. Bruno los ignoró. Al poco tiempo llegó un niño, de unos diez años, bien vestido.

- Señor -dijo en español- ¿nisesita hotel, pensión, o cualquier sirvisio? Dabir consigue todo, Dabir conose todos en Tánger, señor. Que usted quiere, yo consigo.

- Siéntate, amigo Dabir, querido. De momento, te voy a invitar a tomar lo que quieras. Hace mucho calor hoy, ¿verdad?

- Sí, señor, hase calor, pero Dabir gusta el sol mucho -dijo sonriendo, mostrando una buenísima y cuidada dentadura-, gracias.

- Me gustaría helado de fresa y vainilia, si es posible -añadió, tras pensárselo un poco.

Bruno pidió el helado para el niño y algo de picar para todos.

- Dices, Dabir, que conoces a todos y que puedes conseguir todo. Vas a llevarte un buen dinero si me consigues la dirección de la persona que hace pasaportes aquí, en Tánger. Si no lo conoces, no necesito nada más de ti.

Dabir miró a Bruno, sonrió y se dio varias palmadas en el pecho.

- Esa es justo espesialidad de Dabir, señor. Es tío mío, si llama Kaliq. Él puede preparar cualquier documento di cualquiera países que quiere. España, Fransia, Alimania, Portugal, América... Aquí tiene la tarjeta de él, señor -dijo sacando una tarjeta de su bolsillo. Dirección ahí. Él siempre en casa, trabajando.

- Perfecto, Dabir, has hecho un trabajo excelente que merece una buena retribución.

- No se preocupe, señor, mi tío me dará algo si usted va a él. Pero si quiere darme propina, yo asepto también.

Saqué un billete de cincuenta euros y se lo di al niño. Lo cogió con rapidez, me sonrió, dio las gracias y se puso a comer su helado con delectación, como un *gourmet*.

La oficina de Kaliq estaba en una callejuela del centro de Tánger. El señor Kaliq, que no creo que fuera tío de Dabir, sino uno más de los niños que trabajaban para él, nos atendió muy bien, nos sirvió té, que tuvimos que tomar antes de empezar a contarle nuestro problema.

- Solo pasaporte para el caballero. Es muy fácil, señores. Mañana por la mañana lo tendrá usted aquí. Ahora, por anticipado, solo pido 200 euros. Mañana me dará usted otros 200. Es barato. Son pasaportes auténticos de España, los oficiales. Miren, pueden comparar con el de la señorita, si lo lleva encima.

Saqué mi pasaporte y vi que, a simple vista, parecía idéntico.

- Sí, ya sé que luego está la banda magnética y todo eso, pero tengo máquina especial. Ningún agente de la aduana le pondrá a usted pegas, ni uno solo. No podrían distinguirlo nunca del original. No es posible, porque son pasaportes españoles. Todo controlado, amigo. Aquí, en Marruecos, con un poco de dinero se consigue todo. Ahora descansen. Ah, necesito una foto, claro. Yo mismo se la hago en esta habitación.

Nos despedimos del amable Kaliq que nos recomendó también, para un caso como el nuestro, no ir a ningún hotel porque están llenos de espías y chivatos de la interpol, sino a la casa de un amigo suyo. Nos dio la dirección y fuimos allí. Era un casa vieja, pero con encanto, con un patio lleno de flores y con una azotea con unas impresionantes vistas al estrecho de Gibraltar.

Recuperamos nuestros masajes perdidos. El dueño de la casa le dio un ungüento milagroso a Bruno que le alivió el esguince que se hizo en el tobillo saltando en su huida. Esta vez me tocó a mí dar los masajes. Bruno estaba totalmente agotado. Se durmió mientras le daba un largo y suave masaje sobre su espectacular, anchísima y fuerte espalda, que parecía un mapa físico lleno de relieves, con tanto músculo y bulto que sobresalía por todas partes.

Teníamos el vuelo para el día siguiente y decidimos no movernos de la casa.

Por diez euros más, nos traerían el pasaporte de Bruno hasta allí. Era mejor no arriesgarse.

Un poco antes del amanecer, se quebró la paz. El dueño de la casa entró de forma precipitada en nuestro cuarto, haciendo mucho ruido. Sabía muy poco español, pero se hizo entender.

- Señoros, favor, importante, urgencias. Policías suyos, d'Ispania, vienen, por todo Tánger. Buscan tú, buscan por todas casas. Ellos saben tú aquí. Ahora pon esta ropa y sales conmigo a calle. Señora pone estas ropas árabes, favor, mucho rápido, favor, ¡¡mucho prisa, deprisa!!

Me vestí de mujer marroquí, con velo y esas ropas amplias con muchas capas. El miedo no me permitió decidir si me sentaban bien o mal. No estaba el horno para esos bollos.

Bruno salió con el dueño de la casa, vestido de marroquí, con turbante blanco. Estaba guapísimo. Hubo que taparlo bien porque es de piel clara y ojos azules. Existen marroquíes así, pero son minoría, y aunque haya alguno rubio y de ojos claros, la piel, debido al eterno sol, está siempre bronceada.

La policía marroquí, junto con lo que deduje era una brigada de la policía española, de paisano, entraron en la casa. Con la cara tapada con el velo, me limité a quedarme sentada sobre un diván, junto con la mujer del dueño y dos de sus hijas. Ni nos miraron. Registraron la casa. Como no teníamos equipaje ninguno, no pudieron encontrar nada. Las ropas occidentales las llevaba puestas, debajo de la ropa que me dieron.

Bruno ya no volvió a esa casa. Por la mañana trajeron su pasaporte, que guardé yo y, vestida al estilo marroquí, salí con la mujer del dueño, tras pagar a éste generosamente en euros por la excepcional ayuda que nos prestó, y fuimos en un destartalado autobús a las afueras de Tánger. Allí estaba Bruno junto con Kaliq y otros hombres. Nos explicaron como estaba la situación.

- Señores, no van a poder salir del país por avión. El aeropuerto está muy vigilado. Saben que está usted aquí y no pararán hasta encontrarlo. Lo único que puedo ofrecerle es salir de Marruecos a través de una caravana de camellos que va hacia Argelia. Son bereberes. A veces llevan turistas de excursión. Pero, por una cantidad razonable, harán ese viaje para sacarles a ustedes del país.

>>No es muy barato, pero teniendo en cuenta a cuánta gente hay que movilizar, es un buen precio. Quinientos euros ahora y otros quinientos en Argelia. Les dejarán en Orán. Allí, yo me encargo de todo, un conocido de confianza los llevará al aeropuerto. El viaje dura entre una semana y diez días. Los paisajes son impresionantes. Tómenselo como un viaje romántico, porque será justo eso. Con bereberes auténticos, todo un lujo, amigos.

- Kaliq, jamás olvidaré esto que está haciendo usted por nosotros. Prometo volver alguna vez, cuando me olviden, con mi hijo. Le contaré todo esto, le hablaré de usted y sus amigos.

- Usted los ha burlado, señor. Ha protegido su vida contra mafiosos, ha sobrevivido, ha escapado de una prisión de alta seguridad, usted tiene alma de tuareg del Sáhara. Estamos todos encantados de ayudar a un español tan valiente, un español de los de antes, con cojones bien puestos, como dicen ustedes.

Todos reímos ante la última frase, que parecía ya un clásico para definir la esencia de Bruno. Por eso lo perseguían sin tregua, porque no se rinde, no se cansa, no abandona la lucha, no se arrodilla. No solo yo. Pude sentir cómo las miradas de todos aquellos buenos marroquíes lo miraban casi como a un dios. Estaban felices de ayudarlo. Sentí que teníamos posibilidades de lograrlo.

Allí mismo nos unimos a la caravana del desierto. Nos proporcionaron ropas adecuadas para soportar tanto el sol ardiente como la friura de las noches.

Por primera vez en mi vida disfruté del cosmos, del espectáculo de las estrellas, de los millones de estrellas que se veían allí, en un aire sin contaminación, de manera tan clara. Por la noche los bereberes desplegaban las tiendas, encendían las hogueras, comíamos y cantaban en su idioma preciosas canciones.

Ahora siento que fue una suerte que no nos dejaran acceder al aeropuerto. El viaje fue increíble. La ruta recorría todo el norte de Marruecos, siempre cerca del mar, a unos cien kilómetros de la costa, hacia el este.

Los camellos andaban, no trotaban, pero iban a muy buen ritmo, a unos diez kilómetros por hora, más o menos. Atravesamos Marruecos de oeste a este. Pasamos por Tetuán, Chefchauén, Alhucemas, Nador y Berkane, ya cerca de la frontera con Argelia.

Bruno se adaptó muy bien al ambiente. Ayudaba en todo a los bereberes, sin necesidad de saber su idioma. Todos lo respetaban y admiraban. En los pozos, no dejaba que nadie sacara agua más que él. Podía pasarse tres horas seguidas subiendo cubos llenos. Sus brazos son dos fuertes máquinas que no se cansan jamás, con músculos duros como cables de acero.

Una tarde, mientras Bruno sacaba agua de un pozo artesiano, se me acercó el único tuareg de la caravana, un hombre alto y muy moreno, guapo, no tanto como Bruno, pero muy guapo, y me dijo:

- *Madam, your man is a lion, you are lucky. He should be a touareg!*

Incluso el tuareg estaba sorprendido por la fortaleza y el espíritu de sacrificio de Bruno. Sí, soy muy afortunada, lo sé. Mi padre lo entendió sin verlo. Bruno destaca demasiado en este cochino y cobarde mundo actual, tan estupidizado por normas impuestas para todos que no nos hacen mejores, sino todo lo contrario.

Bruno es un hombre que respeta el valor, la camaradería, la lealtad y los principios eternos, el amor verdadero, la paciencia con los débiles. Por eso mismo tiene ese otro lado que tanto me asustaba, pero que ahora entiendo que es justo y normal que posea. La brutalidad ante el que lo ataca a él o a los suyos, la falta de piedad con el malvado, la inteligencia para anticiparse a todo.

No podría vivir mejor protegida si tuviera un ejército de mil gorilas de seguridad. Solo me siento segura a su lado. Cerca de él da igual lo que suceda. Sé que está ahí para mí, para cuidarme y vigilar que esté bien.

Fue justo durante ese mágico viaje en caravana de camellos cuando le confesé lo que le llamo a veces, lo de "cavernícola". Se lo tomó con humor. Estábamos tumbados en sacos, esa noche no montamos tiendas porque hacía más calor.

- No es un mal término. Viendo cómo está el mundo, se está mejor en cualquier caverna perdida, lejos de la insoportable estupidez reinante. En este desierto africano, en una cueva, en alguna isla abandonada. Así quiero vivir. Tenemos que encontrar nuestro sitio en el mundo, Clara. Hay que pensarlo bien.

- Estoy de acuerdo. No quiero volver a vivir en una ciudad. ¿Cómo podré, a partir de ahora, dejar de contemplar esta belleza que nos ofrece, gratis, el firmamento? Esto es un tesoro que está ahí, al alcance de todos. Solo tenemos

que salir del ruido, de las aglomeraciones. Era todo mucho más fácil. ¿Tienes algún plan para el futuro?

- Me gustaría mucho probar en algún archipiélago. He pensado que podríamos probar en las Azores, esas islas portuguesas de las que muchos solo saben que de ahí viene el famoso anticiclón que llega a Europa desde el Atlántico. Son muy verdes, con unos paisajes increíbles y con muy poca población. Todavía no tienen turismo de masas, como otros lugares. Pero bueno, puede haber muchos lugares.

- Sí, Bruno, contigo me voy adonde sea. Ya no dudo. Perdóname por dejarte solo. Fíjate lo que ha sucedido por mis dudas. ¿Te das cuenta? Tuviste que volver, tuviste que volver por mí y por eso te cogieron. Si hubiera ido, nada de todo esto habría sucedido.

- Nos habríamos perdido este maravilloso viaje en camello, que me está destrozando el culo y los riñones, pero que es algo irrepetible. Aquí contigo, con las estrellas de espectadoras, estamos viviendo nuestra particular luna de miel. Dime solo una cosa, Clara, solo una. Que me serás siempre fiel, que no me mentirás ni me engañarás. Que te irás si dejas de quererme algún día. Solo te pido lealtad, nada más. Como yo te seré leal siempre.

- Lo juro, Bruno, lo prometo por esas estrellas que tenemos ahora arriba, por todas ellas. Siempre juntos. Hemos estado juntos en las dificultades, así que imagino que, cuando algún día nos vengan mejor dadas, será aún más fácil.

Salimos de los sacos y buscamos un lugar apartado para amarnos con intimidad, entre unas rocas, rodeados del olor de la noche, de olores puros, no contaminados.

## CAPÍTULO 6

Llegamos sin problemas a Argelia. Dimos mucho más dinero del que nos pidió Kaliq porque había que pagar el lujo que constituyó para nosotros aquella travesía idílica. En Orán nos llevaron con rapidez al aeropuerto. No tuvimos problemas de documentos. Volamos hasta Copenhague y desde allí cogimos un pequeño ferry que nos llevó hasta Ronde, un pueblecito del norte de Dinamarca, donde estaba Julio con Marcos, el primo de Bruno.

Julio estaba muy preocupado por la tardanza de su padre. Él le explicó lo que pasó, ahorrándole, esta vez sí, de lo que me alegré no poco, las muertes de los tres rusos en Alcalá Meco. Decidimos no salir de Ronde en una buena temporada, hasta que la salida fuera más segura para Julio.

Escribí a mis padres, sin explicarles dónde estábamos, por seguridad. Estaban felices de que estuviéramos bien, y me desearon suerte. Querían conocer a Bruno y a Julio. Les prometí que lo harían, pero que hacía falta tiempo para arreglar todo.

Y ahora estamos aquí, en la isla de Angra do Heroísmo, la Isla Terceira del archipiélago de las Azores. Llevamos aquí tres años. Estuvimos en Dinamarca dos años enteros. Al final, nos decidimos a ir en barco hasta Portugal, y de allí a las Azores.

Bruno tenía mucho dinero, mucho más del que me imaginaba. No necesitamos trabajar, compramos un terreno y nos construimos nuestra propia casa. El paisaje es espectacular, el aire puro, la temperatura ideal, siempre suave. No hace ni frío ni calor. Son islas más templadas que las Canarias, en verano hace menos calor, llueve más y es todo más verde.

Bruno me contó, en Ronde, lo que había hecho durante algunos años. Se dedicaba, a veces por dinero, cuando la familia lo podía pagar, a veces gratis, a vengar situaciones desesperadas. Padres de hijas violadas por magnates de la industria, víctimas de delitos de todo tipo que habían quedado sin castigo. Bruno hacía que no se fueran de rositas los culpables.

Actuó por toda España. No quise preguntarle qué tipo de venganza pedían las víctimas, pero puedo imaginarlo. Si la justicia no existe en este corrupto mundo actual, ¿puedo reprocharle que él accediera a dársela a todos aquellos

a quienes les era negada?

Muchas veces le recompensaban con astronómicas sumas de dinero, porque siempre encontraba y castigaba a los responsables, fueran quienes fueran y cuantos fueran. Le da igual. Desde que tuvo a Julio, redujo sus salidas, aunque aún aceptó algún que otro encargo.

Cada noche me da el largo masaje que empezó en su cocina de Santander. Más o menos igual, pero ahora tenemos más tiempo, yo llevo menos ropa y él está más relajado para dármele a placer. Nuestra vida es feliz.

Julio crece bien, entre profesores particulares y la escuela de la pequeña ciudad, que le encanta. Habla el portugués como un nativo, es bilingüe. También aprendió mucho danés en Ronde, pero no tuvo tiempo de perfeccionarlo. Aquí la gente es tranquila, amable y sabe disfrutar de la vida. Mis padres han venido ya dos veces a visitarnos.

Como me imaginaba, Bruno es su ojito derecho, el hijo que le habría gustado siempre tener, un hombre fuerte, duro y sin miedo, como había sido él. Bruno les ofreció trasladarse a la isla para siempre. Aún están pensándolo. Es probable que cuando les dé la noticia, se vengán, pero habrá que ver.

Estoy embarazada ya de cinco meses. No queremos saber qué será. Cuando venga, lo veremos. Las mujeres de Angra, en general, me dicen que la tripa empieza a ser picuda y que será niño, pero hay unas pocas que no lo tienen tan claro y terminan diciéndose siempre las mismas manidas frases antiguas.

Yo les digo, en mi aceptable portugués, aprendido gracias a Julio, que no me importa. Que lo querré igual. La respuesta de todas ellas es siempre la misma, una sonrisa cómplice con la que se zanja la discusión.

Ahora miro a través de la ventana a Bruno. Está construyendo un merendero con sus propias manos, él solo. A veces, algún hombre del pueblo viene a ayudarlo. Todos admiran a Bruno, intuyendo que es un hombre único, un cavernícola salido del pasado que está entre ellos.

Con su dinero ha creado aquí, y en el resto de islas, nuevas bibliotecas, centros cívicos, parques temáticos, escuelas técnicas de todo tipo y un largo etcétera. Quiere emplear bien y gastar todo ese dinero de su vida pasada, cuando fue un justiciero a sueldo.

Me acaricio el vientre y me pregunto cómo será este fruto suyo que llevo encima. Puede ser un auténtico volcán si sale niño. El fuego de su sangre tiene que estar en él. Las patadas son tan fuertes que a veces me obliga a tumbarme para soportarlas. Mi cavernicolita, mi pequeñín...

# Tío Duro y Padre Soltero

## *Romance, Pasión y Acción con el Motero Criminal*

### CAPÍTULO 1

Un tonto error de principiante cambió toda mi vida. Bueno, es posible que fueran dos errores en uno, si lo miramos bien.

Recuerdo bien aquellos pocos días de vacaciones que me tomé aquel verano. Aunque han pasado pocos años, era muy joven y pensaba que la vida era fácil, corta y que no había que pensar demasiado. Me gustaba echar la piedra a rodar, como bien dice el estilo de música *rock and roll*. Vive hoy y mañana ya veremos. Ese era el estilo que llevábamos muchos.

Aquel mes de agosto, en Torremolinos, disfrutaba junto a mis socios y colegas de profesión, de las discotecas llenas de francesas, inglesas, alemanas y suecas. Las rubias han sido siempre mi perdición. Es ver una melena de color trigo y acelerárseme el pulso.

Y eso fue lo que ocurrió. Una preciosa rubia de ojos azules bailaba en la pista con sus amigas, también rubias, pero no tan guapas. Sin pensarlo un segundo acabé en la pista con mi cubata de whisky-cola en la mano y acercándome sin disimulo a la mejor de todas.

Ella, aquella noche, buscaba también marcha. Para qué queríamos más. Fue un calentón.

Terminamos, dos horas después, en la playa. Ninguno de los dos llevaba preservativo.

Nueve meses después, la consecuencia, viva, apareció en mi vida para siempre.

Olga Kovalenko, hija de uno de los mafiosos más crueles de la Costa del Sol malagueña, me trajo el fruto de nuestra pasión de aquella noche, en la que nos despedimos sin darnos teléfonos ni saber más el uno del otro. No me contó cómo, pero me localizó. Una mañana de abril sonó el timbre de la puerta de mi casa de Marbella.

Era Olga, que me traía a mi hija.

- ¿Por qué no me dijiste nunca que estabas embarazada? - le recriminé, cuando me explicó la situación.

- ¿Es que nos dimos nuestros teléfonos? - preguntó ella. Olga hablaba bien español, pero a veces le salían frases extrañas, traducidas del ruso, quizá, y tenía errores gramaticales muy divertidos.

- Y dime, ¿cómo has conseguido localizarme ahora? Podrías haberlo hecho antes -contesté con esa pregunta.

- Mira, Fran, voy a serte franca. Mi padre, Egor Kovalenko, matará a esta niña si se enterará de quién es hija. Tengo que salvarla. Contigo estará bien, a salvo. La protegerás. Intenté ocultarle el embarazo todo que pude, pero se terminó enterando, como es lógico. Me preguntó de quién era. No quise decírselo. Ahora sé quién eres y a qué te dedicas, Fran.

>>Mi padre y tú sois rivales. No aceptaría jamás una nieta de su enemigo. Lo conozco, es mi padre. Lo conozco mejor que nadie. Sé que la mata, aunque te puede parecer horroroso. Así son algunos hombres eslavos, más crueles que los míticos hunos o que los mongoles de los que tanto se habla.

>>Es preciosa, mírala. Solo tiene dos semanas. He estado en casa de la amiga estos días, pero no puedo esconderme más. Tarde o temprano, mi padre me va a localizar. Le diré que se la he dejado a una buena familia.

- Vale, Olga, si es mi hija... ¿cómo voy a permitir que una belleza así muera?

- Sé qué tú piensas ahora, Fran. Que estuvimos solo unas horas juntos, aquella noche, en la playa. Sí. Que la niña podría ser de cualquiera. No, Fran. Aquella noche bebí y me dejé llevar, pero aquel mes de julio no estuve con ningún hombre más. Puedes hacer prueba de padre, pater...

- De paternidad -dije ayudándola.

- Eso. Hazla. Lo verás tú mismo. Es nuestra, de los dos. Pero, ahora, la vas a cuidar tú. Es la manera de que sobreviva. Se llama Nastia, diminutivo de Anastasia. ¿Te gusta el nombre?

- Me gusta más ella, pero sí, el nombre también es de mi agrado -dije, mirándola con atención.

Olga vino durante dos días a mi casa para enseñarme cómo cambiarle los pañales, qué leche de desarrollo necesitaba entonces y cuál necesitaría un poco más tarde. Cómo bañarla y cogerla... En fin, que me había convertido en padre en unos segundos.

Qué marrón más grande, pensé. Al principio me asusté mucho, sobre todo cuando entendí que esto era para toda la vida, pero cada vez que la miraba, estaba feliz y otra sensación sustituía a la de angustia. Tendría que luchar por sacar adelante a esa joya. La niña era en verdad preciosa. Tenía los ojos azules de la madre, era muy blanca y tenía el pelo rubio, como ella. Quizá con el tiempo se parecerá un poco más a mí, le dije a Olga.

Ella se echó a reír porque sabía que era una copia de su madre.

- Lo que está claro es que va a ser una hispano-rusa muy bella - dije, sonriendo.

- Ya es tan guapa, mi niña... Fran, no sé si podré sobrevivir sin verla. ¿Me permitirás venir alguna vez para ver cómo se crece?

- Claro, Olga. Eres la madre.

- Tendré que hacerlo en secreto. A partir de ahora, mi padre no me quitará el ojo de encima. Será muy difícil venir, pero te avisaré cuando será posible. Toma esto, lo he cogido de la caja de mi padre. Nunca sabrá que he sido yo.

>>Los niños gastan mucho y no podrás trabajar demasiado los primeros meses. Contrata a alguna chica de confianza para que te ayude y la cuide si tienes que salir. Si no la encuentras, aquí te he hecho una lista de chicas rusas y ucranianas que viven en la provincia de Málaga y que tienen experiencia cuidando niños.

Olga me dio sobre que tenía cien billetes de 500 euros. Aunque tengo dinero de sobra, lo cogí. No quería discusiones tontas. Ni siquiera era de ella, sino del cabrón de su padre. Me gustó la idea de que su propio dinero cubriría los

primeros gastos de su no deseada nieta. Mi hija.

\* \* \* \*

Mi vida dio un giro radical. Con Nastia en casa, tenía que tener cuidado con los ruidos, no despertarla, vigilar las horas del biberón, cambiarle los pañales a todas horas...

No quería contratar a nadie. Era mi hija. Pero a las pocas semanas, con unas ojeras de campeonato y totalmente agotado, reconocí que necesitaba alguna ayuda.

Como no conocía en Marbella a ninguna mujer que me inspirase confianza para este trabajo, comencé llamando a las chicas de la lista.

Vino una mujer de unos cuarenta años, lo que me pareció ideal. Se llamaba Svetlana, era del sur de Ucrania, de Nikoláyevsk. No hablaba muy bien español, pero eso no me pareció importante. Me dijo que podía limpiar la casa, cocinar y cuidar a la niña. Le dije que me interesaba solo Nastia, que no se preocupara de limpiar nada, pero ella, al final, reconoció que era muy pequeña, que no tenía experiencia con bebés y que no quería esa responsabilidad.

Probé con dos más de la lista, pero me ocurrió algo parecido. Eran mujeres que preferían limpiar o cocinar y estar solo dos o tres horas. Ya iba a desistir de seguir con la lista, pero me arriesgué con el cuarto nombre, Varvara.

Al día siguiente, hacia las tres de la tarde, llamó al timbre. Al verla, deseé de inmediato que se quedara, pero debía hacerle al menos una pequeña entrevista. Era pelirroja natural, con algunas pecas en la nariz, que era corta y muy bonita. Los ojos, inmensos, eran de color turquesa, espectaculares. Me pareció tímida al principio. Le dije que se sentara en el sofá y hablaríamos.

- Bueno, Bárbara -dije, españolizando su nombre, pensando que se decía igual.

- Me llamo Varvara. En ruso -me aclaró-, Bárbara es Varvara, con el acento en la penúltima sílaba Pero si quieres llamarme Bárbara está bien, no me

importa.

- Vale, Farfara entonces, dije intentando imitar su nombre. Eres rusa o ucraniana, supongo.

- En realidad, soy moldava de nacimiento, pero mis padres y todos mis abuelos son rusos. Así que soy rusa por educación y cultura, pero mi pasaporte es moldavo. Hay muchas moldavas en España que dicen ser ucranianas o rusas, pero no lo son. Como saben ruso, engañan bien a los chicos españoles - dijo Varvara con una sonrisa preciosa, dejando ver unos dientes muy blancos y sanos.

- No me importa la nacionalidad. Sí que me gusta que hablas español como una nativa.

- A nosotros, los moldavos o rumanos, que hablamos básicamente el mismo idioma, no nos cuesta demasiado aprender español. El moldavo forma parte del grupo de lenguas romances. Además, en Moldavia estudié filología hispánica. Trabajé como profesora de español unos años, después de terminar mis estudios, en Chisinau.

- Vaya, es impresionante, eres una filóloga. Seguro que conoces el español mejor que yo entonces, aunque yo sea nativo -dije, sin poder dejar de mirarle a los ojos.

- Quizá te estés preguntando por qué dejé mi trabajo en un colegio.

- Bueno, no es asunto mío, en realidad, pero si quieres contármelo, sí, tengo curiosidad.

Se quedó unos segundos callada, pensando cómo contármelo.

- Es que casi no pagaban. Moldavia está en una situación pésima. Hay muy poco trabajo, y conseguir uno no significa que vayan a pagarte cada mes. Me cansé de esa inseguridad permanente. Me debían ya ocho meses de sueldo y decidí, un poco a la desesperada, probar en España. Como conozco muy bien el idioma y me encanta el sol, la playa... Llevo solo seis meses aquí, en Marbella. Acepto cualquier trabajo. Puedo limpiar, planchar, cocinar bien, cuidar de los niños. ¿Puedo ver a tu niña?

- Claro que sí. Descálzate y entras a verla. Ahora está dormida.

- No, no, entonces no. No quisiera despertarla, que luego es difícil volver a dormirlos.

- No te preocupes, dentro de unos minutos se despertará. Es como un reloj - expliqué-, tiene sus horas de dormir y casi siempre se duerme y se despierta a la misma hora. En este sentido, no tendrás problemas. Casi no llora por la noche. Es muy buena. Es mi tesoro.

- Me gustan mucho los bebés, así que, si quieres, podemos probar unos días. Sé preparar biberones, conozco muchas nanas rusas, moldavas y españolas para poder cantarle. Creo que le gustará el diferente sonido de los idiomas.

>>Tengo experiencia cuidando de mis primos pequeños. En realidad, nunca he trabajado de canguro, pero me gustan y yo suelo gustarles a ellos. Soy muy niñera, así se dice, ¿no? Una persona a la que le gustan los niños y disfruta con ellos.

- Sí, así decimos, en efecto. Es perfecto, Bárbara. Perdona, pero no me sale decir tu nombre bien, así que te llamo Bárbara, ¿me dejas?

- Claro que sí. No hay problema.

- Entonces, si te parece bien, puedes empezar mañana mismo. Puedo enseñarte un poco la casa y hacemos tiempo, porque te digo que se despertará enseguida, ya es su hora. Solo me interesa que cuides de la niña. Sobre la limpieza, una vez a la semana tengo una mujer española que viene a plancharme algunas camisas y a ordenar un poco la casa.

- Sí, muy bien. Acepto.

Justo en ese momento, se oyeron algunos balbuceos de mi princesa. Aaah, baaa. Me llamaba para que la comiera a besos, como acostumbro.

- Vamos, Bárbara. Se ha despertado.

Ella estaba también impaciente por conocerla.

Entramos a la habitación, que estaba en penumbra, y nos saludó agitando los pies y las manos, contenta de que entrara gente. Nastia miró solo a Bárbara. Ambas sonrieron.

No cabían dudas, era la adecuada para mi hija. Si hubieran estado mis amigos, sé qué frase habrían dicho como réplica: "para la hija y, sobre todo, para el

padre". Son unos cabrones de cuidado.

- Cógela, le gustas -le dije.

La cogió con mucho estilo y delicadeza; se notaba que tenía experiencia con niños. Anastasía tenía casi dos meses de edad.

- Es preciosa, qué monada. Qué ojos tan enormes tiene. Parece una niña rusa, por los ojos. ¿Cómo se llama?

- Se llama Nastia.

Varvara me miró a los ojos, sorprendida.

- ¿El hipocorístico de Anastasía?

- Exacto. Eres muy lista. Has sabido que era rusa solo con verla -exclamé.

- Bueno, si es tu hija, será solo medio rusa.

- La madre es rusa, sí.

Varvara no quiso meterse en asuntos personales y cambió de tema astutamente.

- ¿Quieres que le dé de comer? - me preguntó.

- De acuerdo. Ven, te enseñaré dónde guardo todo.

Al final, Varvara se quedó casi hasta la noche. Le dio el biberón, le cambió los pañales con una maña y rapidez que me sorprendieron. ¿Por qué cuando lo hacía yo no salía así? ¡Qué suerte haberla encontrado! Era la persona ideal para cuidar bien de mi niña durante mis ausencias. Llevaba más de un mes casi sin salir de casa, pero necesitaba trabajar y seguir con mis negocios. Cuando se fue, casi a las nueve, le dije:

- Este día vamos a contarlo como trabajado. Te espero mañana a las nueve de la mañana. Estaré todo el día fuera. Como te he dicho, te pagaré diez euros por hora.

- Está muy bien pagado, Fran, muchas gracias. Esperaba menos, si te soy sincera. Casi nadie paga más de 5, hagas lo que hagas.

- De momento, diez. Estás a prueba. Si va todo bien, podremos negociar al alza. No quiero que te pase lo mismo que en tu país. Aquí vas a cobrar a diario, si quieres. O a la semana. Dime cómo lo prefieres.

- De momento, a la semana está bien, sí.

## CAPÍTULO 2

Tuve que coger a Varvara porque había decidido cambiar de vida y empezar a ser un poco más... normal, por así decirlo. Mis andanzas nocturnas continuaban, pero necesitaba un trabajo de día para ir saliendo del oscuro mundo donde me había ido metiendo cada vez más. El último trabajo normal me duró solo seis meses.

Encontré un trabajo de comercial para toda la provincia de Málaga. Estaba muy bien porque empezaba a las diez y terminaba a las seis de la tarde, comiendo siempre en algún pueblo. A las siete como máximo estaba en casa, y Varvara podía irse. Ella ganaba noventa euros al día. Estaba feliz, pero sobre todo por la niña. La adoraba.

Le dije que le hablara también, a veces, en ruso, si le apetecía. Es el idioma de la madre, y no estaría mal que aprendiera palabras o frases en ese, para mí, complicadísimo idioma. Solo ver el alfabeto que tienen ya me marea.

No estaba mal la vida de persona honrada, para variar. El trabajo de representante comercial me permitía conducir mucho, que es lo que me gusta, aunque sea en coche, hablar con gente diferente... Se me pasaba el tiempo deprisa. Lo mejor del día era la vuelta a casa. Allí me esperaba mi princesa y Varvara, que cada día me tenía más loco.

¡Qué mujer tan especial! Estas mujeres eslavas son un soplo de aire fresco en este pobre país machacado siempre por las ideologías. Ahora la de género, con tanta feminista y pseudo feministoide que no sabe ni lo que quiere. Y tantos hombres renunciando a lo que son y siguiéndoles el juego, como idiotas.

Cuando volvía a casa, Varia, como me enseñó a llamarla, me tenía preparado algún suculento dulce de los muchos que sabía preparar. Soy muy goloso y soñaba con el capricho dulce vespertino. Solía haber mucho, por eso empecé a comer muy pronto, a la una, y poca cantidad, para llegar hambriento a casa y comer con Varvara.

A pesar de que su función no era cocinar nada para mí, lo hacía por placer y por agradecimiento por el sueldo. A las dos semanas ya le estaba pagando veinte euros por hora. Nastia no podía estar en mejores manos.

Un día, cuando Varia llevaba trabajando ya tres semanas en la casa, Olga me llamó y me pidió ver a la niña al día siguiente, si era posible. Le dije que sí, pero a partir de las ocho de la tarde.

Me pareció, sin entender por qué, una especie de traición a Varia, pero no podía decirle que viniera a casa mientras estaba ella cuidando a la niña. Mi vida se había complicado demasiado.

Estuve con Olga aquella noche. Se quedó hasta casi la una de la madrugada. No paraba de decir "mi pequeña, mi pequeña", en su idioma.

- *Malysh, moi malysh*. Fran, ¿qué puedo hacer? Es mi hija, y me gustaría cuidarla y criarla también yo. Dime, ¿has encontrado a alguna mujer para que te ayude con ella?

- Sí, una de tu lista. Todo va muy bien con ella. Es moldava y se lleva muy bien con Nastia, la cuida como si fuera su hija...

- ¡No digas eso! *Blin*, maldito sea, está muy bien que es así, claro. ¿Qué puedo hacer! No hay salida para mí, Fran. Mi padre me vigila día y noche e insiste en saber dónde está la niña, quiere que le cuente en qué familia está. Le digo que no voy a decírselo.

>>>Que no es asunto suyo y que solo quiere matarla. Si digo esto, me deja en paz por unos días. Para venir aquí he tomado muchas precauciones porque sé que me siguen sus gorilas. No es bueno que nos vemos aquí, en tu casa. Próximas veces habrá que ir otro lugar. ¿Prometes?

- Lo prometo, Olga. No te preocupes. Te dije que la verás siempre que quieras. Y la tendrás, si alguna vez puedes, algunos días.

- Eso no sé, casi imposible, por el momento -contestó Olga.

Cuando Olga se marchó, me quedé con una sensación rara. Su madre biológica se había ido, pero Nastia estaba empezando a reconocer a Varia como su madre. Con Olga reaccionó como hace con los extraños, la miró un poco y enseguida se distrajo con sus juguetes. No la reconocía. Pude sentir la punzada de dolor que atravesó a Olga en aquellos primeros minutos tan tensos.

La madre de Nastia se marchó con una sensación agrídulce. Le gustó mucho ver a su hija, pero le torturaba no poder estar con ella. Salió llorando.

\* \* \* \*

- Varia, está delicioso este plato de hoy. Esta carne con especias... hmmm, es un auténtico manjar. ¿Quién te ha enseñado a cocinar así?

- Mi abuela, mi madre, dos tías, las vecinas, amigas, mujeres rusas, moldavas, ucranianas, rumanas... Por eso conozco tantos platos. Muchas culturas, muchas formas diferentes de preparar los mismos productos. Es interesante. Cocinar no es un placer para mí, pero sí me gusta mucho lo que conlleva después, el compartir la comida en la mesa, hablar, etc. Me gusta cocinar para ti, Fran.

- Varia, ¿te gustaría que mañana cambiásemos un poco los planes? Quiero invitarte a comer; iremos con la niña, por supuesto. Por eso es a comer y no a cenar. Es viernes y no voy a trabajar por la tarde. Hay un restaurante muy bueno en Estepona que creo que te va a gustar. La cocinera es libanesa, pero esa mujer sabe cocinar platos de casi cualquier país.

>>>La paella que prepara no la comes tan buena ni en Valencia. Los spaghetti carbonara no los he comido nunca tan deliciosos en ninguna ciudad italiana, y he estado en muchas. Y así con todo. Hay que llamarla el día anterior, para reservar. Pero la reserva permite también pedir cualquier plato que ella conozca. Puedes probar a pedir algún plato típico moldavo. A lo mejor lo conoce.

- Gracias, Fran. Me encantaría, sabes que sí. Pero no sé si es adecuado. Soy la cuidadora de tu hija. Parece raro...

- Te lo diré más claro, Varvara -dije intentando, esa vez sí, pronunciar bien su nombre-. Me gustas mucho, muchísimo. Desde el primer día que te vi. En cuanto abrí la puerta quise que fueras tú, que te quedaras en esta casa. Este tiempo, todas estas semanas... parece que me he enamorado de ti. Bueno, ya está, ya lo he dicho, niña.

- Fran -dijo Varia, con la cara roja de vergüenza-, no esperaba esta bonita declaración. Yo estoy también muy a gusto contigo, sí. Siento algo fuerte por ti, pero no quería mezclar las cosas. Me gusta tanto Nastia... No quiero que estropeemos esto. Estamos bien juntas, yo la cuido como una madre, aunque no

lo sea.

- Venga, no hablemos más. Mañana vamos a comer y ya está. Tampoco es tan grave, creo.

- Bueno, mañana veremos, ¿vale? -contestó ella.

- Bueno, ahora me voy, estoy un poco insegura con esta situación de ahora - añadió.

- Como quieras - murmuré, decepcionado. Esperaba otra reacción de ella. Aunque fuera de rechazo, pero no esto.

- Varia, por favor, no te vayas ahora. Me voy yo. Hoy tengo una reunión con colegas, una cena. Te iba a pedir, aunque al final, con todo el trabajo de hoy, se me ha pasado, si te podrías quedar esta noche con la niña. Volveré bastante tarde, creo. Tengo el cuarto de invitados, las dos camas son muy cómodas. ¿Podrías? Te pagaré esto como horas extra, al doble.

- Fran, ya me pagas suficiente, por favor. No hace falta más. Me quedo, sí. No tengo nada que hacer esta tarde. Pensaba leer un libro, esos eran todos mis planes. No me gusta salir, ni el ruido, los bares. Estaré tan bien con Nastia. Lo haría gratis incluso. Siempre que quieras reunirte con tus amigos, dímelo. Me quedaré.

Madre mía, era una chica tan buena. Buena no es la palabra. Yo diría cándida, aunque solo en el sentido positivo, como inocente, sin maldad, no simplona, porque es muy inteligente.

Salí con rapidez de casa, sin hablar mucho más con ella. Mi propuesta había enfriado aquella velada.

Fui al coche para coger las llaves de la *Harley*, ponerme la chupa de cuero, meter la *pipa* en el bolsillo interior de la chupa y enfilarse, con la inconfundible sinfonía del escape de mi moto, hacia mi otro mundo.

Tenía un grupo, en Marbella, que distribuía coca, pastillas de éxtasis, anfetaminas, *speed* y otras mierdas con las que la peña se mata un poco más rápido que con los clásicos alcohol y tabaco. Desde que llegaron los rusos, la competencia es brutal. Vieron que España era un paraíso para ellos, podían delinquir a modo, sin límites.

Si ellos podían, me dije, qué me impedía a mí no solo seguir haciéndolo, como antes, sino cargarme a toda la competencia que se me pusiera por delante. Y en esas estaba cuando apareció mi hija para resquebrajar todo ese mundo miserable y sucio.

Aquella noche tuve reunión en el bar de siempre, una tabernucha a las afueras de San Pedro de Alcántara, localidad vecina a Marbella. Los chicos me esperaban impacientes. Había tenido que dirigir algunas operaciones por teléfono. Les conté que me había surgido una hija de la nada, y entendieron mi situación. Cómo dejarla sola por las noches. No, no podía ser. Ahora, con Varia, podría intentar liquidar todos los asuntos y convertirme en otro hombre.

- Franchi, cabrón, que llevas mucho tiempo sin venir -me saludó Alvarote con una palmada que casi me rompe una vértebra. Era el animal del grupo, un gigante de ciento ochenta kilos. Estaba muy gordo, sí, pero debajo de toda la grasaza había fuertes y trabajados músculos. Si Alvarote te agarraba, estabas perdido.

Después saludé a Veras, un bigardo de casi dos metros, delgado pero muy fuerte también. Estaba fumando su clásico peta de maría, relajado, con una sonrisa que más parecía una amenaza que un gesto amistoso. El último era Rodro, Rodrigo; era un asturiano con muy mala uva que tiraba de cuchillo a la mínima de cambio. Un tío peligroso del que nunca me he fiado demasiado.

Tras haber estado unas semanas en casa, fuera de ese ambiente, con mi preciosa niña, esa atmósfera podrida, corrupta, degenerada, de viles ambiciones, me pareció más asquerosa que nunca. Ella, Nastia, el sentido de mi vida, y ahora también Varia, mi amor no sabía si correspondido o no, eran luces en ese tenebroso túnel por el que volvía a sumergirme aquella noche.

Cuando salí de casa creí que me apetecía ir, beber con ellos, desfasar, meternos algunas rayas de farla, hacer alguna entrega importante o, simplemente, charlar. Pero ¿de qué hablar con tíos que solo ambicionan aumentar los ceros de sus ya dilatadas cuentas corrientes? ¿Nunca tendrían límite?

- Estoy cansado de esta bazofia, señores -anuncié de sopetón mientras Julián, el dueño de la taberna, el perfecto confidente y vigilante perpetuo, me traía un gran vaso de *gin tonic*, con sus dos rodajas de limón, que era como me gustaba

tomarlo.

- Ganar pasta a espuertas, sin esfuerzo, ¿te cansa? - preguntó Veras.

- Distribuyendo mierda y dando palizas a unos y otros... ¿Alguien aquí está orgulloso de lo que hace? - inquirí.

- En este país podrido, porque todo está podrido, Fran, somos unos más que hacen algo para ganarse la vida, así de claro. Pero si las cloacas del estado son las que controlan todo esto, y a nosotros, si les conviene, nos dejan las migajas para que no quede un solo habitante sin acceso a la mierda -intervino Alvarote.

Rodro, que suele permanecer callado en las discusiones, quiso poner su grano de arena.

- Fran, trabajar como una mula por seiscientos o setecientos euros para, a fin de mes, ver que no te llega ni para vivir, ¿eso es mejor? Si es que nos obligan a delinquir, coño. No hay otra cosa. Los cuatro puestos decentes que hay son para las oligarquías, sus familiares y amigos. Y después, todos los demás, a pillar lo que podamos rascar.

>>Me importa una mierda el orgullo a la hora de ganar pasta, Fran. Ni estoy orgulloso ni me da asco, como a ti. Yo no tengo problema, pero ahora tú, si sientes esto, creo que eres peligroso para nosotros, así te lo digo. No voy a seguir contigo. Es mejor que te largues y nos dejes, entonces.

- Eh, eh, Rodro, habla por ti, tronco, habla solo por ti. Fran creó este grupo y él tenía todos los contactos y el que se ha jugado el culo siempre. El que nos metió a todos. ¿Qué dices? - dijo, indignado, Veras.

- Digo que tiene reproches morales hacia lo que hacemos y así no podremos hacer nada, si cuestionamos a cada paso nuestra actividad -contestó Rodro.

- Mira, Rodro, ya que has empezado, me das pie a decirte algo -revelé-. No me fío de ti, no me gustas. Y, como ha dicho Veras, eres el último mono para decirme a mí eso. Si estás aquí es por mí, si ganas lo que ganas es porque me pediste entrar en el grupo. Tienes habilidades, no lo niego, pero nunca me he fiado de ti. Quiero que lo sepan ahora los demás.

- Si me estás acusando de algo, que sea en serio, Fran -amenazó Rodro-, sacando su cuchillo y poniéndolo sobre la mesa. No he traicionado a nadie y

no te consiento que me acuses de chivato.

- He dicho que no me fío de ti y lo mantengo. Hay que andarse con cuidado contigo, pero si lo que quieres es bronca, sabes que no la rehúyo -dije, volcando la mesa y agarrando a Rodro por el cuello.

Él intentó darme un fuerte rodillazo en los huevos, pero esperaba ese golpe e interpuso mi rodilla, más grande y fuerte que la suya.

- Pataditas en los huevos de niña asustada, Rodro -susurré a su oído.

Ni Veras ni Alvarote intervinieron. No se atrevían. Era la primera vez que veían algo así entre nosotros. Lo saqué a rastras hasta la calle.

- Traedle su cuchillo, sin él no es nadie -ordené a Veras y a Alvarote.

- Fran, creo que es mejor que... -comenzó a decir Veras.

- ¡Que traigáis el cuchillo, hostia! - vociferé.

Veras entró al bar y sacó el cuchillo, dejándolo en el suelo, junto a los pies de Rodro.

- Venga, cógelo y haz lo que creas que tienes que hacer. A mí tonterías ni una, Rodro. Te lo advertí una vez. Yo voy hasta el final. Si voy, voy. Voy a muerte. Y, si no, es preferible no jugar con fuego. Si alguien me saca un cuchillo para amenazarme, debe clavármelo hasta las cachas, bien dentro. Y no dejarme vivo.

- Ha sido un gesto, Fran. Me he sentido insultado y ha sido un gesto, nada más. Jamás te haría nada malo.

- A tu madre, para imponer tus ideas en una discusión, ¿también le sacas el cuchillo? -repliqué.

- El gesto ha sido explícito y tenemos que arreglar esto ahora -añadí.

- ¡Cálmate, Fran, joder! Perdona por el rodillazo, pero tenía que defenderme. Me estás tratando como una mierda - protestó Rodro.

- Coge el cuchillo, Rodro. Solo así tendrás alguna opción. Te trato como lo que eres. Es bueno que se sepa ya la verdad. Quería contarla más tarde, con más pruebas, pero parece que ha llegado la hora. Tenéis que saber -expuse, mirando a los otros dos- que este hijoputa nos había vendido a la pasma por

diez miserables kilos de *farla*.

>>Yo tengo contactos en todas partes, imbécil, y me avisaron a tiempo. Por eso di orden de parar todas las operaciones. No era por mi niña, aunque me ha venido bien en el fondo, ha sido la excusa perfecta para que no pudieras sospechar.

- ¡¡Mientes, cabrón!! - aulló Rodro, sudando, rojo de ira.

Le di un bofetón con la mano abierta por la interrupción, no tanto por el insulto. Cayó al suelo como un fardo de arena.

- Ni miento ni he necesitado mentir nunca, mierda. No me he fiado nunca de ti, pero no soy tan estúpido como para tener a un chivato dentro. Te he utilizado para conocer a los traidores dentro de la *bofia*. He esclarecido muchas cosas. Me ha venido bien tu mala sangre y tus instintos de hiena carroñera. Ahora, venga, arriba. Si aún te queda algo de hombría, lucharás por tu vida. Te repito que puedes utilizar el cuchillo.

- Cagüen la hostia, Fran, joder, hostia, escucha, escúchame... Me metían diez años p'adentro, joder, diez años al trullo. No me dejaron otra salida. No tengo nada contra vosotros, sois buenos tíos, en serio. Los diez kilos me los dieron por antiguos favores, es diferente. Os he vendido por no entrar. No quería volver al talego.

>>Déjame ir, Fran. No os molestaré más, seré una tumba. Me voy al norte, a mi tierra, con mi orvallo y mis nubes eternas. Lo reconozco, no tengo nada que hacer frente a ti, Fran. Tú peleas como los animales, a muerte, sin medir. Te da igual. Yo quiero vivir.

- Coge el cuchillo, Rodrigo. Es la última vez que te lo digo -le advertí.

- Los diez kilos son vuestros. Los tengo en casa. Es de la más pura, de la que traen los indios de Colombia. Es acojonante. Una fila delgada vale para toda la noche. No hemos visto nada igual. Será casi del 90%. Cortándola bien os salen casi treinta kilos. Gratis total.

Mi respuesta fue un codazo con la mano derecha, en giro. Le abrí la mejilla; la herida dejaba ver la carne. Cayó al suelo, llorando y gimiendo, moqueando.

- Por Dios, Fran, por favor, por lo que más quieras. Te lo doy todo. Lo siento, lo siento. Soy un mierda, vale, lo soy. Pero déjame vivir. No quiero morir así,

con tus golpes inmisericordes. Tengo dinero, Fran, tengo algo ahorrado.

>>Te lo doy todo. A cambio de mi vida. Cógelo, usadlo para lo que queráis. Todo vuestro. Tengo dos millones. Es bastante pasta. Lo tengo todo en billetes, en una caja de seguridad en Suiza. Ven conmigo hasta allí y será tuyo.

- Tú ya no vas a ninguna parte, Rodrigo Maese -dije, añadiendo su auténtico apellido, que él nunca me había dicho.

Vio venir la muerte y agarró de repente el cuchillo, como yo sabía que haría. Me lanzó unas buenas cuchilladas al cuello que pasaron a pocos milímetros, como a mí me gusta ver las hojas de esas útiles armas. Después pateé su nariz con una patada en salto que se la rompió. La patada le dejó medio rostro negro.

Desde el suelo intentó pincharme por última vez, esta vez en el estómago. Cogí su muñeca cuando la hoja estaba a un centímetro de mi ombligo. Se la retorció hasta que quebró con un chasquido. El cuchillo cayó al suelo. Puse su cabeza en un bordillo, con el cuello colgando. Una patada precisa hizo el resto. Limpio y rápido.

Veras y Alvarote no quisieron ver el final. Se habían metido dentro.

Me fui de allí sin despedirme de ellos. Cogí el cuerpo de Rodro, lo puse atrás, con las manos alrededor de mi cintura y el casco en la cabeza, sobre la Harley, y conduje hasta Almería. Allí, en Cabo de Gata, cerca del faro, lancé el cuerpo que cayó entre las rocas y el embravecido mar picado.

Envié un mensaje a Varia.

*Varvara, no volveré hasta mañana. Lo siento. Ha surgido un problema que tengo que resolver. Espero estar allí hacia el mediodía. Te compensaré esto. Buenas noches a las dos.*

Conduje toda la noche. Llegué hasta Cartagena. Allí paré a tomar algo en una discoteca y, a las cinco de la mañana regresé a Marbella. A las diez ya estaba en casa.

Varia y la niña dormían. Ella se había tumbado sobre mi cama, sin meterse dentro, para vigilar mejor a la pequeña. Tengo la cuna en mi habitación. Supongo que estaría cansada, no me oyó entrar. Preparé un biberón y un buen desayuno para Varia, me duché y, cuando iba camino del cuarto de invitados,

para dormir, con la toalla en la cintura, el torso desnudo, salió Varia.

- Fran, no te esperaba tan pronto. Me he despertado porque he oído un ruido. Claro, eras tú. Acuéstate en tu cama, la niña aún duerme. Me la llevo conmigo, se despertará en pocos minutos. Se ha dormido tarde hoy. Supongo que para dormir por la noche está acostumbrada a ti, y te esperaba.

Ella no dejaba de mirar mi pecho, musculoso y sin depilar. Soy musculoso por naturaleza, no necesito gimnasios ni programas de musculación para tener un cuerpo fuerte. Mido un metro ochenta y cinco y peso ochenta y tres kilos.

- ¿Ha pasado algo? Tienes el gesto muy cambiado, la mirada más dura. Espero que estés bien - dijo, preocupada.

- Todo bien, Varia. Te he preparado el desayuno. También el biberón de Nastia. Ahora me voy a dormir. Estoy cansado. Necesito cuatro horas. ¿Puedes quedarte cuatro horas más?

- Por supuesto. Vi tu mensaje, estaba despierta. Pensaba en lo de ayer, tu propuesta. Quizá te ofendí, Fran. Me gustaría ir a comer, si aún tienes ganas.

- Claro que sí. A las 3 tenía reserva, por si acaso decías que sí.

- Eres un hombre previsor, no es típico de vosotros, los españoles -aventuró.

- Es posible que no seamos así todos. Hay gente previsora, pero tenemos un refrán que dice que hombre...

- ... prevenido vale por dos -terminó ella.

- Conoces incluso nuestros refranes. Qué bueno.

- He estudiado muchísimos libros de español. De refranes, frases hechas y expresiones también, no solo de gramática. Me interesa todo de tu idioma. Es muy bello.

- Me alegro mucho. Bueno, en cuanto me despierte, nos vamos los tres a comer. Si a las dos sigo dormido, despiértame, por favor.

- De acuerdo. Que descanses, aunque sea poco.

Me desperté hacia la una y media. Varia y Nastia no estaban. Me quedé en la cama tumbado hasta que volvieron, casi a las dos.

Llegamos al *Qana*, el restaurante de la extraordinaria cocinera libanesa, justo

a las tres.

- No tengo ni idea de lo que significa el nombre -dije-. Quizá es el nombre de ella, o de algún plato libanés.

- Qana es una ciudad, Fran. Una pequeña ciudad del Líbano, al sur, cercana a la frontera de Israel.

- Pero ¿de dónde sabes eso?

- Bueno, me gusta la geografía, pero también por la Biblia. Los libaneses creen que Qana es la misma ciudad de la que habla la Biblia, la antigua Caná, donde Jesús hizo el milagro de convertir el agua en vino.

- La Biblia... lees hasta la Biblia - me sorprendí.

- Por supuesto. Es fundamental. Es el libro más importante del mundo. ¿No lo has leído?

- No, la verdad es que no. Escuchaba algún evangelio en misa, cuando iba de pequeño. Eso es todo. Soy ateo convencido.

- Hmm, interesante - musitó Varia.

- ¿Qué es lo interesante? -inquirí.

- No tanto lo de ateo sino lo de "convencido". Entonces, ¿hay ateos no convencidos o inseguros?

Reí con su pregunta, para la que no tenía respuesta. Esa mujer me superaba en muchos sentidos. Opté por callar y presentarle a Farah, la joya de la hostelería marbellí.

- Buenas tardes, Farah -voceé para que saliera de la cocina.

- Hola, Fran, ¿cómo estás? -dijo saliendo con un trapo blanco con el que se estaba secando las manos.

- Bien, mira, te presento a Varvara.

- Encantada, señorita -dijo Farah con una gran sonrisa.

- Igualmente, señora -dijo Varia dándole la mano.

- Y esa preciosa pequeñita, ¿quién es?

- Es mi hija, Farah -anuncié, orgulloso.

- Pero qué linda es, qué ojos tiene -casi gritó Farah, emocionada con el bebé. Al decir estas palabras, miró a Varia, pero, como mujer, notó por los gestos que no era hija de ella y se cuidó mucho de preguntar nada. Era una mujer discreta y sabia.

- Bueno, como Fran no me dijo ningún menú especial, sentaos y ahora os atiende Alim.

Alim es el hijo mayor de Farah. Es camarero, relaciones públicas, maitre, contable del restaurante. Lo hace todo.

Decidimos pedir comida libanesa tradicional.

Alim nos recomendó *hummus*, que es una especie de puré de garbanzos mezclado con pasta de sésamo. Está delicioso. Yo lo había probado ya. Una vez invité a unos libaneses y quedaron impresionados. Dijeron que en todo el Líbano no se podía degustar un *hummus* como el de Farah. Después tomamos *baba ganush*, un plato que tiene berenjena, limón, ajo y unas especias secretas de Farah, que le dan un toque único.

Varia, una grandísima cocinera, estaba impresionada de la calidad de cada plato.

- Cuántos sabores juntos sabe combinar, y qué bien van entre ellos. Es muy difícil conseguir esto. Esta Farah de verdad que es una maestra. Estoy disfrutando muchísimo. ¡Qué maravilla! Muchas gracias, Fran, por traerme a este lugar excepcional. Es muy tranquilo y acogedor. Me gusta mucho.

- A mí me gustas tú -dije, lanzándome ya a la carga con bayoneta.

- Fran... pueden oírte -repuso ella, enrojeciendo.

- Que lo oiga el que quiera -dije en voz no muy alta, pero mirando alrededor, a las mesas cercanas. Nadie había prestado atención a mi frase.

- ¿Lo ves? -dije-, si todos están a lo suyo. Ni se han percatado de qué va la película.

- A mí tú también -dijo.

Puse cara de signo de interrogación. Quería que lo dijera.

- A mí tú también -repitió, muy tímida.

- No entiendo bien, señorita -repliqué.
- ¿No conoces bien tu idioma o me tomas el pelo? - preguntó.
- Quiero que lo digas, que utilices el verbo -contesté.
- Bien. Me gustas, Fran. Ya lo he dicho. ¿El señor está contento?

Reí a placer. Qué bien aplica esta mujer las expresiones, siempre en el momento justo. No parece extranjera.

Nastia comenzó un pequeño discurso en su idioma básicamente vocálico, regado con algunas consonantes bilabiales como la be, la pe y la eme. Tuvimos que prestarle atención y dejar nuestras declaraciones para otro momento. ¿Sabría de qué estaba hablando su padre y, por celos, nos interrumpió? Estos críos saben álgebra y latín, me dije.

## CAPÍTULO 3

Intenté besar a Varia esa misma tarde, cuando volvimos a casa. Ella estaba en la cocina, preparando un biberón para Nastia. Me acerqué por detrás y le besé el cuello. Se quedó paralizada, yo pensé que de placer, pero fue más bien de sorpresa. Cuando intenté besarle en la boca, ella se apartó, de repente.

Me contó que es muy religiosa y que no puede estar con un hombre de esa manera. Es ortodoxa, fiel de la Iglesia Ortodoxa rusa, como sus padres y abuelos. Me aseguró que le gusto, pero que solo si la relación se formalizaba, con el tiempo, podríamos intentar algo más.

Me quedé de piedra ante esa reacción. Ella me dijo que yo sentía atracción física por ella, pero nada más, y que eso no era suficiente.

- Solo hablas de gustar, Fran. Gustar puede gustar un plato, una camisa, un coche, una casa, un collar. Te gusta, y lo compras o no. Lo compras, lo llevas un tiempo y quizá lo tiras luego o lo apartas de tu vida. No, yo no quiero gustarte.

>>Si puedes llegar a amarme, entonces hablaremos. Como mujer claro que me siento también atraída por ti. Eres muy guapo, muy atractivo, tan moreno con esos ojos marrones tan grandes y vivos. Tienes muy buen cuerpo, sí. Pero no busco relaciones con hombres. No.

- Hablas de amor como si lleváramos juntos varios meses, o años, no sé. El amor... Sí, por qué no. Te amo. Querer estar contigo siempre, a todas horas, ¿no es amarte? Desear que llegue la tarde para verte en casa, con Nastia, ¿no crees que es amor y no sexo?

- Sí, eso parece amor, la verdad. Entonces, Fran, ¿por qué solo hablas de gustar? Varias veces has usado gustar, gustar. Te repito que gustar es otra cosas, al menos así lo entiendo yo en español. Si estoy equivocada, dímelo. No has dicho: "te amo", o "te quiero".

Me quedé quieto, paralizado, indeciso, sin saber qué responder a una Varia que tenía un carácter mucho más fuerte del que suponía. Y tenía razón. Entonces, para estropearlo todo, me vino a la cabeza mi vida nocturna, mi mundo de traficante de drogas, de asesino por encargo a veces, de matón de

barrio.

Todo eso que, en aquel momento, me golpeó tan fuerte que estuve a punto de caer al suelo, con un sufrimiento interior que no soy capaz de describir. Se me fue el color de la cara, me quedé allí de pie, sudando. Ella me miraba con preocupación. Achacaba ese estado a sus palabras sobre el amor y la forma que tuvo de decírmelo.

- Fran, por favor, tranquilo. No pasa nada. No estoy rechazándote. Al revés. Estoy diciendo que solo funcionará si vas en serio. Si esto es en serio. Tienes una hija, pero no está la madre. Quizá sea hora, ya que dices que me amas, que me cuentes dónde está ella. Es extraño que una madre renuncie a su hija. Si ha pasado algo malo con ella, te pido disculpas de antemano, por favor. Pero si no es así, y está viva, dime por qué solo la cuidas tú. ¿Estáis divorciados?

Y ahora el tema de la niña. La que había preparado por un simple acercamiento sexual que pensé sería ingenuo. Se me estaba escapando el control de mi vida por momentos. Tenía que desaparecer de allí por un tiempo. Varia no se conformaría, fue lo que pensé.

- Preferiría no hablar hoy de eso, Varia, si no te importa. Sí, tienes razón en que es asunto tuyo ahora, por supuesto, pero no ahora. Su madre está viva, pero, por razones familiares, no aceptan a la niña debido a mí, al padre. Es todo. Es la verdad.

- Fue sexo nada más, ¿verdad?

- Joder, Varia, qué preguntas son esas. Madre mía. Antes eras discreta, pero ahora...

- Perdona, Fran. Ya me voy. Sé cuándo estorbo en un lugar -dijo, cogiendo su chaqueta y dirigiéndose a la puerta.

No se lo impedí. No pude retenerla. Ni siquiera sabía qué pensar. Estaba derrotado. La derrota era mi pasado, toda mi vida anterior. Ahora me empezaba a pasar facturar. Ese ser puro, casi perfecto, ideal, como era Varia, no podía terminar con un tipejo como yo. Era lógico.

Hice una papilla para Nastia, se la di y busqué por internet a una canguro para esa noche. Necesitaba salir, no podía más con la tensión. Mi hija, esa pobre inocente... Olga queriendo estar con su hija, una auténtica desconocida para

mí. Se me vino la vida encima, me aplastó con una presión que creí no poder soportar.

La chica llegó a los cuarenta minutos. Era una andaluza de Marbella, parecía buena chica. Cuando vino, Nastia aún no dormía. Le dije que casi no tendría que hacer nada. Le quedaba muy poco para dormirse. Podría jugar con ella un rato, pero se dormiría y no despertaría hasta el amanecer. A Nastia no le disgustó la chica. Salí de la casa a los pocos minutos.

Me puse mis pantalones de cuero, la chupa motera, cogí la pistola, el casco y las llaves de la moto. Varia ni siquiera conocía la existencia de mi moto. Había tanto que contar, y era todo tan malo, tan inenarrable.

Ya en el portal, llamé a Veras. Estaban de farra en una disco de Cádiz. Les dije que iba para allá.

- De puta madre, Fran. Aquí hay esta noche una fiesta de las gordas. Qué niñas, qué guiris. Un espectáculo. Ya hemos colocado dos paquetes de pastillas a unos gabachos.

Los ciento ochenta kilómetros que separan Marbella de La Tacita de Plata me los pulí en hora y cuarto.

Veras y Alvarote estaban con colegas suyos que yo no conocía, supongo que gaditanos. Era un grupo grande, donde había también chicas. Me presentaron a todos. Veinteañeros normales, despreocupados, solo pendientes de a qué mujer atacar y cuántas copas podrían tomarse sin caer relochos al suelo.

Me sentía mal por cómo se había ido Varia. Ya no quería seguir en esa estúpida y banal fiesta, donde solo había ruido, confusión y estúpidos borrachos. Mi vida de antes estaba dando sus últimos coletazos, creí.

Yo quería renacer a otra diferente, acompañado solo de mi niña y de Varia, los tres juntos y solos, fuera de este país de vicio y corrupción continuos, donde la fiesta paraliza cualquier otra actividad, en un pueblo, el español, que, como el resto de razas mediterráneas, es poco dado a la reflexión.

Yo me había aprovechado de eso durante muchos años, pero estaba cansado. Miraba a chicos de dieciocho o veinte años, con las mandíbulas desencajadas por la coca, con las pupilas dilatadas, haciendo movimientos de robot loco, diciendo auténticas chorradas. Un mundo penoso que yo había contribuido a

crear distribuyendo, por toda Andalucía y el sureste de España, todo tipo de drogas.

Salí de la discoteca y me quedé mirando el mar, que estaba a cincuenta metros de distancia, cruzando una estrecha carretera. El mar me calmaba a veces, no siempre. Aquella noche me ayudó mirarlo y escuchar su rumor. Sonidos de bocina, gritos de borrachos y amagos de pelea reventaban el silencio cada dos por tres. ¿Cuándo habrá silencio en España por la noche?

Se me acercó Alvarote, que estaba preocupado por mí. Había salido a buscarme.

- Hey, Fran, te he estado buscando por toda la disco. ¿Te encuentras bien? Has bebido demasiado, ¿no?

- Apenas he bebido, Álvaro. Como os dije ayer, yo paso ya de todo esto. Nunca me ha gustado, en el fondo. Me dejé llevar por el bucle del dinero, la sensación de poder que da la pasta, las tías, los viajes...

- Reconozco que es un poco aburrido, no lo niego. Pero poco más hay para nosotros. ¿Adónde vamos con nuestros treinta tacos? O de camareros o a alguna fábrica en el norte o, con suerte, de peones de albañil, aunque ya casi no hay obras, como antes. A mí me da miedo dejarlo. Vivo bien. No obligamos a nadie ni a comprar ni a meterse nada, Fran. Jamás hemos vendido mierda a niños. No hemos caído tan bajo. Al menos me consuelo así.

>>Estos tíos son mayores de edad. Cada uno sabe lo que hace y las consecuencias de lo que hace. Sé que nos cogerán pronto, es ley de vida. Estaremos a la sombra una temporada. La única forma de evitarla es hacer lo que hizo Rodro. Y ha acabado como debía acabar, pero solo tú te atreves a hacer lo que hay que hacer. Fran, si tú te vas, yo con Veras no sé si voy a poder seguir. Tú nos unías a todos, pero sin ti supongo que cada uno tirará por su lado.

- Espero que os vaya bien, pero andad con cuidado. En este mundo son todos traidores, empezando por la pasma a la que pagamos. Clientes, chivatos... Una puta mierda. Yo he conseguido un trabajo normal, de día. Un trabajo de esclavo, como decíamos. Pero mira, no me siento en absoluto esclavo haciéndolo.

>>He cambiado de opinión. Esclavo es esto. Vivir esperando el vicio de los

demás, esperando que te llamen los que quieren destruir sus cuerpos y su cerebro. Siempre mirando hacia atrás, por si te siguen. Calculando todo, recordando las palabras que has dicho a unos y a otros. Ahora me voy, Álvaro. Despidete de Veras por mí. No es mal tío, pero no me apetece ahora entrar y cortarle el rollo.

Nos dimos un corto abrazo por compromiso y salí de Cádiz con mi Harley. Otra vez en la carretera, solo, sin saber adónde iba ni de dónde venía. Si me venía abajo, dos faros con rostros concretos y bellos aparecían en mi mente. Nastia y Varia, dos mujeres con sangre extranjera que me clavaban a la vida y me hacían concebir alguna esperanza.

Llegué a casa a las cuatro de la mañana. La canguro estaba dormida en el sofá. Nastia dormía en su cuna. Desperté a la chica, le pagué generosamente y la despedí con rapidez.

Me desperté pocas horas después, con un fuerte dolor de cabeza y sin ganas de hacer nada. Era sábado. Varia no venía a casa los fines de semana. No creo que me llamara. Ni siquiera sabía si regresaría a cuidar a Nastia el lunes. Siendo tan responsable, si no iba a venir, me avisaría con tiempo, supuse.

Salí con Nastia a pasear. La metí en el carro y estuvimos por el paseo marítimo, dando de comer a las palomas, cosa que adoraba.

Cuando volvíamos a casa, nos encontramos con Varia.

- Buenos días, Fran. Venía a traerte esta ropa de la niña, que me llevé el miércoles a casa para lavarla a mano. Es delicada. Aquí la tienes. ¿Cómo estás?

- Bien, bien. Hemos estado paseando un poco, ¿verdad, Nastia?

La niña balbuceó un poco en respuesta y chilló de alegría al ver a Varia, que era quien la cuidaba y atendía a diario. Quería que la cogiera.

- *Joróshaya, kakaya ty joróshaya* -dijo en ruso, cogiéndola en brazos y acariciándola.

- Varia, hoy salimos para Toledo. Mis padres son de un pueblo de esa provincia, soy castellano. Quiero que conozcan a la niña. Volveré el martes o el miércoles. No sé cómo lo aceptarán. Son, como tú, muy religiosos. Pero es su nieta. Eso es un hecho y no puedo negarles esta realidad. Aún no lo saben.

Llevo tiempo sin visitarlos. Más de dos años.

- Pero España es pequeña, está muy cerca -dijo Varia, sin entender por qué no iba.

- Lo sé. No soy un buen hijo. Después de tanto tiempo, presentarme así, con la niña. Pero no puedo aplazarlo más tiempo.

- Entiendo. Me parece que haces muy bien, de verdad. Solo podrán alegrarse, ya lo verás. Estoy segura. Bueno, no te entretengo más, entonces. Buen viaje.

- Gracias, Varia.

- Avísame cuando tenga que venir con Nastia -dijo.

- Claro. Creo que el martes por la noche estaré aquí, pero no estoy seguro. Te enviaré un mensaje con lo que sea.

\* \* \* \*

En Burujón —municipio toledano situado en el centro de la provincia de Toledo— hacía un calor espantoso. Mis padres recibieron a la niña muy bien. Casi no hicieron preguntas. Tenían miedo de disgustarme. Les conté que me llevo bien con la madre y que nos turnamos cuidándola. Que la tiene un mes cada uno. Me pidieron si podía, alguna vez, llevársela. Que era preciosa. Les gustaría cuidarla y verla crecer.

Estuve paseando por las impresionantes barrancas de Burujón, un conjunto de espectaculares cárcavas arcillosas junto al río Tajo. Es un paisaje diferente, entre salvaje y melancólico.

Pasear por allí con Nastia y mi madre me trajo a la mente lo mejor de mi infancia, cuando corría con los amigos del pueblo y hacíamos mil diabluras en aquellas aguas, a las que tantas veces nos caímos. Nos bañábamos en el río, pescábamos, nos enamorábamos. Todo sucedía allí, en las barrancas.

- Hijo, ya pensábamos que no vendrías nunca -dijo mi madre sin tono de reproche, sino suspirando de felicidad, con la niña en brazos.

- Sí, ya iba a ir, esta primavera, cuando apareció Nastia de repente, como os

he contado.

- ¿Te apañas bien tú solo para cuidarla? Aquí lo tiene todo, aire puro para respirar, buenos alimentos. Ahora, en verano, hace mucho calor, lo sé. Pero en otoño podrías traérnosla unos días, tú te quedas también. Si tienes trabajo, nos la dejas y vuelves por ella.

- Sí, mamá. Quizá en otoño os la traiga unos días. Es maravillosa, ¿a que sí?

- No es porque sea mi nieta, pero es la niña más guapa que he visto nunca. Bueno, es que el padre no puede ser más guapo. Pero parece que la madre no le va a la zaga.

- Tu padre estaba muy preocupado -añadió mi madre-. Pensaba que te habías metido en algún asunto oscuro. Como nunca te ha dado miedo nada... Yo le decía que no. Que tienes buen corazón y no puedes hacer daño a nadie. ¿Verdad que no, hijo?

- Bueno, no soy un santo tampoco, mamá.

- Calla, calla, si eres más bueno que el pan.

Y se quedó embelesada mirando a su nieta, por la que sentía ya un fervor de abuela que me agradó pero, a la vez, empezó a preocuparme.

Llegué con Nastia a Marbella, tras prometerles a mis padres que volveríamos pronto, el miércoles por la tarde. Avisé a Varia el día anterior. Necesitaba que estuviera en casa el jueves por la mañana, a la hora de siempre.

Fue pasando el verano. Varia seguía conmigo como siempre. Se sentía cómoda en esa situación y yo no necesitaba más problemas, así que dejé de decirle que me gustaba o que la amaba, ya que ella, al parecer, necesitaba mucho tiempo para esto.

De vez en cuando íbamos a comer con la niña. Nunca fuimos solos. Ir con Nastia era garantía de que ella aceptara la invitación. Dejé mis correrías nocturnas. No llamaba a mis socios ni ellos a mí. Sí llegaban al móvil frecuentes llamadas con frases en clave. Compradores que necesitaban sus dosis. No contestaba al teléfono. Para el trabajo de comercial compré otro móvil, por lo que casi nunca encendía ese otro teléfono. Varia tenía solo el número nuevo.

Olga no aparecía. Eso me preocupaba, pero era mejor no tratar de indagar por qué.

## CAPÍTULO 4

Un día, mientras visitaba a unos clientes en Marbella, me llamó Varia, muy alterada.

- Fran, Fran -dijo, nerviosa, pero en voz muy baja-, están llamando a la puerta. Por la mirilla he visto que son dos hombres, tienen aspecto malo, extraño. No me ha dado tiempo a observar sus caras para que no notaran que estaba mirando, pero me ha dado la impresión de que son eslavos, rusos o ucranianos, casi seguro. No he abierto. Es tu casa, pero está la niña.

- No se te ocurra abrir, Varia. Has hecho muy bien. Tranquila, por suerte hoy no estoy fuera, estoy a cinco minutos de casa. Vuelo hacia allá. Espera. No hagas ruido.

Dos rusos en mi casa, llamando a la puerta. Joder, lo que me faltaba, pensé. Tardé 2 minutos en llegar, conduciendo como un verdadero loco.

Aparqué cerca de casa, en una calle paralela y me acerqué al portal con discreción, mirando todos los coches aparcados, por si veía alguno con conductor dentro en actitud de esperar. Bingo. Muy cerca del portal había un Mercedes GL negro, de lunas tintadas. Marca de la casa. Eran ellos.

No podía saber si había alguien dentro, pero supuse que sí. Que algunos estaban ahí, cubriendo la retirada y dos arriba, los que había visto Varia. Subí al tercer piso por las escaleras. Les oí hablar. No hablaban español. Como no sé una palabra de ruso, deduje que sería ruso, pero sin ninguna certeza. Llevaba la pistola en la chaqueta de la americana. La cogí del coche.

Tenía que saber qué se estaba cocinando, así que aparecí como si viniera de subir las escaleras con tranquilidad.

- Buenos días -saludé.

- ¿Francisca? - dijo uno de ellos con un terrible acento, feminizando mi nombre con esa "a" final.

- Sí, soy yo. ¿Qué ocurre? ¿Quiénes son ustedes?

- Venimas por hablar con tú -respondió el otro, que hablaba igual de mal.

- Aquí me tenéis. Hablemos entonces -repliqué.
- Por cierto, ¿cómo sabéis dónde vivo? -agregué.
- Eso no importa ajora - dijo el más alto, un gorila de dos metros, con un cabezón enorme, calvo, ojos diminutos grises y algunas cicatrices en la frente.
- A mí sí me importa, ya veis - dije.
- Tenemos propuesta interesante de señor Kovalenko, Egor Kovalenko. ¿Tú conoces él?
- No personalmente, pero sí, sé quién es vuestro jefe.
- ¿Padiemos entrar y hablar? -inquirió el menos alto, con el pelo rapado al uno, más moreno que el otro, muy ancho y fuerte, con el cuello de toro y gafas de sol que impedían que valorase su mirada.
- No, no me apetece. No los he invitado. Si tienen algo que decir, vamos abajo, a algún bar - propuse-. O pueden hablar aquí mismo. No es mal lugar.
- Como quieres, fale. Asunto muy sencilla. Kovalenko quiere a su nieta. Da a ti este cheque para que tú olvides de ella por siempre. ¿Entiendes? Mucha pasta, amica.
- ¿¿Que un gilipollas me da un cheque por mi hija?? Pero ¿sabéis lo que estáis diciendo, macarras de cuarta?

- Mira cheque, te conviene. Vamos a llevar la niña todas formas. Mejor asepta y nada más. Kovalenko no asepta no. Millón de euras para ti, cheque, banco conocido de España, todo legal. No prabliema - explicó el alto.

Dicho esto, ambos sacaron las pistolas y me las pusieron a dos centímetros de la cara.

- Mira, hombre, coges dinero, abres puerta, das la niña. Nosotros vamos y jamás volvemos aquí. Es pequeña. Estará bien, con su madre.
- ¿Por qué no ha venido la madre con vosotros, Olga? - pregunté.
- Estos son asuntos que lleva abuelo niña, no madre. Venga, abres la puerta ya o entramos nosotros.
- La niña no está ahora en casa. Está paseando con la chica que la cuida. Vuelven sobre las dos, para comer. Tendremos que esperar dentro. Voy a abrir

-dije aparentando buscar las llaves.

- Vaya, joder, ¡me las he dejado en el coche! Voy a buscarlas, un segundo.

- No -ordenó el de las gafas de sol-, tú no te vas solo. Vamos a nuestro coche y esperamos ahí que vienen ellas.

Era la oportunidad que buscaba. Salir de esa postura sin escape donde dos armas me apuntaban a la cabeza.

- Bajamos por escaleras mejor -decidió uno de ellos.

Me dejaron en medio. Uno empezó a bajar y después me ordenaron que empezase yo a bajar. El otro se quedaba a mi espalda, con la pistola apuntándome, para que no intentase nada.

Cuando llegamos al primer descansillo, me dejé caer de espaldas, con la pistola ya en la mano, y disparé al de atrás. Le acerté a la primera en la garganta. El otro perdió un tiempo precioso girándose. Para entonces, ya tenía dos balas en el cerebro.

Subí como una exhalación a casa, abrí la puerta y le dije a Varia, que estaba llorando, pues había escuchado la escena poniendo el oído en la puerta, que tenía que irme con la niña. También oyó, como todo aquel vecino que estaba entonces en casa, los tres tiros.

- Ahora vienes conmigo hasta el garaje. Vamos a salir por ahí porque abajo hay más gente que nos espera. Después te dejaré en algún punto del centro de Marbella. Dime si está claro y lo has entendido.

- Sí -contestó.

Tuve el acierto de llamar al ascensor antes de abrir la puerta. Entramos y bajamos al garaje. Quizá no hubiera más tíos en el Mercedes. Era extraño. Salimos andando por la puerta del garaje, que está a cincuenta metros del portal. El coche lo dejé muy cerca de allí, a diez metros.

- Ahora corre con la niña, Varia, corre a mi coche, está allí, ¿lo ves? Yo voy ahora.

Varia corrió con una velocidad que solo da el miedo y la voluntad de salvar la vida de un niño. No salió nadie del Mercedes. Es probable que mientras bajábamos al garaje, ellos entraran al portal. Tenían que haber oído los

disparos. No quise comprobar nada más. Subí al coche, aceleré y paré en el otro extremo de Marbella para que se bajase Varia, pero no quiso hacerlo.

- Voy contigo, Fran. No sé qué has hecho, qué pasa, pero quiero ayudarte, ayudaros a ti y a Nastia.

- No, Varia. Me ayudas, de verdad, si te bajas ahora. Voy a llevarla a un lugar seguro y después volveré. Sal de Marbella por unos días. Toma dinero. Vuelve a tu país por un tiempo. Es mafia rusa, no hace falta que te diga más. El abuelo de la niña es un peligroso hijo de puta que quiere llevársela. La madre dice que para matarla, pero no lo sé. Ahora sal, venga. Hay poco tiempo.

Varia salió del coche sin saber muy bien qué pasaba, muy asustada.

Conduje como un loco hasta llegar a Burujón. No llamé a mis padres por el móvil, sino desde el teléfono de un bar de carretera en la provincia de Jaén. Les dije que les llevaba a la niña. Que me había surgido un viaje urgente con la empresa, fuera de España, y que estaría al menos una semana fuera. La noticia les encantó.

Me quedé esa noche en Bujarón. Por la mañana salí temprano y paré en la carretera, en la provincia de Ciudad Real, para llamar a Varia con otro teléfono que compré.

- Varia, no me digas dónde estás. Solo cómo estás -dije, inquieto por ella.

- Todo bien, Fran. ¿Qué tal vosotros?

- Bien, todo controlado. Ahora vuelvo al sur.

- Estoy en casa de unas amigas moldavas, no muy lejos de Andalucía, todo bien, no te preocupes -contestó ella.

- De momento es todo. Me pondré en contacto pronto -dije, antes de colgar de repente.

Decidí utilizar el cheque del millón de euros —querer comprar el amor de un padre por su hija por unos pocos céntimos, hay que ser cenutrio, Egor— para atraer a las moscas a la miel.

Supuse que estaría anulado, pero a lo mejor, pensé, no solo no estaba anulado sino que esperaba que lo cobrase, dando instrucciones a su banco de que le comunicaran de inmediato dónde, en qué oficina, lo cobraba.

El nombre solo podía ser el mío, ya que el cheque estaba al portador. Entonces enviaría a un pequeño ejército por mí. Si me cogían, no iban a matarme. Me llevarían a presencia de Kovalenko.

En Ciudad Real entré en un banco y pedí hablar con el director para poder cobrar el cheque. Al ver el cheque se asustó; después, tras unas comprobaciones, dijo que sí, que estaba todo correcto, tras verificar que había fondos, pero, luego de leer unas líneas en su ordenador de las que no me contó nada, me dijo que habría que esperar unas horas para tener el dinero.

- No, no es necesario cobrarlo en efectivo. ¿Adónde voy yo con un millón de euros ahora?-dije.

- Sí, claro, supongo que usted quería cobrarlo en cuenta, entiendo. Aun así, debido a la cantidad, el sistema me pide una autorización. Tenemos que esperar a que me llegue de Madrid. Es una mera formalidad, no se preocupe, el cheque tiene fondos. Puede usted volver estar misma tarde, hacia las siete o las ocho, y todo estará arreglado.

- Por supuesto. Me imaginaba que no sería tan fácil. De acuerdo. Volveré por la tarde entonces -contesté.

Yo tenía muy claro lo que había pasado. La oficina tenía orden de esperar por parte de la oficina central donde Kovalenko tiene la cuenta. Quería cazarme y yo, la presa, me iba a poner a tiro. Comí en un restaurante cercano al banco y después estudié bien las calles de la ciudad, para una posible salida de emergencia. Todo dependía de cuántos efectivos enviara el abuelo de mi hija para matarme.

Tuve la precaución de dejar mi coche en un pueblo de Toledo y alquilar otro. Era seguro que mis perseguidores conocían mi coche si nos habían estado vigilando desde hacía meses. Es posible que Rodro hubiese colaborado, pero no lo necesitaban si eran mafiosos *comme il faut*.

Desde ese automóvil, un utilitario muy vendido, de color plateado, vi a los muchachos llegar a Ciudad Real provenientes, quizá, de la Costa del Sol. Dos Audi A6 y un Mercedes negro, una berlina, todos ellos con las respectivas lunas tintadas y matrículas españolas, llegaron a velocidad baja y por separado. Primero llegó el Mercedes y, después, los otros dos, con una separación de un minuto. Aparcaron en las cercanías de la oficina bancaria.

El director, chico obediente que se llevaría su buen sobre, les había informado perfectamente. No salieron de los coches. De esa forma, me hurtaban conocer cuántos eran. Por eso, preferí calcular que había cinco hombres por coche, para ponerme en el peor de los casos. Quince individuos armados hasta los dientes y con la sangre hirviendo de deseo de venganza de los dos colegas caídos en las escaleras de mi piso.

La única forma de conseguir una tregua con Kovalenko era acojonarlo, cosa que no esperaba que sucediera nunca, pero pensé que si me cargaba a los quince, quizá se aviniera a negociar o a olvidarse de mí y de su nieta.

En un uno contra quince, no te puedes permitir el lujo de ir de chulito. Había que ser paciente y muy precavido. La audacia llegaría después, cuando todo se pusiera en marcha. De momento, calma. Esperé hasta que dieron las siete. Ni uno solo abandonó el coche. Continué esperando, sentado en un banco en una calle que estaba unos metros por encima de la plaza donde se situaba el banco en cuestión.

Dieron las siete y media. Las ocho. Yo seguí allí, sentado. Parece que me consideraban peligroso, o tenían mucho apego por su vida. No salían de los coches. Se oían alguna trampa. Estaba claro que no saldrían. A las ocho y media salieron de la oficina dos empleados. A las nueve, el director con el que hablé esa mañana salió también y cerró con llave las puertas del banco.

No se bajó nadie de ninguno de los tres coches. Estarían hablando por teléfono con Kovalenko sobre qué hacer ante mi ausencia. El director, sin duda preocupado, contestó su móvil una vez había cerrado con llave. Dijo algunas palabras que incluyeron, por el movimiento en horizontal de su cabeza, al menos un "no". No, amigos, no fui a cobrar ese cheque.

Uno de los coches permaneció allí, pero los dos Audi encendieron las luces y abandonaron el lugar. Me introduje en el coche, que tenía al lado, y seguí a los Audis. Creo que adiviné la jugada. El Mercedes se quedaba por si me presentaba al día siguiente. Los otros volvían a Marbella.

En efecto, emprendieron rumbo sur, hacia Andalucía. Llevaban varias horas en los coches metidos. Tendrían que salir a mear, al menos. A los pocos kilómetros, ambos vehículos pararon en un bar de carretera. Yo pasé de largo, a baja velocidad, observando por el espejo retrovisor que salían cuatro

hombres de cada coche. Bueno, mejor ocho que diez, me dije. Un gran alivio.

Di la vuelta enseguida y aparqué junto a los Audi negros. Con una navaja especial que tengo para estos casos, les rajé los ocho neumáticos en pocos segundos. Subí al coche y volví a Ciudad Real.

El Mercedes seguía en el mismo sitio. Me acerqué por detrás con el coche y les di un pequeño golpe en el parachoques. No muy fuerte, pero lo bastante como para que tuvieran que salir del coche. No salió nadie. Habrían salido a cenar y a buscar alojamiento. Di vueltas por el centro de Ciudad Real, con la esperanza de topármelos. Los mafiosos rusos no pasan desapercibidos. Son aún más grandes que en esas películas donde les ponen un acento ridículo.

Tuve suerte. Estaban sentados, los cinco, en una terraza muy concurrida de un bar. Cinco grandullones de cabeza afeitada y hombros demasiado anchos. Tenían que ser ellos. Aparqué el coche y me bajé. Fui directamente hacia ellos. Con un cuchillo pequeño en cada mano, en vertical, escondidos en las mangas de mi jersey, me acerqué a su mesa, clavé el cuchillo en los cuellos de dos, y disparé a los otros tres.

Alcancé solo a dos, porque el último vio mis movimientos y consiguió sacar su pipa y vaciar el cargador contra mí. Tuve que saltar hacia unos coches cercanos para salvar la vida. El caos de los clientes, aterrorizados, gritando y huyendo de allí, chocando unos con otros, me benefició. Le costó abrirse paso entre los que intentaban escapar de la escabechina, y no pudo localizarme.

Yo me había deslizado, rápido como un lagarto, debajo de tres coches para aparecer por la otra parte del bar y pillarlo desprevenido. Él huyó hacia el Mercedes a la carrera. El Mercedes estaba a más de medio kilómetro. Tuve tiempo de subir al coche, dar la vuelta por otra calle y pillarlo de frente. Ellos no conocían ese coche alquilado. Vi que miraba los coches, esperando ver el mío mientras giraba el cuello, vigilando todos los callejones.

Debía pasar un cruce por el paso de cebra, pero lo hizo por la carretera, en diagonal. Ahí me la jugué, sin pensarlo más. Aceleré el pequeño coche, que tenía una buena salida desde parado, y lo embestí por detrás, ya en la acera. Pasé sobre él echando marcha atrás, para asegurarme. Salí de allí como una exhalación y fui a por los ocho restantes.

Ni siquiera habían salido aún. Los coches estaban allí, pero ellos no. Entré en

el bar y los vi, sentados en dos mesas. Salí sin que me vieran. No podría disparar a los ocho con seguridad. Se habían puesto de frente a la puerta, como buenos chicos.

Volví al coche, para estudiar mejor la situación. Eran muchos y estaban serios en la mesa, comiendo en silencio. No habría podido acabar ni con la mitad. Abrí la puerta del coche y, de repente, noté un fuerte golpe en la nuca y me desvanecí en un limbo de negrura.

## CAPÍTULO 5

Me desperté, con un horrible dolor de cabeza, sentado sobre un pequeño taburete, atado de pies y manos y con un pañuelo introducido en la boca.

Fui un chapuzas. Vi a ocho hombres, pero había nueve, y puede que diez. O habían avisado a más gente por si, como hice, volvía por ellos. A veces, es mi problema, me creo demasiado duro y que puedo hacerlo todo solo. Pero así es la vida y cada uno es como es.

Al poco tiempo de volver en mí, apareció el pez gordo, el señor Egor, el abuelo de Nastia, el padre de la preciosa Olga.

Egor era un tipo de aspecto normal, no muy alto, con la nariz algo ganchuda, de unos cincuenta y tantos años de edad, con una cruz de oro enorme alrededor del cuello, que dejaba ver su camisa desabotonada hasta casi el ombligo. Tenía tripa, pero estaba en forma, poseía buenos hombros y grandes brazos. Su cuerpo era un gran tatuaje. Ese tatuaje contaba la historia de toda su vida carcelaria, que presumí sería muy dilatada.

- Tú pensabas, mierda ispañola, que podrías matar mis hombres, a todos, tú solo. O miras películas demasiadas o eres muy tonto -dijo Egor con un tono de voz muy grave, cavernario.

Cogió una silla y se sentó cerca de mí. Había seis hombres armados allí. Para ser una mierda "ispañola" se tomaba muchas molestias por mí.

- Has matado a seis hombres de los míos, cabrón. Grisha (diminutivo de Grigóry) ha sobrevivido al atropello. Está en el hospital, pero vivirá. Es fuerte como un toro y se muere por ocuparse personalmente de ti. ¿Te imaginas lo que vais a disfrutar juntos?

Uno de los gorilas me quitó el trapo de la boca para que pudiese contestar.

- Si fuera una persona, podría hacerme una pequeña idea, pero dudo que ese animal sea capaz de inventar nada. Seguirá instrucciones. No lo veo muy dotado, hijoputa.

Ese insultó cogió de sorpresa a los matones. Parece que los insultos son el tema fuerte en su pobre y limitado español. Egor me dio un excelente puñetazo

en la mandíbula. Me derribó del taburete. Me colocaron otra vez bien y siguió hablando.

- De momento, solo de momento, perra, vas a vivir. Tienes que entregarme a mi nieta. La niña te permitirá vivir aún unas horas más.

- La niña ya no está en España, Egorcín, pobre hombre. ¿Crees que soy tan imbécil como para dejarla en este país donde los delincuentes extranjeros son los reyes del mambo? -dije, escupiendo un poco de sangre.

- No importa dónde esté, porque la vas a traer tú mismo, en persona.

Después de decir esto, dos rusos empezaron a darme puñetazos y patadas por todo el cuerpo. Me desataron las manos y los pies y dejaron que me pusiera de pie. Tenía ya la cara desfigurada, pero no me importó. No es el dolor físico lo que me preocupa. Se puede controlar mentalmente. Me preocupaba más la seguridad que tenía él en que yo traería a la niña. Lo tenía todo controlado, ese cabrón, podía sentirlo.

- Ahora, torero, hispano duro, vas a demostrar lo macho que eres. Estás sin cuerdas. Y los muchachos quieren mucho bailar contigo ahora -explicó Kovalenko.

Analiqué la situación. Seis hombres enormes, altos y duros como rocas, me rodeaban. En el fondo, tenía que agradecerle a mi casi suegro el regalo. En lugar de seguir recibiendo golpes, atado sobre el taburete, me dejaba bailar un poco con sus gallos. Todos pensaban que la pequeña tunda previa me había dejado ya para el arrastre, pero me infravaloraban, quizá por no ser tan grande ni ancho como ellos, los eslavos.

Sin darles tiempo ni a respirar, rompí la nariz a los dos que tenía más cerca. El movimiento fue, sí, bastante rápido. Fue un ataque doble, con ambos puños que saltaron en línea recta. Aunque tenían la nariz rota, seguían en pie y listos para la pelea. Continuaba teniendo a seis enfrente.

Cuatro puños vinieron hacia mi cara al mismo tiempo. Esquivé tres y me comí el cuarto, en toda la boca. El labio inferior partido. A cambio del labio, uno se llevó un gancho de izquierda al hígado, que lo dejó seco en el suelo; otro se llevó una patada en la cara que le rompió la ceja. El tercero de ellos salió ileso.

Ese primer asalto se saldaba con ligera ventaja hispana. Pero Rusia no se rendía. Los desnarigados y el que aún no había participado se unieron al coro y empezó un batiburrillo donde las manos y los pies volaban en todas direcciones. Acabé en el suelo, por supuesto, pero cuatro rusos también. Intentaron patearme los que estaban de pie, pero les salió mal la jugada. Agarré la pierna de uno y con un buen movimiento le rompí el tobillo. Primer aullido de la jornada.

Su compañero sí consiguió patearme la cara. Me reventó la nariz, creo que me la partió con dos roturas diferentes. La cosa se animaba.

- No está mal la fiestecilla que has preparado en mi honor, Egor. Te lo agradezco. Hacía tiempo que no encontraba a tíos duros de verdad. ¡¡Me gustan!! -le grité mientras esquivaba, bloqueaba y sacaba manos como un loco.

La bronca siguió unos pocos minutos. Dejé a cuatro en fuera de juego, pero sucumbí al final. Pero no porque me riendiera, ya que jamás he sabido qué es eso, ni cómo hacerlo, sino por perder el conocimiento. Eso es lo que más jode en la vida. Así no hay manera de continuar una buena lucha si uno se desmaya cuando está en lo mejor.

Desperté en una cama, con una preciosa enfermera atendiéndome. No podía abrir el ojo izquierdo; el derecho tampoco mucho, pero me dejaba un fino resquicio por donde vi ojos verdes, pelo rubio oscuro y unos pechos grandes y redondos que me alegraron ese momento.

- *Yu mas resd, ser* -creo que dijo la preciosa enfermera-. *Du nat espik* -algo así entendí.

- ¿Mande? - respondí, casi sin fuerzas.

Nunca he sido un lince con los idiomas. La chica se llevó el dedo a los labios y pidió así el silencio que me rogaba. A los pocos minutos entró mi protector, Egor.

- No esperaba las cojones tan grandes, español -dijo Egor con un tono de voz aún cavernoso, pero con un pequeño deje de respeto, o lo que me pareció que era tal.

- Los testículos son de tamaño normal, aunque ahora creo que los tendré cuadrados, por las patadas -contesté a duras penas, pues me pareció que tenía

dos costillas rotas y casi no podía respirar.

- Di instrucciones claras de machacarte sin romperte huesos, pero, en este caso, los muchachos se han propasado -dijo Egor.

- Se picaron un poco, lo vi claro. Criaturas...

- Bien, Fransisco. Como creo que puedes hablar un poco, te diré que hay alguien que quiere verte -reveló Egor.

Dos hombres escoltaban a una figura femenina. ¡Varia!

- Ella no tiene nada que ver con esto, Egor. Nada. Soltadla inmediatamente -grité, arrepintiéndome de inmediato de haberlo hecho, pues el dolor en el costado se hizo insoportable.

- Ahora os dejo a solas -estableció Egor.

Egor salió de la habitación y se llevó a sus hombres.

- Fran, mi pobre Fran... -exclamó ella acercándose a mi cama.

- Estoy bien, Varia, tranquila. ¿Te han hecho daño?

- No, me cogieron ayer en casa de mis amigas moldavas, en Torrevieja. Supongo que me siguieron, no lo sé. Simplemente entraron en la casa, forzando la cerradura, y me llevaron. Me metieron en un coche y aquí estoy. Lo siento, Fran.

- ¿Cómo vas a sentirlo tú? Todo esto es culpa solo mía. Estás aquí por mí, van a usarte como intercambio por la niña. Está claro. No te preocupes, iré por Nastia y veré la forma de que, al menos ella y tú, salgáis bien de esto. No van a hacerte daño. Quieren otra cosa.

- Fran, ¿quién eres en realidad? -inquirió ella.

- Soy un hombre que ha estado metido en muchos asuntos feos. No puedo borrar mi pasado. Por eso estoy aquí ahora. Ha llegado la hora de pagar por todo, y estoy pagando mi deuda. Soy un criminal, Varia. No voy a ocultártelo más tiempo. Lo he sido. Fui así hasta que conocí a mi niña. Ahí cambió todo.

>>Y aún mucho más cuando apareciste tú en mi vida. Por eso busqué un trabajo, el de vendedor, e intenté ser otro, pero ya ves; mi pasado me persigue y no es tan fácil escapar de la basura cuando has sido parte de ella. Lo siento,

Varia.

- Fran, todos somos pecadores, todos los seres humanos. Unos más y otros menos. Pero tú estás arrepentido y quieres cambiar de vida. Eso es magnífico, aunque hayas hecho mal. Te quiero, Fran. Al igual que tú no puedes escapar de tu pasado, yo no puedo huir de este sentimiento que me invade desde que te vi. También te quiero. Pase lo que pase, quería que lo supieras.

- Están utilizando a las dos personas que más quiero, mi hija y la mujer de la que me he enamorado. Quiere a la niña, Egor, este capo de la mafia rusa en España, quiere ahora a su nieta. Ella es fruto de una noche loca, el verano pasado, en Torremolinos.

- Entiendo -susurró Varia con pena.

- Tengo que ir por ella y traerla. No queda otra opción - aseguré.

- No la traigas, Fran. Es tan pequeña. Podría pasarle algo malo. Parecen todos terribles aquí, la encarnación del mal. Son como demonios. ¿Has visto sus caras, las expresiones de sus ojos? ¡Qué importa nuestra vida al lado de la suya!

- No te imaginas lo que pueden llegar a hacerte, Varia. Además, para ellos no es ningún problema localizar de dónde soy y buscar allí. Más temprano que tarde la van a encontrar. No tengas duda de eso. Por eso, es mejor que la traiga yo. No quiero implicar, además, a mis padres. Son mayores y no lo entenderían.

De repente, irrumpió Egor en la habitación con algunos de sus hombres.

- Se acabó la charla, amigos -anunció Kovalenko-. Llevad a ella de aquí.

- Y ahora, amigo Fransisco, hablemos como hombres -añadió, acercándose a mi cama.

- No sé si nosotros podemos considerarnos tales, pero bien, intentémoslo - mascullé, agotado por el esfuerzo de haber hablado con Varia.

- Estás débil ahora. Vas a estar dos o tres días aquí, bien atendido, mejor que en un hospital. Cuando vas a recuperar un poco, vas a niña, traes a ella aquí y esa mujer puede ir. Ambas estarán bien. Niña va a quedar aquí, en mi casa, siempre. No puedo permitir que esa chica algún día complica mi vida,

¿entiendes? Es mi sangre.

>>Tiene que estar aquí. Olga no ha entendido. Ella piensa quiero haser mal a ella. Estoy muy enfadado con Olga, claro, por haber sido descuidada y loca como cría sin serebro. Pero el bebé es diferente. Está en el mundo, y va a ser criada aquí, a mi lado. La oferta era sinsera, el cheque... Pero ahora, con tantos muertos, no te espera una fiesta, prisisamente. Pero niña y esta chica están a salvo. Nada pasará. Esto puedo prometer. ¿Todo claro?

- Está todo claro como el agua, Egor. He perdido. Podría ir hoy mismo por ella.

- No, médico ha dicho que una semana reposo. Para un tío como tú, con buenas cojones, creo que dos tres días ya está. Ahora casi no puedes ni hablar.

Egor me dejó allí, solo en aquella amplia habitación, llena de muebles caros, recargada y hortera como suelen serlo las casas de los mafiosos rusos. Tuve tiempo para pensar mucho durante aquel par de días. ¿Cómo salvar a Nastia y a Varia al mismo tiempo? Mi vida ya no me importaba.

Había arruinado la vida de, al menos, dos personas. Si añado a Olga, tres, porque no puedo echarle a ella toda la responsabilidad de no haber utilizado algún preservativo aquella noche. Como le había dicho a Varia, tocaba pagar, de golpe, todos los errores pasados. Eran demasiados.

Al día siguiente, la enfermera me ayudó a levantarme y paseé por la habitación y por el largo pasillo de aquella mansión interminable. Me dolía todo. Me habían molido a patadas. Casi toda mi piel era un gran moratón, pero solo había problemas en las costillas.

Al parecer, una nueva radiografía confirmó que solo tenía fisuras, no estaban rotas. Egor tenía una gran sala con los mejores aparatos para pruebas médicas. Tenía un hospital en casa, con excelentes médicos rusos a su entero servicio.

No volvieron a traerme a Varia. No es que confiara en que lo hicieran, pero me habría gustado decirle más cosas.

## CAPÍTULO 6

Salimos para Burujón tres días después. Me esposaron las manos y tuve las pistolas de dos matones todo el tiempo en mis costillas, apuntándome. Éramos cinco personas en un todoterreno enorme, un Toyota blanco. Mi cara seguía pareciendo un mapa, con variedad de colores, que iban del azul cobalto al amarillo verdoso.

Por eso, decidí contar a mis padres, cuando los llamé por teléfono, que había tenido un percance en el hotel, donde tenían lugar las reuniones de trabajo. Me había caído por una estrecha escalera de caracol y volvía a España. Le dije a mi madre que no se asustara por mi cara, eran golpes sin importancia. También le conté que unos compañeros de trabajo se habían ofrecido a llevarme hasta el pueblo para recoger a Nastia.

- Hijo, qué buenos amigos tienes, cómo te quieren. Entonces, ¿no podrás quedarte aunque sea un día? -dijo ella, preocupada con la noticia de mi caída.

- No, mamá. Bastante es que se han ofrecido a llevarme en un coche muy grande, para más comodidad. Dentro de unas cuatro horas estaremos ahí.

No había nada que hacer. Estos miserables verían dónde viven mis padres, conocerían el lugar exacto. Lo tenían todo bien calculado. Ya no podría hacer nada contra ellos nunca. Había puesto en peligro mortal también a mis progenitores. La cosa estaba pero que muy fea. Me sentía muy desgraciado, pero con fuerzas para luchar por mi niña y Varia.

Llegamos a Burujón a las dos de la tarde. Mi madre ya tenía a la niña preparada y me dio un montón de bolsas con nueva ropita que le habían regalado los abuelos. Uno de los rusos me acompañó a la casa. Los otros se quedaron en el coche. Sabían que no había peligro esta vez; si intentaba cualquier jugada, se cargaban a mis padres.

A mi padre no le gustó nada el aspecto de Serguey, el matón que me acompañó hasta la casa, pero no dijo nada. Solo lo miraba. Y su mirada me decía que sabía lo que ocurría. Lo presenté como un compañero de ventas.

- Somos uña y carne, ¿verdad, Sergio? -apunté.

- Sí, buenas amigas -dijo con su acento ruso.

- Es ucraniano, pero eso encanta a los clientes. ¿Os podéis creer que vende más que yo? Parece que su acento gusta a la gente, sobre todo a las mujeres jóvenes...

- Eres cabronaso tú -dijo dándome una fuerte palmada en la espalda, que me reventó de dolor, y riendo después.

La risa del gorila, ante mi ocurrencia, relajó un poco la tensión y mis padres se tranquilizaron, creyendo más en la extraña historia.

No estuvimos más de diez minutos en la casa. Me despedí de mis padres con un largo abrazo. Pensé que no volvería a verlos. Ellos sintieron algo también, estaban preocupados. No terminaban de creerse la historia de la caída, sobre todo después de ver el aspecto de Serguey, pero no comentaron nada. Cuando salíamos, dejé caer una pequeña nota de papel que escribí en un trozo de venda, utilizando mercromina que se olvidó la enfermera. La nota decía:

*Queridos padres, salid de la casa una hora después de que yo me haya ido. Id con la tía Cristina y no volváis al pueblo. Estad tranquilos. Ni una palabra a nadie.*

A Nastia, como chica lista que es, no le gustaron sus compañeros de viaje. Lloraba y protestaba. Me volvieron a poner las esposas, pero me dejaron tenerla en brazos, sin duda porque no sabían qué hacer con un bebé, cómo calmarlo ni atenderlo.

Llegamos sin contratiempos a Marbella.

Egor nos aguardaba impaciente. Me quitaron a la niña y se la entregaron. La cogió, con muy poca maña; la niña comenzó a gritar, cosa que hacía rara vez.

- Nastia, Nastia, es el abuelito, tranquila. Es tu abuelo, mi niña -dije a Nastia, intentando tranquilizarla.

- *Privet, dorogaya* -le dijo a la niña en ruso. Supongo que sería un saludo.

- Ahora, Fransisco, como te dije, Varvara está libre. Ya he dado orden de que la dejen salir de la casa -explicó Kovalenko.

- ¿Cómo puedo estar seguro de eso? -pregunté.

- Mira nada más por ventana -me dijo él.

Me acerqué a un gran ventanal que había en la sala y vi que Varia estaba en la verja de entrada, con las manos en la cara, sin duda llorando. Me vio y me envió un beso con la mano. Después, un gorila le ordenó algo y ella empezó a andar por el camino que daba a la carretera.

A continuación, me bajaron al sótano y me ataron a una columna. La fiesta comenzaba para mí. Mi particular infierno, el castigo por mi anterior vida me iba a golpear al fin. Allí estaba, junto a tres más, Grisha, el ruso al que atropellé en Ciudad Real. Tenía un brazo escayolado y diversas heridas en cara y cabeza, cojeaba ostensiblemente, pero no estaba en malas condiciones como para poder jugar conmigo.

- Hola, cabrón. Me alegro mucho de verte, amigo -dijo Grisha en un impecable español.

- Yo también. Me alegro de no haberte matado -dije con sinceridad.

- Quizá no deberías alegrarte tanto. Tengo orden de acabar contigo, pero Egor me ha permitido hacerlo a mi modo. No hay prisa, puta perra. Vamos a pasarlo bien.

- No lo dudo. Empieza cuando quieras.

- Veremos lo que te dura esta capa de chulería, español -espetó Grigóry.

Grisha me puso un cubo de aluminio sobre la cabeza.

- ¿Te gusta el tambor, español?

- Me importáis una mierda el tambor, tú, tu puta madre y toda tu parentela. O sea, que, por si no lo has captado bien aún, me cago en todos tus muertos sin dejarme uno solo -fue la contestación que se me ocurrió en ese momento.

- Vamos a ver si te da tan igual -gruñó Grisha.

Él y los demás empezaron a aporrear el cubo. El infernal ruido se unía al dolor intenso. El cuello a duras penas podía permanecer recto. Dejé mi mente en blanco, tratando de no esperar nada. Que el ruido formara parte de mí, y el dolor también. No huir de ellos, sino hacerlos míos. Y así resistí esa primera tortura. No sé cuánto tiempo estuvieron ahí, aporreando el cubo, pero supongo que varios minutos.

Cuando me quitaron el cubo, estaba desorientado, casi no veía, no oía nada y

el zumbido en los tímpanos era doloroso.

- Bueno, español, de momento te comportas. No está mal. Ni un grito, ni un pataleo. Me parece, y tengo mucha experiencia, que tú has sido entrenado militarmente. No eres quien Egor cree que eres.

- No he hecho el servicio militar. En España es ahora voluntario -contesté sin oír mi propia voz.

Sin dejarme hablar más, me pusieron una bolsa de plástico en la cabeza. El material iba variando, pero todo sucedía en la cabeza. Este tradicional método de tortura consiste en provocar la extrema angustia del torturado, que se va quedando, en pocos segundos, sin gota de aire que llevarse a los pulmones.

Lo importante aquí es no agobiarse nunca, aunque es fácil decirlo. A los pocos minutos noté que, aunque intenté economizar aire todo lo posible, ya no había más oxígeno. Sentí que me desvanecía. La muerte estaba cerca. Es una sensación muy desagradable. Grisha había perfeccionado la técnica. En vez de romper de repente la bolsa para que la víctima no muera, él hizo un minúsculo agujero con una aguja.

El aire que me entraba no era suficiente, aunque sí se coge algo, lo justo para no desmayarse. Cuando notó que me iba, hizo dos agujeros más con la aguja. Después, me sacó la bolsa, me desataron de la columna, me sentaron en una silla, atándome bien, y me dio una buena tunda con la porra, utilizando su mano izquierda, la única útil que tenía. Pero mi atropello lo había dejado muy mermado de fuerzas. Se cansó de inmediato y tuvieron que seguir los amigos.

- Vamos, golfas, venga niñas, que mi abuela la del pueblo, con ochenta y seis años, pega con más ganas que vosotras. ¡Con más cojones! -grité.

- *Stoite!!* -gritó Grisha. Se dio cuenta de que mi intento de acelerar mi muerte estaba funcionando, pues incrementaron los golpes y la potencia de los mismos.

- Vas a suplicarme, español de mierda. Vas a pedir, de rodillas, que te deje vivir. Como hacen todos y harán todos los que caen en mis manos. De momento aguantas. Reconozco que los tienes bien puestos, vale, pero esto solo acaba de empezar. Ahora tienes descanso. El médico te irá recuperando cada vez. Mañana más, amigo. Yo cada día estaré más fuerte. Esto va para largo, quiero que lo sepas. Y no hay hijoputa ahí fuera que pueda impedir esto.

Este Grisha era inteligente. Por cómo hablaba y el vocabulario que empleaba, parecía que había trabajado en los servicios de inteligencia de Rusia. Ni siquiera tenía acento al hablar. Era un tío peligroso. Por algo fue el que escapó en la mesa y ni siquiera con el coche pude acabar con él.

- Mentalmente, dime, ¿cómo lo llevas? Me gusta apuntar en esta libreta roja las impresiones de mis víctimas. ¿Qué escribo, rata?

- Mira, campeón, vas a escribir lo siguiente -dije entre jadeos, pues estaba verdaderamente jodido: "Grigóry es un puto grandullón acomplejado, sádico y maricón, que necesita el sufrimiento ajeno para quitarse por unos segundos el pensamiento, que lo abrumba, de que es la hez más infecta que ha nacido sobre la tierra. Es un inútil integral, torpe, feo y maloliente. No tiene potencia en la pegada, no sabe dar, es una nenaza, una pobre niña asustada que llama, mentalmente, a su mamá. Además..."

No me dejó terminar. Con un bramido, me derribó de la silla de una patada. Debido a la furia, cayó al suelo conmigo. Reí, feliz de esta gran victoria moral. Acababa de terminar, de un plumazo, con el jueguito de la puta libreta. Me dejaron allí, en manos del médico y de un par de ayudantes, que me curaron y cosieron las brechas en la cara, que no eran pocas.

\* \* \* \*

Aunque pueda parecer sarcasmo, estaba feliz por mi expiación. Consideraba todo ese proceso el necesario y obligatorio paso a una vida mejor. Si moría, lo haría arrepentido. Pensé en Varia, en mi niña, en lo bueno de la vida. Pedí perdón a Dios por todos mis pecados. Y, si vivía, supe que sería otro. Una persona digna, con mis defectos, pero que podría aportar algo positivo a la sociedad.

Gracias a estos muchachos rusos estaba aprendiendo y entendiendo todo. Al fin. Pero, ¿cómo darles las gracias? Grisha pensaría que querría joderle su amada libreta, pero era al revés. Tenía mucho que contarle para que escribiera. Si escribía tan bien como hablaba, esa libreta podría convertirse en un *bestseller*.

Al día siguiente, apareció Grisha, con una cara que parecía anunciar que lo del día anterior había sido un juego de niños en comparación con lo que me esperaba. ¡Extraordinario!, pensé con gozo verdadero.

- Grisha, amigo. Ayer estuve un poco grosero. Tú, con amabilidad, te prestaste a ayudarme recogiendo mis impresiones. Y yo, ya ves, solo te dije palabras soeces. Venga, saca la libreta y empecemos de nuevo. Eso de la libreta lo veo una buena idea, en el fondo.

- Tu ironía no tiene límite, español. Ahora empiezo a entender cómo conquistasteis, siendo cuatro desharrapados, un continente entero, y partes de los demás. Sois, sin duda, gente terrible, dura y difícil. Pero tranquilo, porque hoy vas a disfrutar con los nuevos juegos que te tengo preparados. Si de verdad quieres aportar algo a mi libreta, después hablamos, si te sientes con fuerzas.

- Esta vez no había ironía, estimado Goyo. Iba en serio, pero da igual -expuse. Me tuvo sentado allí, atado de pies y manos, más o menos dos horas. Si era una nueva técnica, la desconocía, pero no me hizo el menor efecto. Los ayudantes estaban allí, se miraban unos a otros, por lo que deduje que no era normal lo que pasaba. Al final, les ordenó que nos dejaran solos. Ellos salieron de buen grado.

- Mira, cabrón, no sé cómo, ni por qué, es la primera vez que me sucede esto, pero no me caes mal. Me disparaste, yo también a ti. Me atropellaste con un coche, cosa que no había experimentado nunca. Después he intentado destrozar tu psique, pero no he podido, y, por más intentos que haga, sé que no podré.

>>Eres un tipo duro. Así de fácil. Apenas hay hombres así, pero tú lo eres. No puedes evitarlo. Es tu naturaleza. Y te admiro. No me apetece, pues me duele todo el cuerpo, no me siento bien, seguir con este jodido rollo. Vamos a terminar ya, así, con un disparo. O como prefieras. Considéralo una muestra de respeto. Te lo has ganado.

- Mira, Goyo. No te pega esto. Hablas español como uno de nosotros, eres inteligente. ¿Qué pintas con esta gentuza, todos estos matones de cuarta? - indagué.

- La vida, las circunstancias, deudas de familia importantes. Es complicado, pero debo hacerlo. Estoy cansado de todo. Y asqueado.

- Entiendo. Dime solo una cosa, antes de matarme. ¿Nastia vivirá? Solo eso me importa, mi niña. Es inocente.

- Egor no nos ha comunicado nada al respecto, pero creo que le gusta la niña, está empezando a sentir algo en ese corazón pétreo y frío como el mármol. No lo sé, de verdad. Espero que no le pase nada, pero con él nunca se sabe. Está muy desequilibrado. En las cárceles ha visto y sufrido de todo. Todos nosotros estamos lejos de ser hombres como los demás. Somos una especie de demonios humanos, sin piedad, sin empatía alguna por nadie. Un desecho puro.

- Goyo, en esa libreta, escribes tú más que lo que te dicen las víctimas; ¿me equivoco?

- No, no te equivocas, español -dijo Grisha-. Eres listo. Tengo varias libretas escritas con lo que siento. Pensarás que es estúpido, pero escribiendo me libero un poco. Trabajé en el departamento de psicología de la FSB (el nuevo nombre de la antigua KGB).

>>Estoy acostumbrado a escribir informes, es lo que hacía antes. Tu caso podría ser único. Me dan ganas de seguir torturándote para ver si al final te quiebras. Pero estoy casi convencido de que morirías soportando todo con una sonrisa, así de cabronazo eres tú. Por eso, para qué perder el tiempo con todo esto. Terminemos ya.

Grisha sacó una pistola del bolsillo de su americana y me apuntó con ella.

Lo miré con agradecimiento y con una franca sonrisa.

- ¡¡¡Maldito cabrón ibérico!!! -gritó Grisha.

- ¿Qué ocurre, amigo? Estoy esperando esa bala liberadora, venga -rugí.

- *Bliad, suka!!! Ne mogú, prosto ne mogú.* No puedo, español, no puedo matar a un tipo así, que se ha enfrentado, siempre solo, a una banda entera, que no gime, ni llora, ni se queja, ni ruega por su vida. Aguantas todo. Eres un tío, eres un hombre de verdad, Francisco.

>>Ahora vas a coger esta pistola y vas a pegarme un tiro. Hace años que sueño con que acabe todo. Hazlo bien, por favor. Si puedes, escapa con vida. No te será fácil, pero la salida no está muy lejos. Toma -dijo, tendiéndome su arma, después de desatarme.

- No, Grisha, amigo. Gracias. Si quieres hacer algo bueno y difícil, ¿por qué no me ayudas? Rescatemos a mi niña, mi tesoro. Me has dicho que tienes familia, deudas. Puedo, creo, solucionar todo eso. Tengo muchísimo dinero, mucho más del que necesito. Si me ayudas con la niña, es todo tuyo, para que te liberes de esto.

- No, Francisco. Gracias por eso. Jamás escaparían de la furia de Egor. No lo conoces. Los torturará. En esta hoja voy a apuntarte unos nombres, que buscarás. Ellos harán llegar el dinero a los míos. Yo debo morir para que todo sea seguro. No quiero vivir más. Ayúdame. Me falta valor para quitarme la vida.

>>Sé lo que estás pensando, que me vas a dejar sin conocimiento. No se te ocurra hacer eso. Egor no consiente un fallo. Me sacará la piel a tiras. Hazlo bien, te lo ruego. Un favor por otro. Sinceramente, Francisco, no lo digo para que aprietes el gatillo, pero has de saberlo. Tu niña es posible que sea utilizada para un ritual satánico de las élites del mundo.

>>Tú no sabes lo que hay por arriba, yo sí. Por eso Egor ha organizado esto. No lo sé, pero han venido por la casa personajes muy peligrosos, que sé a lo que se dedican. Venga, tienes que ir por ella. Hay poco tiempo.

- Gracias, amigo. Que Dios me perdone por esto - le dije.

Disparé mirándole a los ojos. Cuando supo que iba a morir, sonrió, agradecido.

La pistola tenía el silenciador puesto.

Salí de ese sótano. No había nadie. Goyo había pedido que lo dejaran solo conmigo.

Me preguntaba cómo salvar a mi niña. ¿Dónde estaría? ¿Por dónde empezar a buscarla? La única forma de salvarla era que no me descubrieran.

Salí a un jardín, que estaba desierto, por fortuna. Me escondí entre unos arbustos para pensar qué hacer. Todavía estaba muy débil para correr, me había mareado. Entonces la vi. Olga paseaba con la niña en brazos. Hice unos ruidos para atraer su atención.

Imité a unos pájaros, después a una rana. La niña miró hacia mí. Quizá ella reconoció mi voz. Olga, entonces, miró en mi dirección. Saqué una mano de

entre los arbustos y la bajé de inmediato. Seguro que Olga estaba siendo vigilada desde alguna ventana.

Ella se acercó y dijo, en voz baja:

- ¿Quién anda ahí?

- Soy Fran, Olga. He escapado del sótano, donde me estaban torturando. Ayúdame a salir con Nastia. Van a matarla, Olga. Me lo ha dicho Grisha -susurré-. Será un ritual satánico. Creo que es cierto.

- Dios mío. Sé que es posible, por desgracia -dijo ella-. Mi padre, como te dije, es capaz de eso y de cosas mucho peores. Hay que salvarla.

- Estoy vigilada, Fran, ahora mismo estarán sospechando ya -añadió-. Quédate ahí unos minutos. Voy a pensar cómo podríamos hacerlo para que salierais.

Se fue con la niña, que empezó a llorar, pues había oído mi voz y no quería separarse de mí. Casi se me salta una lágrima. La falta de costumbre hizo que esa gota no saliera del lagrimal, pero estaba ahí. Los llantos de Nastia nos convenían; cuanto más ruido hiciera, mejor. Lloro, mi niña, llora fuerte, le pedí.

Pocos minutos más tarde, Olga salía con Nastia, sentada en un cochecito, acompañada de solo un gorila. Aún lloraba, quizá por eso les permitieron salir. Les abrieron la verja. Ella miró hacia mi dirección. Era la señal. Tenía que conseguir salir de la casa y rescatarla cuanto antes. No tardarían en descubrir a Grisha muerto en el sótano.

Un muro de seis metros me cerraba el paso por todas partes. Detrás del jardín, la tapia estaría a unos veinte metros. Era el punto más cercano para intentar el salto. No estaba en buenas condiciones, cojeaba y me mareaba al andar, no oía bien y los oídos me pitaban de una forma horrorosa, pero no habría más oportunidades.

Repté diez metros hasta que se terminó la hierba. A partir de ahí, me puse de pie y corrí, de manera patética, hacia el muro. Era un muro de piedra laja, lo que me permitió encontrar algún apoyo para los pies. Subí lo más rápido que pude, pero me costó un esfuerzo ímprobo.

Me rompí las diez uñas de las manos y me hice varias heridas con la afilada punta de las piedras laja. No me vio nadie, por suerte, porque no pude

escalarlo con rapidez. Bajar me costó aún más.

A dos metros del suelo, salté y vi las estrellas, tenía las rodillas destrozadas por las porras. El dolor me paralizó y tuve que quedarme allí, tumbado, unos segundos, hasta que fue menos intenso. Me levanté y fui hacia la izquierda, buscando a Olga y a la niña.

Paseaban ya por la acera de la urbanización. El gorila miraba de vez en cuando hacia atrás. No sería sencillo sorprenderlo. La única solución era hacerlo en coche. No podía correr, casi no podía andar. Tenía que abrir un coche, coger a la niña y escapar así.

Me acerqué a un Ford Focus azul. Tenía una ventanilla mal cerrada. Eso fue suficiente para mí. Entré sin que saltara la alarma y lo arranqué en menos de un minuto. Después de todo, las andanzas de mi vida anterior me servían ahora como nunca. Un cuarto de depósito de gasolina. Era suficiente.

Paré de repente junto a Olga y al gorila, un ruso de metro noventa, delgado y fuerte, muy joven, vestido con traje negro y corbata azul oscura. Abrí la puerta, dándoles la espalda, abrí el capó para fingir que iba a mirar algo en el motor y, con la pistola de Grisha, disparé al gorila cuando estuvo a mi lado. Fue limpio, rápido y silencioso, gracias al silenciador del arma. Cogí a Nastia y la metí al coche que, por suerte, tenía una silla de niño en la parte de atrás.

- Suerte a los dos. Salid de España, idos lejos, por favor -dijo Olga, llorando porque sabía que no vería nunca más a su hija.

\* \* \* \*

No tenía ya fuerzas para huidas espectaculares. Tuve que elegir lo más sencillo. AVE desde Marbella hasta Madrid y después avión.

En el AVE, llamé a Varia. Estaba escondida a las afueras de Marbella, en una cala desierta adonde le gustaba ir para pensar. Recibió las buenas nuevas con un llanto que no pudo detener.

Le di instrucciones precisas de lo que debía hacer. Cogería un barco a África e iría a Marruecos. Le di la dirección de unos amigos españoles que viven

allí. Más adelante recibiría nuevas instrucciones para reunirnos. Colgué enseguida.

En Madrid cogí un vuelo para Múnich, la capital de la Baviera alemana. A mis padres, en la nota, les había dado orden de ir a casa de mi tía Cristina, que vivía en Rothenburg, una preciosa ciudad bávara. Mi tía se había casado con un hostelero alemán y vivían felices en Alemania.

Llegué a Rothenburg ya por la noche. Mi madre no tenía teléfono móvil, solo mi padre, pero no solía utilizarlo mucho. Era probable que se lo hubieran dejado en el pueblo, con las prisas y el susto.

No contestaba a las llamadas, aunque estaba encendido. No recordaba la dirección del hostel del marido de mi tía. Como estaba agotado, me registré en el primer hotel que pillé. Nastia estaba agotada por los viajes. Dormía profundamente.

Cuando ya me había instalado en la habitación, sonó el móvil. Era mi padre.

- Hijo, Fran, ¿estás bien? ¿Dónde estás? La nota nos ha dejado tan preocupados... No hemos dicho nada a nadie, como nos dijiste. Estamos en Rothenburg, con Cristina.

- Ah, qué alivio más grande. Acabo de llegar con Nastia. Estamos también aquí. Dime la dirección, por favor. En unos minutos estamos ahí.

Tras los abrazos, lágrimas y besos de rigor, llegó la hora de confesarme ante mis padres. Les conté, evitando el tema de los asesinatos, para que mis padres pudieran seguir viviendo, cómo había sido mi vida anterior. Cómo Nastia y ahora Varia, el amor de mi vida, me habían rescatado de ese mundo oscuro.

Mi padre se enfadó mucho. Dijo que no lo entendía, que él creía haberme educado bien, con valores. Se sentía hundido y culpable. Le dije que las decisiones fueron siempre mías y que él, en efecto, me había educado muy bien. Pero fui yo quien voluntariamente me había desviado. Me dejé deslumbrar por el dinero fácil, las fiestas, los cochazos, el lujo...

Mi madre, más generosa y feliz por vernos vivos y a salvo, dijo que yo iba a ser otro a partir de ahora, que ella lo sabía. Sacó todo lo bueno que recordaba de la infancia, cómo ayudaba siempre a los débiles y cómo los chicos del pueblo me adoraban. No consiguió convencer a mi padre, pero al menos él se

calmó y dejó de jurar en arameo, como acostumbra cuando una situación lo desborda.

## CAPÍTULO 7

Me reuní con Varia, tras hacerle permanecer en Marruecos unos días, en Francfort. Voló desde Casablanca en vuelo directo.

Yo la esperaba en ese transitadísimo aeropuerto internacional. Cuando al fin apareció por la puerta, sin maletas, mi corazón vibró de felicidad. Por primera vez nos besamos.

Fue el mejor beso de mi vida, el más sincero, el único auténtico que había dado hasta entonces. El resto de pasajeros tuvieron que esquivar a esa irritante, para otros adorable, pareja que cortaba el paso a los apresurados viajeros que tenían escalas.

Presenté a Varvara a mi familia. A mis padres les encantó. En especial, a mi padre. Varia consiguió que olvidara poco a poco que su hijo había sido un traficante de drogas, un criminal de baja estofa. Él, agricultor desde niño, deslomado para sacarme a mí y a mi hermana adelante, sentía que todo su mundo se había venido abajo. Pero Varia le dijo que viera también el aspecto positivo.

Un hombre que arriesga todo por salvar la vida de su hija y de una mujer a la que amaba, sin pensar en él, era un hombre que merecía la pena. Nos quedamos en Rothenburg, disfrutando de la arquitectura y los paisajes que rodean a esta preciosa villa bávara.

Explicué a mi madre, cuando Varia paseaba un día con Nastia, cómo ella había cuidado de la niña desde el principio. La amaba como si fuera suya. Quería casarme con ella. Aún no se lo había pedido, y estaba un poco inquieto por si me rechazaba.

Mi madre me dijo que bastaba ver cómo me miraba siempre para saber que él sí era la única opción posible. Me gustaría casarme en su tierra, en Chisinau, la capital de Moldavia, pero el sitio era algo que dejaba a elección de la novia.

Una noche invité a Varia a cenar en un restaurante medieval de Rothenburg. Mis padres se quedaron en casa con la niña. Vivíamos todos en una casa que Cristina alquilaba a veces, grande y cómoda.

Antes de que el camarero nos trajera el pedido, se lo dije, muy nervioso.

- Varvara Nikoláyevna Kuptsova -dije solemne, sacando una cajita que llevaba en el bolsillo-, ¿quieres casarte conmigo?

Y ella, mirándome a los ojos, ignorando la caja por completo, contestó:

- Sí, Francisco Valbuena Pérez, quiero casarme contigo. Estaba deseando que me pidieras esto -confesó, feliz, con los ojos húmedos y rojos.

Después de mirarnos varios minutos, sin abrir la boca, se dio cuenta de que había una cajita roja sobre la mesa. La abrió y sacó un anillo de oro blanco, engastado con algunos diamantes. Dentro de lo posible, quise que fuera discreto, pues conozco bien a Varia. Desprecia, en general, todo lo material.

- Aunque nunca he mirado anillos de oro, y no tengo experiencia, este me encanta. Porque es el que has elegido para mí, es fino, discreto, precioso y elegante -dijo, tras probárselo en el dedo anular-. Además, me queda perfecto, no me aprieta ni se me cae.

- Ahora soy una mujer prometida -añadió.

- Varia, ¿dónde quieres que celebremos la boda?

- Donde tú quieras. En Moldavia sería muy alegre, nos gustan las celebraciones, pero podemos también aquí, en Alemania, en esta preciosa ciudad.

- A mí me gustaría allí, en tu ciudad, en Chisinau.

- En Chisinau entonces, no se hable más. Tendremos que ir y preparar todo. Presentarte a mis padres, a mis hermanas, que viven todas allí, a mis amigos. Va a ser divertido porque ellos no saben español y tú no andas muy ducho en idiomas.

- No sé una palabra de ningún idioma extranjero. Tendrás que estar todo el tiempo traduciendo, pero será divertido, seguro.

- Son todos muy buenos. Te aceptarán bien. En el este de Europa, en general, todos adoran España. Te van a aceptar de maravilla.

Después de la cena, que por la hora era más bien una merienda para mí, pues fue a las siete, fuimos a casa a dar la noticia. Mi padre reaccionó de forma sorprendente. Agarró a Varia y la cubrió de besos.

Pensaba que ella me había salvado de mi vida anterior, sobre la que no soportaba pensar. Mi madre también estaba feliz. Mi tía Cristina, que estaba en casa, jugando con la niña, también se puso como loca ante la perspectiva de un bodorrio internacional.

Karl, el marido de mi tía, que también estaba presente, anunció que, al día siguiente, nos invitaba a todos a una comida especial para celebrar la gran noticia.

La pobre Anastasia, ante el alboroto de risas, abrazos, lloros y demás, y ver que no le hacían todo el caso a que estaba acostumbrada, gimoteó un poco, para decir que ella también era importante.

- Ven, mi niña, claro que sí. Si tú eres la más importante aquí, ¿no lo sabes?

- Ay, su papaito querido -dijo mi madre-. Te controla como quiere, Fran.

- Sí, no soy nadie cuando llora o protesta -reconoció-, me tiene cogido el truco. Es muy astuta esta personita tan pequeña.

## CAPÍTULO 8

Varia, a las dos semanas de estar en Rothenburg, ya había encontrado un trabajo de intérprete para una empresa alemana que exportaba a Rumanía, Moldavia, Bulgaria y Ucrania. Allí me enteré de que sabe a la perfección, además de español, alemán, inglés, francés e italiano. Necesitaban a una rumana, o moldava, que hablase muy bien alemán.

Por eso, decidimos que viviríamos en la preciosa Rothenburg, aunque yo pensé que acabaríamos en Moldavia, pero noté que a Varia no le gustaba especialmente la idea. Los dos queríamos vivir en un país que no fuera el nuestro.

Para mí, era conveniente no dejarme ver demasiado ni buscar empleo alguno. Temí que la interpol se interesara por mí en los próximos meses. Solo con la banda de Kovalenko, tenía ocho muertos a las espaldas, sin contar otras víctimas de mis correrías anteriores.

Yo cuidaba a Nastia mientras Varia se iba a trabajar.

La boda se celebró un mes después de darle el anillo. Fue en Chisinau. Conocí a sus padres, unas personas encantadoras, muy sencillas y buenas. También a las hermanas de Varia. Son tres. No sé cuál de todas ellas es la más guapa. Son todas impresionantes. Varia no se sintió celosa nunca, a pesar de que las miraba mucho a los ojos.

Ella entiende que para mí son todas muy exóticas. Lo que no tenían las hermanas era el cerebro privilegiado de Varia. Eran chicas un poco básicas, más brutas y mundanas. Antes habría dicho que más "normales", pero ahora no cambio a mi Varia por nada del mundo.

Tener a una mujer tan inteligente al lado es una bendición, sobre todo si es tan buena y dulce como la mía. Supongo que una mujer inteligente y perversa tiene que ser una pesadilla, pero no es mi caso.

Bebí y comí tanto durante aquella semana en la que estuvimos en Chisinau que creo que engordé cinco kilos, como mínimo. Me encantó Moldavia. A Varia le pedí que fuéramos a menudo para visitar a su familia. Ella aceptó gustosa y un tanto sorprendida de que me hubiera gustado de tal manera su país.

El último día, cuando nos despedíamos de todos, en la calle, cerca de la casa de mis suegros, esperando al taxi que nos llevaría al aeropuerto, vi una cara que me quitó el color de las mejillas. Era un tío con el que me había peleado hacía unos años. Lo recordaba perfectamente.

Tenía una verruga marrón, grande, junto a la nariz y los ojos de un azul eléctrico. Ese tío pasaba pastillas y tripis en la zona de Puerto Banús, en Marbella. Tuvimos que intervenir para cortar aquella competencia que nos perjudicaba.

Yo mismo le metí un palizón de los que no se olvidan. Se defendió bien y me llevé algunos puños de recuerdo y dos buenos patadones en el estómago, pero acabó sucumbiendo.

Él me vio y me reconoció también. A Varia no le pasó desapercibido nuestro intercambio de miradas.

- Fran, te ha cambiado la cara de repente. Dime, ¿qué ocurre? ¿Conoces a ese chico?

- Sí, lo conozco. En Marbella tuvimos un pequeño malentendido que creí se había solucionado. Dime, Varia, ¿es de aquí? ¿Es del barrio? Pregunta a todos, a tus hermanas, a tus amigas, corre.

- Sí que me suena, pero ahora no estoy segura -dijo, pensando.

El tipo se asustó y salió corriendo. Puede que corriera por el recuerdo de mis golpes, pero también podía ser otra cosa. No podía dejar que se fuera, tenía que saber qué coño hacía en aquel lugar. Lo perseguí por las calles hasta que lo alcancé en un portal, donde se había metido. No alcanzó a cerrar la puerta del todo, porque mi pie se lo impidió.

Empujé con violencia la puerta de madera, y menos mal que así lo hice porque ya tenía una navaja en la mano. El golpe lo derribó al suelo, pero la navaja seguía en su mano.

- Dime, ¿qué hostias haces aquí tú?

- No hago nada. Vivo aquí, soy moldavo. Te recuerdo bien, tú eres Fran, el que suministraba coca y pastillas a todos los pijos de la zona bien de Marbella, Puerto Banús y alrededores.

- ¿Recuerdas también mis puños en tu cara?
  - No, eso no lo recuerdo en absoluto. Tú jamás has puesto tus manos en mi cara. Tampoco podrías, aunque lo intentaras -contestó.
  - Yo te metí un día una paliza que es imposible que hayas olvidado, chaval. Me llevé algún buen golpe tuyo, puñetazos de boxeador aficionado. Poca cosa.
  - De acuerdo, lo dejamos así, entonces. Ahora subo a casa, vivo aquí -aseguró.
  - Podría ser una casualidad, claro, pero ¿sabes? No creo en ellas en absoluto. No existen las casualidades. Si tú estás aquí justo en los días en que yo he venido a casarme con una moldava, es que estás informando a alguien. Ese alguien supone un quebradero de cabeza en mi vida.
  - Me importan unos cojones tus casualidades o tus paranoias, tío. Déjame en paz y no me rayes más, que no estoy con ganas de jaleo.
  - ¿Por qué has salido corriendo cuando me has visto? -inquirí-. Si, como dices, yo no te he tocado nunca, no tenías nada que temer. Solo habría sido un extraño extranjero que se casa con una paisana tuya -expuse.
  - Tu mirada me ha dado miedo. Yo solo pasaba por ahí, nada más -dijo, cada vez más nervioso.
  - ¿Conoces a Varia? -pregunté.
  - ¿Qué Varia?
  - Mi mujer, una chica ruso-moldava con la que acabo de casarme. Vive en Marbella también.
- Se metió una mano en el pantalón. Temí que fuera a sacar una pistola y lo derribé de un fuerte bofetón con la mano abierta, por si acaso. No me equivocaba, la pistola salió despedida y acabó junto a la escalera, más cerca de su cuerpo que del suyo. La cogí con tranquilidad y le encañoné.
- Última oportunidad, chico. Di la verdad, te conviene. No voy a dudar en dispararte -le advertí.
  - Dispara si quieres, pero te equivocas. Conozco a esa familia, a Varia y a los demás. Como sus padres conocen a los míos del barrio, de toda la vida. Ha sido una casualidad, tío. El error mío ha sido echarme a correr. Vale, sí, recuerdo bien la paliza, por eso he corrido. Te repito que es mi domicilio,

vivo aquí. No sé quién te persigue, tío, pero yo no tengo nada que ver.

Entonces, saqué al chico a la calle, a empujones. Varia y su familia estaban buscándome.

Cuando me vieron junto a él, todos me preguntaron qué pasaba, en moldavo. No entendía nada. Varia me pidió explicaciones. Le resumí la historia que tuve con él en Puerto Banús.

Todos lo conocían, del barrio. Incluso una hermana de Varia había estudiado con él en la escuela y dijo a Varia que llevaba ya tres años sin salir de Chisinau, desde que volvió de España. Bien, pero podía haber sido avisado por Egor, para controlar el entorno de Varia y localizarme a mí.

- Dame tu móvil -le exigí.

- No -protestó.

- Dámelo o te machaco aquí mismo -insistí.

Mi mirada y el lenguaje corporal le hicieron obedecerme. Busqué el nombre de Kovalenko y el de Egor. No lo encontré. Tuve que resignarme a dejarlo ir porque la situación se estaba volviendo demasiado extraña para todos. Quizá no era conveniente volver nunca a Moldavia.

Salí de Chisinau sin poder desprenderme del todo de un pasado que no dejaba de acosarme. Abracé a mis dos chicas y me subí al avión con la certeza de que nuestros actos nos acompañan de por vida. Para mí, eso es el infierno, la mala conciencia por todo lo que hemos hecho mal.

# Rescatada

## *Romance y Acción entre la Virgen y el Mafioso*

### A

A veces me levantaba de la cama con la seguridad de que sería el último día de vida. No tanto por mi profesión, que también, no digo que no, pero me ocurría solo cuando sentía mi corazón latir con extrema fuerza, retumbando en las paredes de mi plexo solar.

No sé si le ocurrirá a más gente, pero a veces siento que mi patata bombea sangre con mucha potencia, más de la habitual. No eran arritmias; el ritmo es el de siempre, es solo la intensidad lo que cambia; mi pulso es como el frío ruso en invierno, lo más seguro que hay, no falla.

Cuando latía así, tan fuerte que podía oírlo, si la habitación estaba en completo silencio, era entonces el momento de plantearme si vería ponerse el sol ese día. Y siempre lo veía, pero yo no estaba seguro.

No latía por un sueño, ni por una ilusión casi inalcanzable, ni por pasión, ni por miedo extremo. Nunca quise ir al médico, no me dolía ni me molestaba.

Pero el hecho de notarlo palpitar de esa manera me hacía pensar que de un momento a otro se detendría y eso sería mi fin. Acostumbrado a lidiar con la muerte cada día, no me preocupaba. Sé que algún día se parará, es inevitable. Quizá debería sentirme más vivo esos días en los que late como si fuera el corazón de un elefante adulto, pero siento lo contrario.

Fui guardaespaldas particular del anterior presidente de Rusia. Lo fui durante sus tres últimos años, cuando las mafias rusas campaban por el país imponiendo su ley de plomo y matando cada semana a políticos, comisarios de

policía, generales y todo aquel que no se acoplase a sus ambiciosos planes, además de aniquilarse entre ellos mismos con saña.

Adquirí mucha experiencia y, cuando murió el dirigente, me llovieron ofertas de jefes de bandas rusas y ucranianas. No quería seguir trabajando para el gobierno. Tras tomarme un merecido año sabático, me incorporé a las filas de un conocido delincuente que movía muchos y buenos hilos con altos funcionarios de Moscú.

Lo bautizaremos como F., no hace falta dar más nombres. Esa no es la inicial de su verdadero nombre, por supuesto. Si un hombre de arriba se entera de que alguien escribe o cuenta, en cualquier foro, sobre su vida, te aplastará con su dedo pulgar como a una vulgar cucaracha. Tienen el poder para llevarlo a cabo y sé que a algunos de ellos les excita hacerlo.

F. me llamó. Me dijo que quería hablar conmigo. Debía ir, para esa importante entrevista, a España. Él vivía en Marbella, junto a la mayoría de mafiosos del este de Europa. Allí, en su fastuosa mansión de veinte millones de euros, con helipuerto propio, llegué un caluroso día de junio. F. me pagó el vuelo en primera clase, después me fue a buscar una lujosa limusina Mercedes, negra y comodísima.

Se veía el gran interés por mi persona. Mi ego lo agradecía, el de quién no en un caso semejante, pero sabía que me estaba metiendo en la boca del lobo. Si me introducía ahí, no saldría jamás. La muerte es nuestra eterna compañera de andanzas. Por entonces, el dinero era lo único que me movía. Me dijo que nadie pagaría tanto como él, pero la cantidad me la diría solo en persona.

Tenía que presentarme en ese pueblo español para escuchar, de su boca, el número de ceros que me daría al año. Mi currículum era excelente, y mis hazañas, ampliadas y a veces exageradas por el popular boca a boca habían corrido por muchos lugares. Por eso, fui con la idea de ir a no conseguir el trabajo, a hacer todo lo posible por rechazarlo. Yo aún no había trabajado para ellos, y no tenía nada que demostrar.

Ni era un *vor v zakóne* (ladrón de ley) ni pretendía serlo, a no ser que la cifra fuera escandalosa. Cuando la limusina entraba por la verja camino de la puerta principal de la mansión, mi corazón latió como solo lo hacía algunos días al despertarme.

¿Qué significaba aquello? ¿Era, acaso, una señal? Latía fuerte, pero no estaba nervioso en absoluto. Me sentía tranquilo, seguro de mí, dispuesto a hacerme un hueco en esta difícil y desagradecida profesión.

F. era el clásico *vor v zakóne*. Tenía tatuajes en todos los nudillos de las manos. Cruces, cadenas y otros símbolos que me indicaron que había estado muchos años en cárceles rusas, como jefe, pero a veces encerrado en el agujero, aislado. Me miró de arriba abajo, intentando, en esa crucial primera impresión, hacerse una idea de quién era yo.

No me hizo preguntas, no tuve que contarle mi vida profesional. Mucho menos la personal. Esas chorradas que hacen los directores de recursos humanos con el personal, humillando y bombardeando a la persona que va a dejarse la vida trabajando para ellos, no se estilan entre nosotros. Él ya sabía todo sobre mí.

-Sé quién eres, cómo eres y por qué eres así -dijo F., sentado en un gran diván lleno de cojines con motivos de animales, sobre todo tigres, leopardos y gorilas.

-Eso facilitará la tarea, entonces -apunté.

-No tengo una oferta para ti, Matvéi, de verdad que no la tengo. Me hablaron de tus capacidades. Al principio no quería a un tipo que hubiera trabajado para ellos. Me dije que no, radical y absolutamente no. Pero así es la vida.

>>Debemos ser humildes ante el destino. No sabemos qué pasará, ignoramos el futuro, pero somos tan presuntuosos que creemos conocer lo que vamos a hacer y decir. Y aquí te tengo. Quizá tú pensaras lo mismo. "Nunca para un *vor v zakóne*". ¿Lo has pensado, Matvéi?

-Procuro no decir la palabra nunca, no me gusta esa radicalidad en el pensamiento, pero sí me he dicho, la última vez hace unos minutos, que me estoy metiendo en la boca del lobo. Eso lo sé.

-Por eso, tendrás que hacer tú una oferta, querido. Haz tu oferta. Yo diré no o sí. Te irás o te quedarás. No habrá regateo. No volveremos a vernos si digo no. A mí no puedes ofenderme por valorar tu trabajo, así que tranquilo en ese sentido.

>>Sé lo que vales, fijate cuántas molestias y dinero me ha costado traerte en persona hasta aquí. Tus colegas del servicio secreto sabrán pronto, o puede

que ya lo sepan, que has hablado conmigo. Eso te cerrará muchas puertas, pero te abrirá otras muchas, bastante más interesantes.

-Usted no va a decirme precio, vale. Pero sí quiero saber qué pide de mí, para qué me necesita -dijo.

-Yo te quiero a ti para cuando salgo fuera. Aquí estoy bien, seguro, protegido, vigilado... No hay ningún problema. Pero a veces viajo. Vuelvo a Rusia, visito mi amada Ucrania, Moldavia, Bulgaria y otros países de Europa, en especial Italia, donde tengo jugosos negocios con esos maniqués, los spaghetti engominados, de cejas depiladas.

>>Se están amariconando en ese aspecto, en el estético, pero aún funcionan bien, tienen poder y muchos, muchísimos contactos que me interesan. Quiero seguir vivo, y para eso, nada mejor que tú. Cuando no haya viaje previsto, podrás gozar de todo lo que tengo. Vivirás aquí, porque puedo necesitarte en cualquier momento.

>>Puedes pasarte una semana, o hasta dos, sin dar ni golpe. En cuanto tenga que coger un avión, tú te vienes conmigo y serás mi sombra. Como si fuera el presidente al que tan bien cuidaste. Justo eso. El mismo trabajo de siempre.

>>Tengo un equipo, pero te daré poder para eliminar al que me sea infiel, sea perezoso o baje en su rendimiento; tendrás carta blanca. Bueno, ya está. He hecho mi parte -dijo F.-, ahora te toca a ti.

-Si vas a decir no, es que hay una cifra límite, hay una barrera que no se puede cruzar. Quiero un dólar menos que esa barrera, solo uno. O sea, quiero el máximo. No voy a decir ninguna cifra, no es justo. No he trabajado para ustedes...

-Olvida el formalismo, Matvéi, de tú, por favor. Solo de tú -me interrumpió.

-De acuerdo, de tú entonces. No he trabajado para vosotros y no tengo ni idea de las tarifas. Así que, arriesgándome a irme por donde he venido, voy a esperar yo la cifra, solo una, sin regateos.

>>Los dos sabemos que será una cifra buena, aceptable, pero no voy a cometer el error de trabajar para ti sabiendo que dije una cifra ridícula. De lo que no controlo, prefiero callar, para no meter la pata más de lo necesario. Si no quieres decirlo, habrá sido un placer.

-Me imaginaba algo parecido. Chico listo, un buen zorro. Me gustas -dijo mientras sacaba del bolsillo interior de su americana una libreta *Moleskine* negra, arrancaba una hoja, escribía una cifra en ella con una pluma en miniatura, de oro y brillantes, que estaba dentro de la libreta, y me la entregaba.

Seguía con el mismo pensamiento. No aceptar el trabajo, aunque supe que regateo no habría. Intenté que la cifra no me conmoviera, que fueran solo números. El corazón latía con suavidad, no lo podía sentir ni oír.

Cogí la pequeña hoja blanca, leí la cifra y lo miré. F. había vencido. Él disfrutó esos segundos que transcurrieron desde que me entregó al papel hasta que lo cogí, vi y traduje la cifra en mi cerebro. Le gustaba mucho observar las reacciones de la gente en momentos clave.

-Sí -pronuncié asintiendo con la cabeza.

-*Dogovorilis* -dijo él cerrando el pacto.

\* \* \* \*

Me quedé en su casa. A pesar de que había volado sin equipaje, allí tenía todo un guardarropa para mí solo. Yo era su nuevo jefe de seguridad y todos sus hombres, todos sin excepción, estaban subordinados a mis órdenes.

Algunos lo aceptaron mejor que otros, pero eso me daba igual. Ni fui para caer bien ni me gusta tampoco hacerme odiar. Soy justo con el que trabaja bien e implacable con el negligente.

No bebo jamás, no me drogo y no fumo. Pero no soy ningún santo. En cuanto tengo tiempo, juego, voy a los casinos, corro en circuitos de velocidad con coches preparados, practico el tiro a diario y me machaco el cuerpo, en gimnasio si lo hay, o en un bosque si no, hasta que mis músculos me piden clemencia.

No se la doy, es obvio, pero lo intentan, los remolones. Fui, en mis tiempos adolescentes, instructor de defensa personal, Aikido y Judo. En el suelo apenas tengo rivales. De pie no me defiendo mal, pero no me gusta hablar de

mi forma de luchar. No lucho en tatamis, no bailo con un árbitro pendiente de mis movimientos. Mis luchas son todas reales, para defender a la persona para la que trabajo o para protegerme yo mismo.

Jamás he participado en campeonatos de ninguna clase. No tengo que demostrar nada. Entreno para ser el mejor en mi profesión. Enseño, de vez en cuando, siempre cobrando mucho dinero, porque las clases lo merecen, a los que trabajan conmigo o para mí, si los veo capaces de soportar la dureza de mis clases, con golpes y movimientos reales, dolorosos, que nunca se olvidan precisamente por ese motivo.

El dolor no es un buen profesor, no enseña por sí mismo, pero sí es un buen aliado para refrescar la memoria.

Durante la primera semana no hubo salidas de F, por lo que permanecí en la casa, conociendo a todo el personal e informando al jefe de las impresiones que me producía cada uno. La pequeña fortuna que me pagaba era para que también hiciera eso, sobre todo al principio. Como era verano, pude darme algunos chapuzones en la piscina privada de F., que a mí me permitía utilizar cuando quisiera.

Allí solo se bañaban las amantes de F, que no eran pocas. Unos bellezones de escándalo; casi desnudas, se zambullían sin parar alrededor de mí. F. tenía ya casi sesenta años y, aunque no había perdido su vigor, su cuerpo no podía compararse con el mío.

Todas las chicas intentaban atraer mi atención, a pesar de que intentar algo con alguna de ellas habría sido un error imperdonable. F. no me habría echado, pero se habría llevado una pésima impresión de mí por no saber contener mis instintos y no respetar el territorio de otro macho. Sus hembras eran suyas y solo suyas. Yo apenas hablaba con ellas, pero sí las miraba; eso no estaba, en ningún caso, prohibido.

Solía tener a cuatro fijas, todas rusas, y de vez en cuando, si celebraba una fiesta, se añadían, durante algunos días, chicas españolas que iban en busca de un bolsillo bien lleno, pero no solían durar mucho. Se asustaban de la salvaje forma de beber de F. y de sus hombres. Él siempre decía que como nuestras mujeres no había ninguna en todo el mundo. Tenía criterio para poder afirmar eso. Había tenido amantes de todas las razas conocidas.

El sexo era uno de los vicios de F. Yo sabía lo peligroso que es para un hombre como él tener esa pasión por el cuerpo femenino. En la época actual, lo que parece una chica ligera de cascos, alocada y bailona, puede ser sin problema un eficaz miembro del servicio secreto inglés, americano, israelí o ruso, los mejores del mundo.

En los viajes no había jamás el menor problema. No tuve que intervenir nunca, en ningún momento. F. me tenía más por chulería. Le gustaba decir que tenía el mejor jefe de seguridad de Rusia, que se lo había quitado al estado porque él siempre conseguía lo que quería.

Lo de siempre entre hombres con poder; vanidad, demasiada vanidad. Íbamos con frecuencia a Italia. En el sur del país, en Nápoles y alrededores, F. tenía contactos con la *Camorra* y también con algunos clanes de la *Ndràngheta* de Calabria y Sicilia. Con la *Camorra* gestionaba la llegada segura de centenares de camiones con residuos industriales peligrosos y restos de centrales nucleares.

Muchos estados pagaban a estas mafias fortunas por que se deshicieran de esos restos en el sur de la península italiana, que estaba infestada de basura nuclear y otras porquerías nocivas que contaminaban toda la tierra a su alrededor.

Con los italianos jamás había el más leve roce. De vez en cuando F. se hacía cargo de algún cargamento para enterrarlo en secarrales de Castilla La Mancha, Murcia o Almería, en lugares desiertos donde nunca nadie se pondría a mirar. Untaba bien a quien debía para tener vía libre.

Con la mafia siciliana los tratos eran de drogas, armas y mujeres para los miles de puticlubes españoles. Si a F. le gustaba mucho alguna prostituta eslava, sobre todo rusa, aunque también podía ser moldava o rumana, se la llevaba unos días a su casa.

De vez en cuando tenía ataques de generosidad y si la chica era buena, se portaba bien y le caía en gracia, le daba un buen sobre y la certeza de que estaría siempre protegida por él si algún cliente o dueño de club le hacía pasar un mal rato. Y cumplía siempre sus promesas.

Pasó un año y esa tranquila y aburrida vida empezaba a cansarme. F. volvió a pagarme la misma cantidad por permanecer con él otro "curso" más, como le

gustaba decir. Durante el primer curso no cogí vacaciones, no libré ni un solo día entero, solo algunas horas una vez al mes.

Por eso, cuando llevaba tres meses en "segundo", F. me dio una semana de vacaciones. Me sentía hastiado del eterno sol y del consiguiente calor de esa zona del sur de Europa, pegada a África. Por eso, me fui al norte de Noruega a esquiar y a relajarme un poco entre fiordos. Al cuarto día ocurrió lo impensable. F. murió.

Pero no lo mataron, no lo cazaron sus numerosos enemigos. Se mató de la manera más tonta. Resbaló en la piscina. Era de noche, había estado bebiendo todo el día, casi no se tenía en pie. Cogió en brazos a su chica favorita, Nastia, e intentó lanzarse con ella al agua. Debido a la borrachera, resbaló de mala manera, cayendo de espaldas con tan mala suerte que todo el peso del cuerpo de la chica recayó sobre su cuello.

Murió desnucado. La suerte para mí fue que yo no estaba de servicio. Me llamaron y me contaron lo ocurrido. Yo había cobrado el dinero por todo el año. ¿A quién iba a devolverle los ocho meses que ya no trabajaría? No volví a Marbella.

La relación con esos hombres era profesional. No nos conocíamos. No me gustaban, ni yo tampoco a ellos. Habría sido suicida tratar de seguir con ellos. Apenas tenía allí cosas personales, solo varias pistolas y trajes que habían sido pagados por F. Todo eso podía comprarlo yo.

Decidí quedarme en ese idílico paisaje nórdico dos semanas más. De nuevo estaba libre. Esperaría. Tenía dinero de sobra para vivir varios años a cuerpo de rey. Si alguien se interesaba por mí, escucharía la oferta. Si no, me dedicaría a gozar de mi juventud.

Volví a Rusia. Allí, en la capital, junto a ex compañeros del servicio secreto, amparados por el *tejado* que suponía la protección de una conocida banda moscovita, abrí un restaurante de comida asiática (tailandesa, china, japonesa, camboyana e india).

El restaurante era solo para gente especial, millonarios, oligarcas, funcionarios del gobierno, policías a los que se les pagaba de otras formas, etc. Los mejores productos de Asia, en especial pescados y mariscos, venían a diario vía avión privado. Lo teníamos todo fresco, recién salido del mar.

El mejor producto de todo Moscú. Las camareras, todas ellas modelos de lujo, servían las mesas con poca ropa. Después, para el que lo solicitara, se daban servicios de masaje tailandés, con un espectacular catálogo de mujeres que hizo que las reservas se multiplicaran en pocas semanas.

A los cuatro meses, era imposible solicitar mesa para ese mismo mes. Muchos no se molestaban ni en comer. Se sentaban para guardar las apariencias, pedían algo de vodka o vino y miraban los catálogos.

El dinero entraba a espuestas, mucho más de lo que habíamos previsto. Yo sabía que sería una moda que terminaría por pasar. Previéndolo, me salí de la sociedad cuando llevábamos un año y el local funcionaba a pleno rendimiento. Ese restaurante ya no existe. Se lo terminó quedando la mafia que nos lo protegía, como suele suceder.

El terreno estaba comprometido para construir casas de lujo en la zona, pero nadie había avisado, como siempre ocurre en Rusia. Unos pocos tienen toda la información, y la utilizan a conveniencia. Los demás están siempre rezando para que siga la suerte. Pero ésta siempre termina por acabarse. Por eso, prefiero anticiparme a esos golpes adversos de la diosa fortuna.

Me centré en no perder la forma física. Con el restaurante me había relajado en ese sentido; había engordado tres kilos y eso no me hacía mucha gracia. Podría volverme lento y eso, en mi profesión, era una muerte segura y anunciada a los cuatro vientos. No buscaba trabajo, pero sabía que la liebre podía saltar cuando menos lo esperase.

\* \* \* \*

Una mañana, estando yo en una conocida sauna moscovita, donde policías y delincuentes se encuentran y no ocurre nada, puesto que es el único territorio neutral, dos tipos con una toalla blanca anudada a la cintura, me hicieron gestos para que me acercase a ellos. Por la pinta me parecieron vulgares maderos, de tráfico, meros recaudadores de billetes a base de parar coches a diario. Pero no, no eran los famosos *gaíshniki*.

-¿Cómo lo llevas, Matvéi? -preguntó uno de ellos, fuerte, grande, muy ancho, musculoso, pero con una barriga más que incipiente.

-Lo llevo bien, como podéis observar. Estaba relajándome un poco en esta concurrida sauna -contesté.

-Soy Kirill, y este es Fiódor -dijo el mismo, señalando a su compadre, un tártaro blanco, de ojos azules y rubio, pero con los párpados lo suficientemente rasgados como para saber que tenía sangre tártara, aunque mezclada con otros antiguos pueblos.

-Encantado, señores, pero hoy no estoy para tomar vodka con pepinillos a estas horas de la mañana. Ahora me toca masaje. Con su permiso, me retiro...

-Un segundo, Matvéi -dijo Fiódor, que abrió por primera vez la boca. Tenía una voz cavernosa, gravísima, como si tuviera un aparato metálico en la laringe.

-Un segundo...¿para qué?

-Para escuchar lo que tenemos que decirte, hombre. Eres muy suspicaz -dijo Kirill tocándome el hombro levemente.

-Vais a acabar diciéndomelo de todas formas, así que venga, cuanto antes mejor -avisé con un tono de resignación que no les gustó mucho.

-Trabajamos para el FSB (Servicio Federal de Seguridad; el KGB con nuevas siglas, como antes había sido NKVD y aún antes el OGPU y la VCHK, más conocido esta última como la "cheká").

-Vaya, qué agradable sorpresa, muchachos. ¿Os he dicho ya que estoy encantado?

-En serio, Matvéi. Todos sabemos que fuiste el mejor agente que tuvo la agencia. Quieren que vuelvas. Lo que hayas hecho estos últimos años no le incumbe a nadie -explicó Kirill.

-No le incumbe a nadie, menos a vosotros, a los que todo os incumbe -repliqué.

-En efecto. Incumbirnos no es que nos incumba, pero estamos al día de tus peripecias por las tierras de Don Quijote -informó Fiódor.

-¿Quién quiere que vuelva, Kirill? -pregunté, a la defensiva.

-Ellos, los jefes, ya sabes, joder. ¿Para qué necesitas los nombres? Más o menos siguen siendo los mismos. Todo va como antes.

-¿Trabajar para el presidente actual? -inquirí.

-No, no es esa la función. Te esperamos en esta dirección. Aquí se oye todo, Matvéi. Esta tarde, a las siete. No faltes -me dijo Kirill dándome una tarjeta con las señas de una oficina en el centro, en Bielorúskaia.

-Esta tarde a las siete no iré -contesté.

-No somos vendedores de enciclopedias como para preguntar a qué hora puede la gente hablar con nosotros. Hemos reservado ese tiempo para ti y para ti será -dijo Fiódor, intentando meterme presión con su glacial mirada; sus ojos rasgados pero azules le daban un aspecto cruel sin que tuviera que gesticular.

-Mirarme así no va a arreglar las cosas, Fedia, así que guárdate tus miraditas para el espejo, cuando te digas a ti mismo, para intentar convencerte, porque no lo tienes nada claro, de lo duro que eres -le dije muy bajo, acercándome a él.

Fiódor se separó de mí, precavido por un gesto de Kirill.

-De acuerdo, Matvéi, lo haremos a tu modo. Nos queda claro que hoy a las siete no te conviene, o no te sale de las pelotas, más bien. ¿A qué hora te dicen esos exclusivos cojones de toro que podríamos tener el honor de recibir tu visita? -dijo Kirill.

-Pasado mañana. ¿A qué hora os levantáis de vuestras camitas, niñas? -dije.

-A las ocho estamos allí -contestó Kirill, ya que Fiódor se había retirado, acobardado por algo especial que vio en la mirada y que notó en mi susurrante tono de voz.

-*Vot eto da!* Esos madrugones os van a ir minando la salud. Pensaba ir a las cinco, pero a esa hora estáis aún soñando con vuestras muñequitas de carne y hueso. Venga, pues a las ocho en punto entonces. No me hagáis esperar ni un solo segundo, porque no volveréis a verme. No soporto más las esperas artificiales que tanto os gustan a los burócratas de salón, como sois vosotros.

-Allí nos encontrarás. Adiós, Matvéi.

*-Poká.*

Me presenté en esa triste oficina a las ocho en punto. Allí estaban, tras pasar por una multitud de secretarias y otros funcionarios, Fiódor y Kirill.

Me esperaban en la sala de juntas, una gran habitación con una enorme mesa central flanqueada por unas treinta sillas. Nos sentamos en el extremo del final, junto a una ventana con los cristales bastante sucios de polvo.

-Bueno, Matvéi, como entendimos que no estás para perder el tiempo, voy al grano -dijo Kirill.

-Eso espero -dije, retador.

-Verás, la casa te quiere de vuelta. Te has introducido, por voluntad propia, lo que es una suerte para nosotros, en el mundo de las familias. Has trabajado para uno de los grandes. Cuando estabas fuera, tuvo un accidente. Sabes hacerte imprescindible. Si la suerte es amiga tuya, en este mundo tienes a la mejor aliada.

>>Lo que nos interesa es que seas un agente doble. Trabajarás para todos, para nosotros y, si te ofrecen trabajar para ellos y aceptas, podrás tenernos al corriente de todo lo que se trama. Tenemos contratadas a muchas bandas, pero siempre hay aspectos que escapan a nuestro control. Básicamente, esto es todo.

-Si yo trabajara para varios servicios de inteligencia, podríamos aceptar ese bonito par de palabras, agente doble, pero como no es el caso, el nombre para esto no es otro que chivato, un vulgar y ruin chivato. No soy eso, ni lo he sido nunca. Y no voy a empezar a serlo a mi edad. Para este viaje no hacían falta estas alforjas. Mi respuesta es no y no puede ser otra -dije, mientras me encaminaba hacia la puerta.

-Se trata, en no pocas ocasiones, de salvar vidas de inocentes, Matvéi -intervino Fiódor-; no todo es tan sencillo.

-Así que ahora sois las hermanitas ursulinas, las buenas monjitas que van a llevarme de excursión, prometiéndome una buena taza de arroz con leche para merendar si me porto bien. ¿Os dais cuenta de lo que me estáis proponiendo?

>>Ser un infiltrado, volver al cuerpo para ser un topo y que me vuelen los sesos ellos, vosotros o ambos a la vez. No, chicos, he visto demasiado, sé muy

bien cómo funciona todo esto. No pienso hacerlo.

-Vale, esta era la parte mala, por así decirlo -anunció Kirill-, ahora vienen las buenas noticias para ti. Lo que ofrecemos a cambio de esta arriesgada, es cierto, misión.

-Dispara -exclamé.

-Inmunidad total. No serás juzgado jamás, en lo que te quede de vida. Serás intocable judicialmente, no solo aquí, en casa, sino en el resto del mundo. La interpol se olvidará de tu cara. No existirás para la justicia. Carta blanca para utilizar los métodos que creas convenientes. Y dinero, mucho dinero -enumeró Fiódor.

-No me interesa, lo siento -dije.

-¿No tienes curiosidad por oír la cifra? -preguntó Kirill.

-Curiosidad siempre hay. El dinero es lo que me ha movido siempre para trabajar entre tanta mentira y juegos constantes, pero hay un límite para todo. No hay dinero suficiente, no es aceptable para mí y punto -zanjé.

-Como quieras. De todas formas, tenemos instrucciones de comunicarte la cifra. Un millón de dólares americanos por cada información que lleve a la desmantelación total del grupo o del cabecilla, según interese.

-Bueno, señores, me temo que aquí acaba nuestra breve relación. Ha sido infructuosa para vosotros, pero para mí es interesante saber que, por rechazar ofertas que no deben ser rechazadas, seré vigilado hasta en el baño. En cuanto tengáis algo, ¡zas!, vendréis por mí, me cazaréis como a un pobre conejo. El juego ha empezado.

>>Sabéis que me gusta jugar. Os estaré esperando, amigos. Cuidado con las intenciones que llevéis porque podríais no ser bien recibidos, espero que me entendáis con claridad -dije, mientras me levantaba de la silla y me encaminaba hacia la puerta.

-Una claridad prístina -dijo Kirill-. Entonces, *proshái*.

## B

Soy una esclava en jaula de oro. Así me he sentido siempre. Una esclava de hombres duros que juegan a ser más gallitos que el resto. Dinero, poder, prestigio, fama, provocar miedo, lucir a las mujeres más explosivas, bellas y llamativas de la tierra son sus metas.

Los medios para conseguir esos fines son todos los imaginables: extorsión, amenazas, engaños, mentiras, verdades vergonzantes sacadas a la luz pública para doblegar voluntades, comercio con todo tipo de productos, sustancias, personas, animales o proyectos científicos. Todo les vale. Son los reyes del mundo.

Son los miembros de la mafia rusa, la más temida del planeta. Nací entre ellos, en los famosos locos 90 en Rusia, donde las familias, al caer la Unión Soviética, se hicieron con el país entero. Era la época del todo vale, las leyes no contaban para nada, el caos se apoderó del país, occidente se frotaba las manos con la ansiada desaparición de la Gran Rusia.

Los mafiosos estaban a lo suyo, a sacar beneficio constante, a enriquecerse hasta niveles absurdos, para gastarse esas fortunas de las maneras más inverosímiles. Algunos se enriquecieron tanto que eran incapaces de gastarse el dinero, aunque lo intentaban.

Yo pertenezco a una de esas familias. Mi padre creó un imperio gracias a los yacimientos en Siberia de petróleo, gas, oro y otros metales valiosos para la industria. Compró a precio de risa terrenos por los que nadie habría dado un rublo.

¿Por qué sabía él que esas tierras pantanosas, congeladas durante casi seis meses al año, tenían tantos tesoros? Trabajaba en el departamento de mantenimiento forestal, y un día, en 1989, unos científicos soviéticos le presentaron unos informes.

Ellos estaban convencidos de que había esos yacimientos en una zona que iba a ser declarada zona protegida. Él organizó un gran incendio que arrasó el área. Los animales murieron o huyeron, toda la vegetación se calcinó. El proyecto de concesión del parque se paralizó.

Después, cayó la URSS en 1991 y fue ahí cuando mi padre vio la ocasión de su vida. Recurriendo a los pocos ahorros que tenía y dando algunos sablazos, empezó a comprar terrenos a los pocos habitantes de la zona.

Se los vendían encantados, porque él ofrecía dólares, ya que todos tenían miedo a una brutal caída en la cotización del rublo, como así ocurrió. El resto es sencillo. Unos pocos años después, varias compañías internacionales se peleaban por la zona, y los terrenos que había comprado mi padre estaban en un sitio estratégico.

Jugó a no vender. Al final tuvo que hacerlo, pero por un buen precio. A partir de ahí, se ocupó de asuntos sucios, de tráfico de drogas, de armas, de alcohol importado ilegal y manipulado y de mil cosas más. No tiene límite.

Disfruta haciendo pingües negocios. Tiene un imperio. Se casó con una de las mujeres más bellas de toda Rusia. Mi madre. La pasión por ella le duró pocos meses. Ella lo entendió y asumió su rol en la familia. Se dedicó a educarme lo mejor que pudo.

He heredado su belleza. Como mi padre tiene algo de sangre sueca, soy rubia como las vikingas, con ojos verdes oliva como algunas britanas o irlandesas pelirrojas. Mis ojos son enormes y almendrados, de larguísimas pestañas claras.

En fin, que soy el trofeo de mi papá. Siempre supo que mi virginidad sería un cheque al alza para casarme con algún multimillonario y ampliar así su ya absurda, por inmensa, fortuna. No sé cuándo decidió que me vendería al mejor postor, pero supongo que lo tenía en mente desde que entendió que físicamente destacaba mucho entre las demás niñas.

Encerrada en lujosas mansiones en Rusia, presa también en lujosas residencias de estudiantes en Suiza y Londres, vigilada las veinticuatro horas, he tenido que resignarme a vivir así, llena de lujo, pero vacía por dentro, con una triste vida que depende en todo de mi dueño, mi padre.

Él lo edulcoraba todo, diciendo que tenía que reservarme para un hombre especial, que tenía que respetar mi cuerpo para poder ir con orgullo a una boda que sería un acontecimiento para mucha gente, pero sobre todo para mi marido. Y cada vez teníamos la misma discusión.

-Un marido que elegirás tú, claro, según lo poderoso que sea -decía yo.

-Lo elegiremos los dos, no soy tan salvaje ni tan insensible. Todo irá bien, no te debes preocupar por nada, mi palomita -me decía siempre.

Pero este diálogo no tuvo continuación en el tiempo. Me lo aceptó solo cuando era adolescente. Después entendí que debía callar para que no pagase su ira con mi madre. Así nos utilizaba a todos.

No me dijo nunca que no podía rebatir sus decisiones, pero si lo hacía, las consecuencias las pagaba el ser más querido por mí, mi pobre madre, otra esclava resignada, sumisa y obediente. No tenía que tomar ninguna decisión.

Que había que aprender inglés, se me apuntaba al mejor colegio en Gran Bretaña, para la élite del mundo. Que debía cuidar mi bonito cuerpo, pues dietistas y expertos en nutrición por un lado, y profesores de fitness, yoga y todo lo que estuviera de moda, por otro. Tenía todo lo que muchos soñarían, pero yo soñaba con ser libre algún día, aunque fuera mendiga, pero libre.

Libre de poder estar en medio de un bosque y elegir un camino que seguir, sin saber adónde me llevaría. Quería perderme, no tener nada organizado, no tener una vida decidida por otra persona, aunque ésta fuera mi padre. Dentro de mí, el ansia de libertad ardía sin extinguirse jamás. Lo malo era que no pensaba cómo podría liberarme.

Un día, mi padre, que hablaba conmigo lo justo, cuando era imprescindible, bien porque había tomado una decisión que me concernía o porque quería prohibirme algo, me llamó a su escandaloso despacho, que tenía piscina climatizada, gimnasio, barra y no sé qué más, pero en el que no había un solo libro. En ese triste, hortera y ostentoso cuarto me dijo que pronto me casaría.

-Pero, papá, solo tengo diecinueve años, ¿qué locura es esta?

-Ya está decidido, Katia. Tu marido ya sabe de ti, va a esperarte impaciente. Aún debo resolver algunos complicados flecos, pero dentro de unos meses estará todo listo. Debes prepararte. Ahora vamos a ver juntos un vídeo que me han enviado donde aparece él.

>>>Es el heredero del mayor magnate chino del acero, el segundo hombre más rico de China, que es como decir uno de los diez más acaudalados de todo el planeta. No está mal lo que hace tu padre por su nena, ¿eh?

-Mal no está, no, ¡¡está fatal!! -protesté levantando a mi padre la voz por

primera vez en mi vida, al tiempo que me incorporaba del diván donde estábamos sentados.

Él se sorprendió tanto como yo, porque no esperaba esa reacción tan violenta. Su respuesta no la dio con la boca, sino con la palma de la mano. Un latigazo me quemó la mejilla izquierda.

Mi padre no me había pegado nunca, a lo sumo algunos azotes en el culo de niña, que ni siquiera recordaba, pero esa fue toda una señora bofetada que me devolvió al sofá. Nunca he querido llorar delante de él, pero una lágrima se deslizó, a mi pesar, justo por la mejilla golpeada y ya enrojecida.

-A tu padre no vuelvas a levantarle la voz, porque a mí eso no me lo hace nadie, menos una hija mía. Me debes respeto y obediencia. Vas a casarte con ese chino. No te tiene que gustar, eso es lo de menos. Él solo quiere presumir de tener a la occidental más bella que haya visto.

>>Gracias a tu madre, pues en este aspecto no he aportado mucho, o quizá sí, pues mi madre y mis abuelas eran muy guapas, tienes un cuerpo y una cara que atrae a los hombres de manera irresistible. En Rusia y en todo el norte de Europa hay algunas chicas, muy pocas, que te hacen competencia, pero no son tan ricas y, lo más importante para Lei Zhang, ninguna es virgen.

>>Ni siquiera los más horribles engendros son vírgenes en este degenerado mundo, Katia. Aunque no fueras tan bella, te habría aceptado sin reparos. Su padre, con el que tengo en perspectiva unos negocios que me harán uno de los hombres más poderosos de Rusia, dice que Lei está tan impaciente que incluso teme por su salud.

>>Quiere adelantar la boda, o conocerte al menos. Y eso sí que no. Solo te verá el día de la boda. Después, podrá cansarse de mirarte, si así lo desea. Tú serás la mujer más rica de China y pronto, si todo va bien, una de las más poderosas. Él necesita hijos. Ojalá tengáis una buena prole, pero eso es cosa vuestra, por supuesto. A Lei le basta con un heredero varón.

-Es maravilloso, papá. Voy a pasar de ser esclava de mi padre a esclava del marido chino buscado por mi padre. Justo los hombres, para mí, menos atractivos del mundo, los asiáticos. ¡¡Sabes que no me gustan!! No puedo casarme con un chino, ni con un japonés. No me hagas esto, por favor. Te he obedecido siempre en todo, siempre.

-Espera, no es nada feo, en serio. Va siempre muy elegante, mira, mira el vídeo. Está con sus amigos en una fiesta de cumpleaños. Lleva trajes que le quedan muy bien, es deportista, habla siete idiomas y, al parecer, es un genio con las matemáticas y los ordenadores.

>>Es muy inteligente, eso es lo más importante en un hombre, al menos para ti. Sería bueno que tuviera cojones también, pero ni siquiera habrá tenido ocasiones para sacarlos a relucir. Es un niño de papá, un nuevo rico chino, nació con todo, como tú. Os vais a entender a la perfección, ya lo verás, Katia.

No pude decir nada más. Me había quedado paralizada. Mi vida ya estaba decidida, estaba todo resuelto, hablado por mi padre y por seres ajenos a mí. No me podía levantar del sofá. Esa noche no dormí. La rabia me embargaba por completo.

No había manera de escapar de mi jaula de oro. Estaba vigilada día y noche. Para mi padre, yo era su tesoro más preciado, pero no en el sentido positivo, sino en el meramente económico. Estaba calculando cuánto dinero, contactos y poder sacaría de mi boda con ese chino.

Prefería morir a casarme con él. No quería que me casara con nadie. Necesitaba descubrir la vida, salir de ese cascarón de lujo sin sentido, donde no vivía sino que dejaba pasar los días a la espera de lo que decidiesen otros, en especial mi padre, sobre mí.

Me levanté de la cama, salí a la terraza y me puse a mirar el gran jardín de nuestra casa, los abetos, los abedules que tanto me gustan, con su tronco blanco y sus hojas pequeñas y, en apariencia, delicadas. Era primavera, acababa de empezar el mes de mayo y estaba todo verde, la vida renacía, pero la mía continuaba siendo la misma cárcel frustrante y aburrida.

Mi deleznable vida me estaba consumiendo. Me sentía vieja, como si mi claro pelo rubio, en lugar de amarillo, fuera blanco, totalmente canoso. No había vivido aún, pero no me apetecía seguir haciéndolo en esas condiciones. Valor para suicidarme no tenía, y además no quería porque siempre tenía la esperanza de que algo, o alguien, me pudiera sacar de allí, como aquellos guapos príncipes en caballos blancos de los cuentos que me leía mi madre de niña.

Podía leer libros en cinco idiomas y eso me consolaba no poco, trataba de

refugiarme en ellos, cada vez más, pero el asunto de la boda con ese hombre chino fue la gota que colmó el vaso. Me quedé dormida en la terraza, sentada en un sillón desde donde me gustaba contemplar la naturaleza.

Me desperté helada de frío, temblando. Un cuervo enorme me miraba desde el jardín. Sus graznidos me despertaron antes de que amaneciera, hacia las cinco. Creo que me salvó de cogerme un buen catarro, pues por la noche había bajado mucho la temperatura. Lo vi emprender el vuelo, con sus fuertes alas negras, perdiéndose en el bonito cielo añil con tintes anaranjados. ¡Qué envidia sentí! Quise seguirlo, pero no tenía alas. Lloré de impotencia y de rabia.

## A

Volver a mi forma física habitual no me supuso grandes esfuerzos. En un mes dándome caña por el bosque y con la barra de casa fue suficiente. Me dediqué a remolonear un poco por la gran Moscú, esa ciudad infinita que uno nunca acaba de recorrer del todo, siempre hay sitios nuevos e interesantes adonde ir.

Descubrí una sala de juego regentada por unos ex diputados. Nada más verles la cara, supe que de ahí no se podría salir con ganancias, como en otros garitos de juego, donde la banca siempre gana pero de vez en cuando permiten que algún iluso piense que va a poder vencer cada vez. Justo por eso me quedé a jugar, para ver los métodos.

La ruleta estaba trucada, como todas, pero el mecanismo tenía una falla. De vez en cuando se iba al 0 verde, en vez de a los números preseleccionados desde el ordenador que manejaba un especialista. De inmediato daba un salto al número correcto. Casi no se notaba, nadie se fijó, pero para un ojo entrenado en estas lides como el mío, fue sencillo percatarse.

Una de cada veinticinco veces, de media, la bola no saltaba bien, y permanecía en la casilla verde hasta que se paraba la ruleta. Perdí unos cien mil rublos hasta que calculé estas cifras. Fue una buena inversión. Algo seguro. Me dediqué a apostar, a partir de haberlo descubierto, solo al cero verde.

Tardé quince jugadas en ganar, pero entonces recuperé todo lo perdido hasta ese momento. Siete jugadas después, no me lo esperaba, salió otra vez. Ya tenía dos millones de rublos en los bolsillos y todos los jugadores pendientes de ese pobre loco que solo apostaba al cero, cuando nadie lo hacía.

Como quería conocer sus métodos, seguí las pujas al mismo número, para ver cuándo vendrían a "visitarme" a la mesa. Conseguí ganar una vez más, y ya tenía diez millones en fichas. Fue ahí cuando se acercaron dos simpáticos caballeros vestidos de frac, altos como torres y con las cabezas como bolas de billar, lisas y pequeñas en proporción al cuerpo.

-Señor, ¿nos acompaña un momento adentro? Nos gustaría hablar con usted - dijo uno de ellos, con mirada amenazante.

-No, no os acompaño a ninguna parte. Estoy jugando y no he venido a hablar con nadie.

-En ese caso, le sugerimos que coja sus fichas y abandone el local para siempre. Aquí no queremos listillos ni asalta bancas, ¿queda claro?

-No, no me queda claro, zagal. ¿Que abandone el local? ¡Que venga tu jefe ahora! -exigí.

Intentaron reducirme entre los dos para sacarme fuera, pero les fue imposible. Me solté cada vez de las mediocres presas con los brazos que me hacían. No tenían experiencia en reducir a un hombre con rapidez.

Tuve que acabar por hacerlos arrodillarse retorciéndoles las muñecas. Ante tal escena, apareció el encargado de sala, un oriental, mongol o quizá kirguís del noreste, de la frontera con China.

-Caballero, calma, por favor -me rogó este hombre.

-Yo estaba muy tranquilo, plenamente calmado, aquí, con mis fichas, disfrutando de una velada de ruleta. ¿Qué ocurre?

-No ocurre nada. Usted puede recoger sus ganancias y salir del local ahora.

-No, gracias. Voy a seguir jugando y además al mismo número. Al cero verde.

-Eso no va a ser posible, señor -dijo el de los ojos rasgados, apretando un botón dentro de su bolsillo. Había dado la alarma.

-No veo por qué razón. Explíquenmela y entonces quizá lo entienda -repliqué.

-Aquí viene la gente a jugar, en efecto, a pasar un buen rato, pero nunca a ganar dinero, señor. Nadie gana en este local. Y usted ha venido por primera vez y ha ganado ya tres veces una suma muy elevada. Tenemos unas normas. Es suficiente por hoy.

-¿Cómo vais a sacarme, figura? Con torpones como esta pareja de aquí no creo -dije mirando a los dos grandullones que aún se dolían de la llave que les apliqué en hombros y muñecas.

-No vamos a sacarlo, eso parece complicado, ya lo vemos. Le rogamos que lo haga por voluntad propia.

-Me temo que no. Por mi propia voluntad no pienso salir de aquí. Venga,

crupier, hagamos juego de una vez, que esto se está animando.

El hombre de la ruleta miró al kirguís, esperando órdenes. Éste hizo un gesto negativo con la cabeza. Unos segundos después llegó, al fin, uno de los dueños.

-¿Qué ocurre? -preguntó un hombre de unos setenta años, lleno de anillos de oro con diamantes en los dedos.

-Díganmelo ustedes, que no me dejan jugar aquí -contesté.

-Me temo que ya le han explicado el porqué. Tendrá que salir o nos veremos obligados a tomar otras medidas.

-¡¡Tómenlas de una puta vez!! -rugí, para inducir a que empezase la fiesta.

El señor de los anillos sacó una pistola de la pechera y me apuntó con ella.

-No voy a repetirlo, criatura. ¡Fuera! Y esta vez sin las fichas, se quedan aquí. Le hemos permitido salir con ellas, pero mire a mis muchachos. Tendremos que pagar atención sanitaria para ellos, y no será barato. Usaremos sus fichas ganadas de manera, digamos, irregular.

-Que no, que no salgo. Dispara, pero yo no salgo por esa puerta -dije mirándolo por primera vez como miro cuando la cosa se pone a vida o muerte. Y tocaba muerte esa noche. Un ligero temblor en su labio inferior me chivó que ese hombre no se atrevía a matarme allí, delante de toda esa gente.

>>Había perdido. Como no me moví un centímetro de mi baldosa, disparó tres tiros al aire, tratando de intimidarme. Destrozó dos lámparas caras, pero no ocurrió nada más. Cogí veinte fichas de diez mil rublos y las coloqué sobre la casilla del cero verde.

-Yo hago mi apuesta. Espero -dije mirando al jefe y sonriendo.

-Está bien. ¡¡Cerramos el local!! -dijo entonces, desesperado, el jefe.

Aquella noche no tenían más gente que los dos gorilas, que no estaban ya para muchos trotes. Por eso tuvo que tomar esa vergonzante decisión. Salieron todos, pero yo me quedé, dándole la espalda al señor de los anillos.

Cuando solo quedaba yo en la sala, el cañón de la pistola me rozó la nuca. Entonces sí había, me dije, posibilidades de que una bala saliera de esa arma y entrase en mi cerebro. Por ello, me giré con velocidad, agarré su brazo y lo

tendí sobre la mesa de ruleta.

Como el movimiento fue tan rápido y él pesaba bastante, se rompió la mesa, cayendo al suelo el señor con todos los anillos puestos. El arma estaba, ahora, en mi poder.

-Vale, tío, vale, tranquilo. No iba a disparar, joder, podría haberlo hecho antes, ya lo has visto.

-No, no lo he visto. Antes tenías miedo a que te vieran. Ahora se te estaba pasando y habrías acabado haciéndolo, porque te crees intocable, y es posible que lo hayas sido hasta ahora, pero ya ves que la suerte, como en el juego, cambia de lado.

-No dispires. Jamás ha podido tocar nadie a Misha y Vova, y tú los has reducido con las manos en un segundo. Eres alguien especial. Te ofrezco un trato.

-¿Un trato contigo?

-Sí, un buen trato. Puedes venir aquí cuando quieras, te dejo ganar, pondremos un límite, claro, aunque me gustará ver si descubres cada noche el truco de la ruleta. Hoy lo has descubierto, pero lo cambiamos cada semana.

>>Si vienes tú, lo haremos cada noche. A cambio, si hay problemas con algún jugador, tú puedes ayudarnos. Será como pagarte mucha pasta cada noche, pero es tanta que no me importa compartir un poco. ¿Qué me dices?

-Me gusta jugar. Trato hecho. Venga, levántate -dije, tendiéndole la mano.

-¿Quién eres?

-Solo soy alguien que, desde hace un tiempo, ha descubierto que es libre, y esa libertad tan brutal, del halcón surcando el cielo, acojona, ¿a que sí?

-Cierto, estabas ahí, dispuesto a recibir un balazo, sin mover una pestaña. Supongo que tenías todo previsto -dijo él.

-No, tus ojos me dijeron que no dispararías. Los testigos te dieron miedo. El que tiene miedo pierde. Ese es el juego. Deberías saberlo, tú, un magnate del vicio.

Fue así como comencé a ir a ese garito para incrementar mi cuenta corriente, que ya era abultada. Me portaba bien. No me llevaba nunca más de los diez

millones de rublos pactados, unos ciento cuarenta mil euros del ala, que no estaba nada mal.

Cada noche, mi ojo experto me decía, aunque a veces me costaba varias horas, cuál era el número donde se atascaba la ruleta. Allí conocí a gente interesante, todos billonarios rusos, deseosos de regalar parte de sus fortunas, pues ellos no ganaban jamás. Una noche ya no pude saber cuál era el número. Habían cambiado el sistema.

Supongo que habían comprado una ruleta nueva. Gregóry, el señor de los anillos, esperaba mi reacción ante el fracaso. Jugué durante cuatro horas seguidas. Perdí solo un millón de rublos. Me di cuenta de que no había ya nada que hacer. Miré a Gregóry y le guiñé un ojo.

Él estaba tenso, esperando mi reacción, creyendo que quizá me lo tomaría a mal, pero me gustaba el local y volví algunas noches más a jugar, palmando pasta siempre, pero conociendo a individuos peculiares.

Una de estas noches vi cómo un hombre de mediana edad, al que no había visto nunca, se jugaba el máximo en cada puja. Quinientos mil rublos en fichas. Iba cambiando los números. Perdía siempre. Cuando llevaba perdidos diez millones de rublos, me miró.

-Buenas noches, Matvéi.

-Buenas noches.

-Me llamo Mijaíl, y he venido hasta aquí solo para hablar contigo -dijo, ofreciéndome la mano, que estreché con fuerza.

-Adelante.

-Tengo un buen negocio que proponerte, bueno y fácil. Pero hablemos en otra parte, ¿quieres?

-Desde luego. ¿Dónde?

-En mi limusina se está bien, hay aire acondicionado, mesas, buena bebida... Estaremos cómodos ahí, pero puede ser en otro lugar.

-Vamos a ese utilitario, entonces -dije.

Río con mi ocurrencia y me miró de otra forma, dudando quizá sobre la idoneidad de mi persona.

Cerca de la puerta del garito de Gregóry estaba aparcada la limusina de Mijaíl. Me sorprendió. Esperaba un vehículo hortera a más no poder, largo como un día sin agua en el desierto y feo, sobre todo feo. Pero era un Mercedes S600 Pullman Guard, la limusina más usada por presidentes y jefes de estado.

-Cuando te he dicho lo de la limusina, seguro que esperabas otra cosa, Matvéi.

-Sí, esperaba una de esas horteradas que utilizan para bodas o despedidas de soltero. Pero esto parece casi un coche normal, es bonita, lo reconozco.

-Es la mejor del mercado, está blindada y es comodísima. Pasa dentro, ya lo verás.

Nos sentamos en unos comodísimos y grandes asientos, que permitían estirar las piernas hacia adelante. Me ofreció bebida, pero la rechacé.

-No bebo alcohol, Mijaíl. Jamás.

-Eso me gusta. Y lo prefiero así. He tenido buenísimos hombres, pero todos ellos, tarde o temprano, cometen un error. Y siempre es por la misma puta causa. El alcohol. Nosotros, los rusos, no podemos evitarlo.

>>Llevamos demasiadas generaciones bebiendo. Pero me han dicho que tú eres diferente. Sé tu historia, enterita, no hace falta que me cuentes nada. Seré yo, de momento, el que hable, si te parece bien.

-Por favor.

-Bien, Matvéi. La situación es la siguiente. Soy Mijaíl Zhigulin, quizá me conozcas... -dijo, dejando unos segundos para que yo interviniera, halagando su ego.

-He oído hablar de usted, por supuesto. Sobre todo cuando trabajaba en Marbella para...

-Lo imagino. Hacíamos buenos negocios juntos. Por cierto, ¿es verdad esa ridícula historia de que se resbaló en su piscina llevando a una chica en brazos?

-No puedo atestiguarlo. Yo estaba de vacaciones en Noruega.

-O sea, que si tú faltas, el jefe se mata solo -rio con ganas, dándome una palmada en la rodilla que no fue plenamente de mi agrado.

-Se puede mirar así -respondí.

-Bien, al grano. Mi hija, Katia, quizá una de las mujeres más bellas del mundo, y lo digo, de verdad, sin pasión de padre, como hecho objetivo, pero podrás confirmarlo tú mismo si es que aceptas, va a casarse con el que pronto será el hombre más rico de China.

>>Katia se lo ha tomado fatal, Matvéi. Me esperaba alguna protesta, cómo no, un pequeño pataleo femenino y, en unos días, todo bien. Pero no. Cada día está peor. Me preocupa, se niega en redondo. Aún quedan, por motivos que ahora no vienen al caso, varios meses para la boda, y no hay manera de adelantar la ceremonia. No es posible.

>>Si esto sigue así, su salud se va a resentir. Apenas quiere comer, no hace nada. No sale de su habitación. Como mucho, sale a la terraza y se queda ahí, contemplando pájaros, árboles y nubes. Como padre empiezo a estar preocupado.

>>Como hombre de negocios, pues no te engaño, Matvéi, esta boda es el pelotazo más grande de mi vida, y he dado muchos; como hombre de negocios, decía, estoy aterrorizado. Se puede ir todo al garete si mi Katia continúa así. No sé qué hacer para animarla.

>>Lo he intentado todo, pero ya lleva un mes encerrada, creo que va a entrar en depresión. Ella quiere forzarme, pues no sabía que fuera tan cabezota, a que anule todo, pero no puedo hacerlo, joder. He dado mi palabra, y eso, entre nosotros, es más que la ley, lo es todo.

Dejó de hablar durante unos instantes. Miró su vaso de whisky añejo, de alguna marca cara, pues no entiendo mucho de bebidas, y se lo embutió de un solo trago. Cerró los ojos y siguió con su perorata.

-Ahora viene tu parte, Matvéi, espero no haberte cansado, pero era importante que conocieras la situación. He pensado que tú, alguien con tu experiencia, con tu valor y tu intachable profesionalidad, podrías cuidármela bien, al tiempo que la sacas un poco, la llevas, no sé, a algún viaje... Adonde quieras, como quieras, pero anímamela.

>>Solo quiero que salga de su cascarón. Eso sí, Matvéi, hay una cosa, solo una, que está prohibida. Katia es virgen, y esa es una de las condiciones para esa exclusiva boda. No ha estado nunca con ningún chico. Ni siquiera ha dado

un beso en su vida. Y tiene que continuar así. La propuesta, amigo, aunque te pueda parecer interesante, no lo es.

>>Va a ser el trabajo más difícil de tu vida, aunque te pueda parecer, a simple vista, el mejor. Cuando veas a Katia, quizá renuncies a hacerlo. Todo hombre que la mira no puede olvidarla en mucho tiempo. No confío en nadie. Pero, viendo a un montón de tíos de tu estilo, he comprobado que no lo hay como tú para este trabajito.

>>No bebes, no fumas, no te drogas, no se te conoce como *playboy*. Me han dicho que te controlas, con las mujeres, como nadie. Tengo los mejores informes sobre ti, por eso creo que podrás hacerlo bien.

-Entonces, ¿tengo que intentar hacerme su amigo y animarla un poco? ¿Eso es todo?

-Y también, y esta es la segunda parte del trabajo -continuó Mijaíl-, deberás llevarla a China. Pero no es tan fácil. No puedo salir del país, como comprenderás. En cuanto salga, la policía de cualquier estado me detendría de inmediato.

>>En principio Katia puede; no hay restricciones contra ella, pero podrían utilizarla para chantajearme. La interpol tiene instrucciones muy precisas respecto a mí. La boda es secreta, lo sabe poquísima gente y quiero que continúe así. He pensado que podrías ir, pero para eso faltan unos meses, en el Transiberiano.

>>Será un bonito trayecto como colofón. La boda será en Pekín. Por eso, creo que la mejor ruta será coger, en la ciudad rusa de Chitá, el tren Transmanchuriano que va hasta Pekín. También podéis ir hasta Vladivostok, terminando la ruta del Transiberiano y desde ahí, en coche o como quieras, hasta Pekín. Esos detalles los sabrás solo tú y me lo comunicarás el último día.

Lo miré durante unos segundos, intentando leer en su alma. Lo que vi no me gustó demasiado. Allí había un hombre ambicioso hasta la náusea, egoísta y altanero, aunque era simpático y educado.

Si lo de F. había sido meterme en la boca del lobo, esto era, directamente, un suicidio a plazos. Peligro, peligro y peligro fue todo lo que percibí. Sin ver a la chica, me dije que no merecía la pena, pero quedaba esa parte trascendente

que siempre me gusta escuchar, por si me hace cambiar de idea.

-En principio parece una labor extraña y no muy sencilla, Mijaíl. No puedo garantizar, de ninguna manera, que Katia me acepte.

-No, no podemos, es verdad. Para que no sospeche, tú vas a ser su nuevo guardaespaldas. Tu misión es otra, ya te la he resumido, pero para ella serás solo eso, un nuevo jefe de seguridad encargado de su constante protección. Te veo con dudas, Matvéi. No digo que no me lo esperase, pero creí que... Bien, ya sé qué pasa. Antes de nada, como chico listo que pareces, quieres saber cuánto.

-Sí, Mijaíl. Veo peligro por todas partes. Tengo un radar especial que me avisa, y está pitando como un loco ahora mismo.

-Dos millones de euros, Matvéi. Ojo, de euros, no de dólares. Suelo pagar en euros, tengo más billetes sueltos de esa divisa. Si lo quieres en dólares, no hay problema.

-Es un buen dinero, Mijaíl, no lo niego. Pero voy a decir que no. Algo me dice que este asunto es complicado en demasía. Te lo agradezco, que hayas pensado en mí y todo eso, pero voy a seguir con mi tranquila vida, jugando un poco, haciendo deporte y siendo libre. Me parece que estoy retirado, aunque acabo de descubrirlo en este mismo instante, en tu bonita limusina.

Mijaíl me miró. Una carcajada salió de su garganta de manera repentina. Creo que era una risa nerviosa, bien estudiada, que le daba un tiempo extra para pensar rápido y reaccionar. Muchos hombres poderosos la utilizan de una u otra forma.

-Ya sé lo que ocurre, Matvéi. Has visto la situación, me has visto desesperado. Esto es debilidad, sí. Lo reconozco, estoy pillado. Te necesito. A veces hay que hacer sacrificios. Tenía pensada esa cifra, que me parece más que generosa, pero eres astuto, como lo he sido siempre yo para los negocios.

>>Has visto la ocasión. Joder, voy a ganar tanto con esa boda que no me importa, si lo haces todo bien, tirar la casa por la ventana. Venga, di una cifra, me da igual, la que sea. Dila, pero ten cuidado porque la aceptaré.

-No, Mijaíl. Esta vez no. En serio, si es tan guapa como dices... Mal asunto, amigo. No soy mujeriego, pero no soy de piedra y las mujeres muy bellas

siempre me han atraído como a cualquier hombre.

>>Intento mantenerme alejado de ellas porque son muy peligrosas. He visto a muchos caer por culpa de unos ojos, de un cuerpo de cincuenta kilos, de una frase pronunciada entre lágrimas. No. Quizá sea hora de que la escuches, Mijaíl. Es tu hija, por un negocio así puedes perderla para siempre. Ya está empezando a ocurrir. Si ella te importa, escúchala.

-¡¡Maldita sea, Matvéi!! No he contratado a un psicólogo de cuarta. ¡¡¡No necesito ese tipo de sermones, *bliad!!!* Te he dicho que no puedo echarme atrás. He jurado, me he comprometido con varios negocios, que ya están en marcha y me están haciendo muy poderoso, a entregar la mano de mi hija. Vivirá bien, será millonaria, como hasta ahora.

>>El chico, ese chino, está como loco solo por las dos fotos de ella que le envié. Su padre dice que no puede esperar para conocerla. Estoy metido en el centro de una gran bola de nieve que rueda hacia abajo por la ladera de una montaña. Esto ya no se puede parar.

-Veinte millones, Matvéi. Multiplico la oferta por diez. ¿Sabes lo que son veinte millones de euros? Te doy los dos pactados ya, ahora mismo, si quieres, y los dieciocho restantes en cuanto la entregues sana y salva en Pekín.

-Lo siento, Mijaíl, por ti y sobre todo por mí. Sé que mañana me arrepentiré de esto, pero no acepto -dije firme.

-Bien, bien, ya veo de qué pasta estás hecho. Permíteme que me sirva otra copa, esto tiene pinta de que va a ser largo. ¿De verdad no quieres nada?

-Un vaso de agua con gas, si está fresca.

Mijaíl buscó en el pequeño armario mueble-bar y encontró una botella de *Richal-Su*, agua carbonatada del Cáucaso ruso.

-Solo había esta. Jamás bebo agua, lo dejo para las ranas y para los hombres serios y de fiar, como espero que seas tú. No te voy a dejar salir de este coche, Matvéi, sin que aceptes. Estoy determinado. Cada vez veo más claro que serás tú y solo tú.

>>Tú puedes devolver a mi Katia a la vida, lo estoy viendo. Venga, no se hable más. ¡Cien millones de euros! Lo tomas o lo dejas. No me jodas, Matvéi, no me jodas que vas a rechazar cien kilos de euros por estar junto a una mujer

linda, culta, educada, y ser su amigo. Solo tienes que hacer eso. Y, al final, entregársela a su futuro marido. ¡¡Es de chiste!!

Cien millones de euros... Los ceros empezaron a revolotearme por la cabeza. No podía ni imaginar esa cantidad. Con mucho trabajo, había logrado reunir casi tres millones de dólares durante todos esos años, con algún golpe de suerte en el juego, pero aquello... Pero no fue el dinero.

Ahora sé, como supe también dentro de la limusina, que mi curiosidad masculina pudo más que los millones. Quería conocer a esa beldad. Lo que no me habría perdonado nunca es haber rechazado la oferta.

-De acuerdo, Mijaíl. Sabes conseguir lo que quieres. Sí, acepto -dije, bajando un poco la mirada ante esa derrota, pues sabía que me lo estaba jugando todo.

-Nadie me ha estrujado de esta forma, Matvéi. Nadie. Dime, ¿cómo has sabido que no pensaba darte ni un euro más? En serio, aunque hubieras abierto la puerta, no habría salido de mi boca otro número. Cabronazo. Está bien. Mañana tendrás, si te parece bien, una décima parte, en efectivo. Los otros noventa al finalizar el trabajo, en cuanto se celebre la boda.

## C

Dos días después, entraba yo en la mansión de Zhigulin, a las afueras de Moscú, en la región de Odintsovo, cerca de la villa de lujo Barvija. La casa era, como muchas de la zona, donde residía la gente más rica de Rusia, de solo dos plantas por encima del suelo, pero de cinco más por debajo. Era un refugio nuclear en toda regla. Las habitaciones, el salón, la sala de cine y algunas piscinas estaban en las plantas subterráneas.

Lujo por todas partes, muebles italianos, alfombras afganas hechas a mano, decoración antigua y auténtica traída de Bulgaria, de la antigua tribu de los tracios... Solo en objetos de ese tipo allí había una incalculable fortuna. Era mucho más rico de lo que parecía.

La habitación de la novia estaba en la planta baja. No era tan segura, según su padre, pero ella no soportaba vivir bajo tierra y había exigido tener un cuarto a pie de jardín.

Llegué hacia el mediodía, en un caluroso día de junio. Katia estaba dándose un baño en la piscina. Me dijeron que enseguida saldría. Mijaíl salió de su despacho y estuvo hablando un rato conmigo sobre ella.

-Hoy está de especial mal humor, lo siento. A ver cómo puedes entablar conversación, si es que puedes. Permanece muda. Ha decidido castigarme así, no hablándome. Y no lo soporto, pero no puedo hacer nada. ¿Cómo obligar a una hija a que pronuncie algún vocablo, aunque sea un insulto? En fin, la dejo en tus manos.

-Quizá debería haber venido con armadura, o al menos un casco -dije.

-Así, así, justo eso es lo que creo que le hará reaccionar. Le gusta mucho la ironía. Yo no sé hacerlo, pero veo que tú sí. Joder, si es que te he dicho que eras el ideal para la labor, Matvéi. Ya viene, te la presento.

Katia entró en el salón vestida con una blusa morada de lino y un pantalón corto blanco que le tapaba solo medio muslo. Lo de menos es la ropa que llevaba. Lo de más fue su cara... Supongo que me quedé paralizado. Sus ojos tenían un magnetismo tan intenso que no pude dejar de mirarlos. Intenté aparentar normalidad, pero fue imposible.

En ese mismo instante entendí las ansias del chino por pasar tiempo con ella, con ese holograma de belleza. Era una rubia despampanante, alta, pero no demasiado. No pude apreciar el cuerpo en esa primera vista. Su rostro me atraía irremisiblemente. Me vi atrapado por su belleza como un frágil insecto cuando cae en la telaraña. Imposible dejar de mirarla.

Ella notó mi zozobra, pero no le hizo gracia. Estaba acostumbrada a dejar pasmados a los hombres en la primera impresión. No utilizaba su poder, se mantenía distante y fría. Su padre nos presentó, ella me tendió la mano, yo se la di, supongo, pero no lo recuerdo.

-Como te dije ayer, Matvéi va a cuidar de ti hasta la boda. Será él quien te lleve hasta Pekín. Será tu guardaespaldas personal, solo para ti. Podéis ir adonde queráis -explicó Mijaíl a su hija.

-¿Sabe hablar, o solo vigila? -dijo ella, ante mi silencio.

-Balbuceo algunas palabras, pero no muchas, depende -admití.

Me miró de otra manera en cuanto dije esa frase. Giró un poco la cabeza, sorprendida de que un gorila de seguridad tuviese cerebro propio y lo usase. Intentó aguantarse una sonrisa, algo que logró con la boca, pero sus ojos no pudieron engañarme, y me dijeron que le había gustado. Sus ojos relucieron aún más gracias a que sonreían. Sus ojos pueden sonreír de una manera única.

-Bien, ya me lo has presentado, ahora, ¿puedo irme?

-Sí, claro. Quería que lo conocieses nada más -dijo Mijaíl bastante contento con esa primera toma de contacto.

Salió del enorme salón y tuve que obligarme a mirar al padre, hipnotizado como estaba ante ese ángel luminoso y peligrosísimo.

-Bueno, Matvéi, ¿qué me dices? ¿Es o no es un tesoro?

-Es, lo digo sinceramente, la mujer más preciosa y extraordinaria que he visto en toda mi vida. Y, por haber estado cerca del poder muchos años, como sabes, he visto a muchas, y se consideraban las más bellas. Pero esas bellezas ahora me parecen como trolls al lado de Katia.

-Me gusta tu sinceridad, Matvéi. Si me hubieras dicho otra cosa, habría dudado de ti. Es la reacción lógica de cualquier hombre, y da igual que le

gusten las mujeres o los hombres. Todos lo reconocen así. La he tenido siempre muy vigilada, es cierto, pero imagínate, con una cara como esa, ¿de qué no sería capaz la mayoría del sexo masculino?

-De todo, Matvéi, tengo que darte la razón -corroboré.

Katia no quiso verme más aquel día. Mi habitación estaba en la primera planta subterránea, para no estar demasiado lejos de la suya si ocurría algún ataque a la casa. Tenía de todo. Una enorme pantalla de plasma, videojuegos de todo tipo, un increíble equipo de música *Boss*, baño propio, pequeño gimnasio con las mejores máquinas y con algunas, aunque demasiado nuevas para mí, mancuernas.

La cama era una maravilla, con un colchón anatómico que hacía que costara levantarse por las mañanas. Aquella tarde solo pude pensar en la cara de Katia. Esas horas se me hicieron larguísimas, sabiendo que estaba allí, tan cerca, pero tan lejana, pues yo era un simple guardaespaldas y ella una princesa que pronto sería la reina del mundo.

Para tratar de no obsesionarme, jugué unas cuantas partidas de póquer por internet. Perdí unos cientos de dólares, pero me dio igual. Mi cabeza estaba en otra parte.

\* \* \* \*

Mi padre me dijo que iba a presentarme al nuevo encargado de mi seguridad y protección. El hombre que iba a llevarme, desde mi jaula de oro, en bandeja de plata, hasta la casa de platino que parecía ser la mansión de ese Lei Zhang. Tuvimos una fuerte discusión porque prefería no conocerlo, pero tuve que ceder ante la insistencia de mi padre.

Me prometió que, con él, solo con él, recalcó, podría hacer alguna salida ese verano. Esa perspectiva, no tanto la de salir de mi jaula como la de intentar escapar en algún descuido de ese hombre, me sacó de aquella profunda tristeza que me había producido la noticia de mi boda con un oriental.

Mientras me daba un agradable baño en la piscina, llegó el protector. Tuve que

salir del agua para que me conociera, pero de ninguna manera le diría que estaba encantada de conocerlo, porque no lo estaba. En ese momento, no sabía a quién odiaba más, si a mi padre o a él, por aceptar, por dinero, conducirme a una cárcel para toda la vida.

Pero no pude odiarlo desde el principio, aunque me lo había propuesto con mi característica firmeza. Puedo llegar a ser muy terca. Me gustó su altura, más o menos un metro ochenta y cinco. Siempre me ha parecido la altura ideal para un hombre. Es alto, pero no tanto como para que parezca casi un gigante un tanto ridículo.

No se puede decir que fuera delgado, pero no tenía ni gota de grasa. Estaba en forma. Pero lo mejor de todo fue su mirada. Se quedó, como casi todos los hombres, incluyendo niños, casi hipnotizado, pero a eso estoy acostumbrada.

Vi admiración en su mirada, impacto ante la belleza, pero no vi ese inmediato deseo que noto en todos los demás. Me miró como los niños, casi con la boca abierta. Su mirada es franca, y me gustaría pensar que pura, da igual lo que haya hecho. Tuve que fingir indiferencia, pero estaba deseando volverlo a ver al día siguiente. Me gustó. Y pensaba utilizarlo para escapar y ser libre. Ante todo eso, la libertad tan anhelada.

Por cierto, es bastante guapo, fue lo que me dije cuando salí del salón. Con esos ojos grises un poco almendrados y el pelo castaño claro, corto y bien peinado. Tenía estilo. Y el traje le queda mejor que a un modelo.

Por la noche estuve pensando una estrategia para conseguir cuanto antes mis objetivos. Pero las mujeres, en ciertos casos, no necesitamos pensar, pues tenemos poder para ir improvisando sobre la marcha.

## A

No había forma de ver a Katia. Tanto esperar por la noche para volver a contemplar esos ojos, atrayentes como galaxias desconocidas para un astrónomo, y mi gozo se quedó en un pozo. La niña no quería ver a nadie. Se había encerrado en su habitación y no salió para nada.

Mijaíl estaba en casa y le conté cómo estaba la situación. Me dijo que no me preocupara, que iría a hablar con ella. No consiguió que abriese la puerta de su habitación. Tampoco contestaba con palabras. Para saber que estaba bien y no le ocurría nada, le obligó a dar unos toques de nudillo en la puerta. Ella así lo hizo y Mijaíl abandonó el fuerte, derrotado.

-Nada, que no quiere salir ni hablar. Pensé que tu presencia podría sacarla de su mutismo. Ayer pronunció unas palabras y pensé que era el comienzo de la normalidad, pero me equivoqué. Es una mujer muy cabezota. Desde bebé ha sido así, terca y con mucha personalidad, aunque se haya visto obligada a acatar órdenes por motivos de seguridad.

>>Creo que tu trabajo empieza ya, muchacho. Ingéniate para llegar a su cuarto sin tirar la puerta. Su terraza da al jardín. Puedes salir, saltar el seto central trepando un poco; así llegarás a la terraza. Puede tenerla cerrada, claro, pero al menos estarás ahí, y te verá. Reaccionará de alguna forma. No vamos a rendirnos tan pronto.

-Voy para allá -dije feliz de poder acercarme a ella como si fuéramos niños y estuviéramos en un juego. Me empezaba a gustar ese trabajo del que tantas dudas albergué en un principio.

Pasar el seto trepándolo fue coser y cantar. Después, ya en el jardín, que flanqueaba una enorme piscina de agua prístina, vi que ella estaba en la terraza, sentada, con gafas de sol, leyendo un libro sobre un diván, medio tumbada.

Me vio enseguida, antes de que empezara a caminar hacia ella. Yo iba, como siempre, con un elegante traje hecho a mano. Se me quedó observando un buen rato, con el libro todavía entre las manos. Estaba en camiseta y pantalones vaqueros.

-Matvéi, ¿a santo de qué asalta así mi pequeño recinto de intimidad?

-Queríamos comprobar que todo estuviera bien, señorita Zhigúlina.

-Yo no sé su apellido. Lo llamaré también por su apellido entonces.

-Me apellido Orlov -dije, tímido.

-Bien, señor Orlov, ya ha comprobado lo que quería. Ahora, si es tan amable, me gustaría seguir leyendo este interesante libro.

Me quedé allí, de pie, empapándome bien de su belleza, que no acababa de absorber en su totalidad, pues a cada segundo me parecía que mudaba. Sus ojos iluminaban el día más que el sol. Esos ojos... También su melena rubia, el pelo tan fino, limpio, con ese color entre trigoño y de rayo de sol entre nubes al atardecer...

-¿Y bien? Usted, Orlov, se queda como embobado cuando le hablo. ¿Es usted, espero que no, bobo quizá?

-Es probable que me esté volviendo un poco en su presencia, señorita Zhigúlina.

No pudo evitar que una corta risa, pero sincera, saliera de su maravillosa boca, que era fresca como las flores en primavera. Primera pequeña victoria para Orlov, señorita Zhigúlina, me dije.

-¿Usted ha venido a protegerme o a intentar hacerme reír?

-Creo que una cosa lleva a la otra -contesté.

-¿De qué manera están relacionadas?

-Muy sencillo. He venido a rescatarla, en primer lugar, de su tristeza.

-Vaya, ¿quién le ha dicho que yo estoy triste?

-Su padre, claro. Me dijo que teme que entre en depresión.

-Mi padre, mi padre... No me conoce tanto como él piensa, ¿sabe? Y ahora, por favor, le ruego que me deje sola.

-Yo... bueno... es que... -dije, sin poder hilvanar las frases bien, como un jodido adolescente ante su primera cita. Esa mujer me paralizaba del todo.

-Es que... qué -dijo, ahora seca, escondiendo la sonrisa y bajando de repente

la comisura de los labios.

-Que tenía un plan para hoy, para salir un poco por Moscú.

-¿Cree usted que me va a pasear como a una niña?

-¿No le gustaría escucharlo?

-No, no me apetece, gracias. Le agradezco su preocupación, pero hoy no es un buen día para mí, no me encuentro bien.

-Ah, perdone. Entendido. Ya me voy -dije dando la vuelta para volver por donde había venido, dispuesto a saltar el seto de nuevo.

-Puede usted salir como las personas, a través de mi habitación -dijo.

-Como quiera.

No se levantó del diván donde leía, pero con un gesto de la mano me indicó por dónde podía salir. Estaba tan atolondrado que ni me fijé en su cuarto.

Era enorme, sí, con una cama anchísima, decenas de estanterías repletas de libros, manuales y diccionarios de varios idiomas. Eso es lo único que recuerdo, que destacaban los libros. En esa habitación olía a flores, a rosas con algo más; no supe precisar bien el aroma, pero me encantó.

¡Ya estaba liada! Había hablado con Katia diez minutos y me tenía loco, fuera de mí. ¿Cómo iba a poder trabajar así? Solo quería verla, hablar con ella, escuchar sus ironías y fingidos enfados, porque sé que fingía conmigo. No hablé con ella más ese día. Tampoco al día siguiente. Alegó tener jaqueca y se quedó en su habitación todo el día.

Mijaíl me llamaba por teléfono para comprobar los progresos. Le conté que habíamos hablado unos minutos, pero que había rechazado la salida. Le pareció que todo iba viento en popa.

-Al menos te dirige la palabra, Matvéi. Solo te habla a ti. Vamos bien, venga.

-No sé, esto va a ser como un asalto a una fortaleza de esas de Europa occidental, con altas almenas sobre la cima de colinas, arqueros disparando flechas y recibiendo aceite hirviendo desde las almenas.

-Un guerrero como tú puede con eso sin problemas -dijo Zhigulin.

## A

Dos días después de la escenita del jardín, conseguí verla de nuevo. Vino a la cocina a desayunar conmigo. Me sorprendió verla así, recién levantada, vestida con una bata larga, blanca y con una coleta de caballo en el pelo. Estaba cada vez más preciosa. Me resultaba duro el mero hecho de mirarla.

-¿Qué tal se encuentra usted hoy? -pregunté, perdiendo poco a poco la timidez ante ella.

-Algo mejor, señor Orlov, muchas gracias -dijo sirviéndose leche en un tazón, al que añadió unos copos de maíz. Después, untó dos tostadas con mermelada de albaricoque.

-Me alegro de verdad.

-¿Mi bienestar le provoca alegría? No me diga eso.

-¿Por qué no si es la pura verdad? -alegué.

-No me lo creo. Usted ha aceptado este miserable encarguito por puro interés crematístico, como es lógico. No se lo reprocho, pero no me diga que le interesa mi bienestar.

-Me interesa y mucho. Mi corazón y yo sabemos que es verdad. El dinero, a su lado, me importa una...

-¿Mierda? -terminó ella.

-Bueno...

-No me asustan las palabras, Orlov. Que esté presa en una jaula de oro no me convierte en una pazguata. No me escandalizo por nada, aunque prefiero el lenguaje cuidado y respetuoso, pero en ese caso un "mierda" habría quedado bien.

-Yo iba a decir una puta mierda, en realidad -me defendí.

-No sea grosero -dijo seria, desconcertándome.

-Si a su corazón le importo algo, entonces usted me ayudará a sentirme bien, ¿verdad?

-Para eso estoy aquí, claro -dije, empezando a relajarme.

-Verme feliz como no lo he sido nunca, deduzco, le provocaría a usted una alegría tal que quizá no quepa en el globo, por lo tanto -afirmó.

-Así es, señorita...

-Katia. Vamos a dejarnos de formalidades. Tuteémonos de una vez. Como veo que no pensabas proponérmelo nunca, he tenido que decirlo yo.

-Bien, Katia, como quieras. Me parece perfecto.

-Entonces, Matvéi, querido protector y buscador de mi felicidad, vas a ayudarme a ser feliz. Vas a ayudarme a escapar de esa odiosa boda. Dime que vas a hacerlo.

-Pero Katia, mujer, tengo que llevarte allí, ese es parte de mi trabajo. Llevarte en otro estado de ánimo, eso sí, pero he de llevarte. No creas que me parece bien, pero lo que yo piense al respecto no es interesante aquí, me han contratado para cuidarte y protegerte, y eso voy a hacer con todas mis fuerzas.

-De manera, Matvéi, que vas a entregarme a ese chino hijo de uno de las mayores oligarcas asiáticos. Vas a hacerme infeliz para siempre.

>>Dime, ¿cómo vas a poder alegrarme o mejorar ese estado de ánimo que tanto dices que te preocupa? Te lo diré con claridad, chico. Me das asco, ¿entiendes? Que hayas aceptado este encargo te descalifica para siempre ante mí como ser humano. Para mí serás un robot.

-Aún no me conoces para juzgarme así, es injusto que digas que...

-¡Basta! No soporto verte más. He venido a proponerte ayuda, con sinceridad, sin tapujos, y solo recibo de ti medias tintas y me dices que vas a entregarme. Pues puede que entregues un cadáver. Mi alma estará muerta si me llevas allí.

>>No he estado con ningún hombre, lo que no significa que no quiera estarlo. Me gustaría estar con uno del que me enamorase de verdad, pero no he tenido ocasión de saber cómo se hace eso, porque no me han permitido que hubiera jóvenes cerca de mí en ningún momento.

>>Esta vida es un asco, Matvéi. Para terminar, pues no quiero seguir hablando con mi carcelero, te diré que la libertad es algo que se ha de conquistar cada día, se ha de luchar por ella. ¿Tú eres libre, Matvéi?

-Sí, para mí es también lo máximo, el valor absoluto. Libre como un halcón.

-¡¡Bravo!! Y este lindo halcón va a entregar a una paloma a los buitres para que la destrocen a placer. Bonita libertad la tuya, no permitiendo la de otro. No olvides nunca lo que voy a decirte ahora, Matvéi: jamás volverás a ser libre si no me dejas a mí en libertad. Si yo no soy libre, tú no podrás ser libre nunca.

>>Mi esclavitud forzada te perseguirá por siempre. Lo bueno es que lo sabes, porque, aunque a veces te quedas como tonto mirándome, de tonto no tienes ni un pelo. Que tengas un buen día.

Salió de la cocina, dejándome allí, plantado, humillado y zaherido en mi amor propio como no me había sentido en la vida. Y tenía razón en todo. Katia tenía razón. No podía entregar a un ser puro como ese a un maldito tío que solo la quería para gozar un tiempo de sus encantos y presumir ante sus rivales. Di un manotazo sobre la mesa para aliviar la tensión y me cargué dos jarritas de porcelana, derramando la leche y otras cosas.

## B

Estuve dura con él esa mañana, en la cocina. Me encanta cómo me mira. Sé que le gusto, pero le gusto de otra forma. Por primera vez hay un hombre que me respeta, que se preocupa por mí, aunque, paradójicamente, sea el que tiene que entregarme. El destino nos ha tendido esta absurda jugarreta. Lo he ofendido, le he llamado robot.

Pobre hombre. Se quedó desolado, allí, sobre esa mesa llena de comida. Tengo que seguir así, con fuerza, si no estará todo perdido para mí. Me gustaría que entrase por la puerta de mi habitación, se acercase y me mirara con esos ojos tiernos que tiene solo cuando me mira a mí. Y que después, me besara... Sí, un beso de Matvéi, aunque sea del robot Matvéi M-3-O-2.

Al día siguiente lo castigué con mi indiferencia. Pasé una vez a su lado, por el pasillo de la primera planta subterránea. Me saludó, pero yo no le devolví el saludo. Pobre, qué cara se le quedaría. Y me sentí mal. Estuve a punto de volver sobre mis pasos y pedirle perdón, pero el mal ya estaba hecho.

Así estuvimos, con este tira y afloja, durante una semana. Él no venía, no cedía, no me prometía ayudarme. Por eso, yo seguía en mis trece. Me gustaba, sí, pero ¿para qué ceder a su encanto si me entregaba a otro? Si podía llegar a amarme, a enamorarse de mí, me salvaría. Así pensaba al principio.

## A

La cosa no marchaba. En la cocina se enfadó conmigo en serio, y me lo dejó claro como el agua de un arroyo en Siberia. Si quería su bien, tenía que rescatarla de los planes de Mijaíl. Y yo sabía, quizá desde un principio, que por eso había aceptado este trabajo. Moriría en el empeño, pero morir por Katia me parecía lo más noble y puro que podría haber hecho en mi vida. Tuve que sufrir su odio y sus humillaciones durante unos días.

Mijaíl me preguntó cómo iba la cosa. Le conté todo, hasta la discusión en la cocina. No le dije que ella me había pedido salvarla, pero le dije que me había llamado robot y que me odiaba como a él.

-Creo que me tiene aún más manía que a ti. Soy yo el que la va a entregar - expliqué-. No me habla, llevamos seis días sin vernos. Me evita. Intento que salga de su habitación, pero nada. Salto el seto del jardín, pero en cuanto me ve, se mete en su cuarto y cierra las puertas de la terraza. Anteayer me quedé ahí, en los cristales, mirándola, para ver si así provocaba alguna reacción en ella, pero nada.

-Tienes que sacarla de aquí. Haced un viaje corto, a alguna ciudad del Anillo de Oro -propuso el padre.

-Lo he pensado, sí. Había pensado en Crimea o Sochi, pero será mejor que vayamos más cerca, por si acaso. Creo que Rostov Velíky puede gustarle mucho, ¿ella lo conoce?

-No, no ha salido mucho por Rusia. Conoce, por desgracia, más ciudades de Europa occidental que de su propio país. Ya sabes, fuera de esta casa, aquí no es seguro... No puedo arriesgarme, pero contigo es otra cosa. Hay que hacer algo, si la cosa ha ido para atrás, como me dices -dijo Mijaíl.

-Decidido, mañana me la llevo, como sea, a Rostov.

-Aunque sea a rastras, Matvéi, ¿me oyes? La coges en brazos y te la llevas como un cavernícola.

-Espero poder llevarla de otra forma, hombre, pero vamos a ver.

Reservé por internet dos habitaciones en el mejor hotel de Rostov. Rostov

Velíky es una pequeña ciudad al noreste de Moscú de unos treinta mil habitantes. Su Kremlin es quizá el más espectacular de toda Rusia. No tan grande como el de Moscú, pero bello como pocos.

También tiene un lago, llamado Nero, que tiene una curiosidad. Su profundidad no supera casi nunca el metro y medio. El suelo es un limo blando, resbaladizo, como las arenas movedizas, por lo que está totalmente prohibido bañarse en sus limpias aguas, plagadas de peces de buen sabor.

Conocía Rostov porque pasé unas semanas allí, en el verano del 99, en una misión especial, protegiendo a un ministro que estaba amenazado por la mafia. Tenía una dacha en esa población.

Como Katia no me abría la puerta, introduje un papel por debajo de la misma, tras llamar con los nudillos, para que la leyera.

*Buenas tardes, querida Katia:*

*Mañana salimos para Rostov Velíky. Prepara tus cosas, estaremos tres o cuatro días, o más si quieres. No admito un no por respuesta. Si mañana no abres la puerta, la derribaré y entraré por ti, llevándote en brazos, si es preciso. Espero no tener que llegar a esos extremos, pero el plan ya está hecho.*

*Siempre tuyo,*

*Matvéi.*

La carta parece que la animó mucho. A los pocos minutos un delicioso sobre de color lila se introducía por debajo de la puerta de mi habitación. Lo abrí con ansia, con el corazón latiendo con fuerza, pero deprisa.

*Odiado y despreciable robot:*

*Como se te ocurra entrar por mí, te vas a llevar más golpes que una estera, te lo aviso. Sé luchar, amiguito, así que espero no tener que hacerte daño. Si mañana decido ir por mi propia voluntad, te lo comunicaré. De momento, mi respuesta es no.*

*Nunca tuya si me haces esclava,*

*Yekaterina*

Por primera vez usaba su nombre completo, y no el hipocorístico Katia. Me

hizo mucha gracia. La carta entera destilaba amor, sí, ella no sabía aún expresarlo, no lo había vivido, pero era una carta de amor en toda regla.

## B

Por la noche me acerqué a la puerta de su habitación y le puse en una nota escueta que lo esperaba a las ocho en punto de la mañana del día siguiente para salir a Rostov, en la puerta principal.

A las siete y media, él ya estaba ahí, esperándome. Se le veía contento como un niño con un juguete nuevo. Al fin íbamos a salir juntos de la casa. Era su plan desde el primer día, pero quise retrasarlo un poco para ir conociéndolo mejor. Llevé una maleta pequeña, con cuatro cosas. Hacía calor y pensé que no necesitaría casi nada.

Él apareció sin traje por primera vez. Llevaba un polo de marca azul oscuro y unos pantalones blancos de algodón. Estaba tan guapo... En aquellos días, solía girarme ante su presencia para que no notase lo mucho que me gustaba su cuerpo, pero sobre todo su cara. Como he vivido siempre teniendo que disimular mis verdaderos sentimientos, no me fue complicado.

Fuimos a Rostov en uno de los coches blindados de mi padre, un Mercedes negro que parecía de político, pero era muy seguro.

La distancia no es larga, son solo doscientos kilómetros, pero se tardan casi cuatro horas debido a la carretera. Matvéi, con mucha habilidad, y sin hacer ninguna locura, consiguió llegar en tres horas y cuarto, incluyendo una parada para repostar.

En principio, quise sentarme en la parte de atrás. Estar tan cerca de él, a pocos centímetros, me daba un poco de miedo. Temí que me notase el nerviosismo. Yo creo que él agradeció que me pusiera ahí. Se concentró mejor en la conducción.

No hablamos en más de dos horas. Quiso poner la radio, pero le dije que me molestaba la música en los coches. Solo una vez se atrevió a mirarme por el espejo interior. Yo estaba justo mirándolo a él. Ambos sonreímos, sin poderlo evitar.

Después de la parada, me subí en el asiento del copiloto. Se sorprendió mucho.

-Pensé, es-ti-ma-da se-ño-ri-ta, que us-ted no que-ría ir cer-ca de un ro-bot -dijo silabeando y haciendo pausas como los robots de las películas y moviendo las manos arriba y abajo.

-Nunca he dicho que no quiera estar cerca de él. De momento lo odio, sí, porque no me deja libre, pero me gusta ir con él -respondí, audaz.

-Vaya, es la primera frase agradable que recibo de ti. Después lo apunto en mi libreta -dijo él.

-¿El qué?

-Eso. Que el día 29 de junio, a las once de la mañana, Katia Zhigúlina fue amable y sincera por primera vez con su carcelero asqueroso y robotizado.

No pude evitar reírme. Todo empezó a ir bien entre nosotros a partir de ahí. Llegamos a Rostov. No había estado nunca. Es una aldea grande, más que una ciudad, con casas bajas, casi todas como las dachas de las afueras de Moscú.

Las cúpulas de las iglesias de su Kremlin destacan desde lejos. Unas son grises, otras oscuras, de madera, algunas doradas... Me encantó. El hotel era en realidad una casa antigua restaurada para hostelería. Tenía sauna y piscina. Yo ocupaba la suite y Matvéi cogió una habitación un piso más abajo.

Después de dejar nuestras cosas y refrescarnos un poco, salimos a comer. Matvéi conocía un buen restaurante cerca del Kremlin, justo enfrente de la entrada, con terraza, dentro de un patio. Allí íbamos a estar al menos una hora el uno frente al otro, muy cerca, mirándonos sin poder evitarlo, o sin que pareciese demasiado extraño.

Durante la comida, el robot no me quitaba la vista de encima, solo me miraba a los ojos. No sé qué le había dado con ellos. Comprendo que son bonitos, con este verde especial que tienen, pero no creo que sean para tanto. Sin pensarlo, los cerré de repente. Quise sentir qué haría o diría.

-Gracias -dijo él.

-No hay de qué -respondí, sin abrirlos en ningún momento.

-Es que no me dejaban comer y tengo mucha hambre.

-¿Quieres decir que mis ojos te hipnotizan? -pregunté.

-Eso parece. No sé lo que me provocan, Katia, pero nunca había sentido algo

así. No son solo los ojos, en realidad. Eres toda tú, pero miro a los ojos porque en ellos intento conocerte mejor.

-Ya sabes que vas a entregar estos ojos que tanto adoras a un chino, no lo olvides.

-No, no te voy a entregar, Katia.

Se hizo un silencio y no tuve más remedio que abrir los ojos. Estaba hablando en serio.

-Matvéi, ¿sabes lo que estás diciendo?

-Sí, lo sé muy bien. Las consecuencias pueden ser fatales para mí, pero, después de conocerte, nada me importa ya. Solo tú y tu felicidad.

-Eso es muy bonito. ¿De verdad me amas? Si no me conoces apenas. Tengo un carácter difícil a veces, puedo ser cabezota y...

-Y qué más, a ver, qué otra cosa negativa se le ocurre a un ángel puro como tú?  
-me dijo.

-Te ofendo, te llamo robot odiado, te dejo plantado en nuestro primer desayuno juntos, por ejemplo...

-Con razón. ¿Quién me he creído yo que soy para jugar así con la vida de una mujer? Verás, Katia, acepté con la idea de conocerte, solo para conocerte y ver si eran verdad los cuentos de tu padre sobre tu belleza extrema. Después, tenía pensado decirle que no funcionaba y que no podía hacerlo, renunciando a todo el dinero. Pero no he podido. Desde que te vi en el salón supe que ya no podría vivir lejos de ti. Así están las cosas, Yekaterina querida.

-Matvéi, estas son las primeras palabras de amor que recibo en mi vida, ¿sabes? No sé cómo han de ser, pero me han parecido maravillosas, justo las que necesitaba oír. Pero todo esto es un sueño. Estamos aquí, en esta preciosa ciudad tan romántica, y por eso no miramos a la realidad a la cara. Dime, ¿cómo vamos a escapar?

-No vamos a escapar, Katia. Tengo que llevarte a China, eso vamos a cumplirlo, pero no te quedarás allí con ese hombre. Eso nunca. Confía en mí. Estoy pensando, pero todavía no he podido encontrar la solución.

-No entiendo. Si me llevas allí, ya nadie me sacará de ese sitio. ¿Para qué

llevarme? Matvéi, vámonos, salgamos de Rusia, lejos, muy lejos. Tiene que haber un lugar en este mundo donde no nos encuentre mi padre.

-Por desgracia, Katia, en este mundo actual, donde todo se sabe, es casi imposible huir, esconderse. Hay, quizá, una posibilidad, pero tengo que estudiarla, y no sería en otro país, pero eso luego. Lo importante ahora, para mí, es saber si tú podrías llegar a amarme algún día -dijo, poniéndose rojo como un tomate.

-Yo ya te amo, tonto. ¿No te das cuenta? Me gustaste mucho desde el principio, pero pensé que era solo físicamente, debido a mi eterna abstinencia impuesta. Pero es mucho más. Me gusta cómo eres, cómo me tratas, la manera en que bromeas para sacarme, casi siempre, una sonrisa de este pozo de amargura que era mi vida.

>>Tú has sido mi esperanza de libertad. Nuestro amor nos hará libres, Matvéi. Solo puede ser así. Cada día me duermo pensando solo en ti, en verte al día siguiente, en que me digas algo, pienso cómo ofenderte, porque te amaba así, a través de mis indirectas. No sé si lo habrás notado. Puedo ser complicada, querido, no sé si te gustaré siempre.

-Siempre. Lo sé -dijo.

-Bien, ahora no pensemos en la escapada -añadió-. Hay tiempo y conseguiré la solución, ya lo verás. Vamos a dar un paseo en barco por el lago Nero, te gustará.

-Sí, vamos.

## A

El paseo en barco, durante una hora, por ese lago que era más como un charco enorme, pues la profundidad máxima era de tres metros, pero no solía pasar del metro y algo, fue delicioso. Íbamos solos en la pequeña barquichuela de motor. El piloto, un simpático y agradable ruso oriundo de Rostov, con la cara redonda, nos iba comentando algunos detalles interesantes.

Nos dijo que el gobierno central había concedido muchos millones para la limpieza de las aguas del lago, pero no se había realizado obra alguna y los millones habían volado al interior de unos pocos bolsillos, como ocurría siempre. A pesar de todo, era muy bello. Nos llevó a una de las dos islas del lago.

La más cercana a la orilla es una isla muy verde, con abundante vegetación y un montón de aves acuáticas que se alimentan ahí. También había castores. Pudimos contemplar el ir y venir de uno de ellos. Katia miraba todo como una niña que empieza a descubrir el mundo. Estábamos muy cerca el uno del otro.

Yo no me atrevía, aún, a tocarle ni siquiera el hombro. Ella quizá lo esperase, pero era una situación muy extraña. Nadie le había puesto nunca un dedo encima. Hacerlo yo, allí, en aquel bote, me parecía una especie de sacrilegio. Me costó mucho no besarla allí mismo, pero me contuve.

Finalmente, me atreví a agarrarle la mano y así estuvimos, apretándonosla fuerte el uno al otro, diciéndonos de esa manera todo lo que nuestros labios todavía no se atrevían.

Después, ya en tierra, fuimos a pasear por el pueblo. No quise cogerle de la mano. Mijaíl podía tener espías por todas partes, a pesar de que habíamos ido allí ella y yo solos.

Durante la caminata, Katia me habló de su infancia. La multitud de actividades que había practicado, los cientos de profesores particulares que había pagado su padre para ella. Los idiomas que sabía, que eran, además del ruso, inglés, francés, chino, alemán y español.

También sabía algo de árabe, pero decía que no le gustaba demasiado y lo había parado. Asimismo me dijo que no tenía casi experiencias prácticas,

como ir al cine con las amigas sin dos maromos de seguridad pegados a sus talones.

## B

Me habló un poco de él. Le costaba explicar detalles de su vida, no se sentía cómodo. Contó que de niño era muy vago y odiaba ir a la escuela. Solía escaparse con otros compañeros, pero eso le duró poco tiempo.

Enseguida entendió que estar fuera de la escuela, haciendo el gamberro por las calles, tampoco le aportaba nada valioso y decidió estudiar hasta terminar al menos la escuela secundaria. Siempre destacó en todos los deportes. No quiso estudiar en la universidad, decía que no era para él. Le parecía un mundo hipócrita y no auténtico. Ingresó en el Ejército Ruso, en las Fuerzas Especiales.

Allí, controlado por un grupo de mandos de lo mejor que tenía Rusia, llegó a ser de los mejores de su promoción. Enseguida le ofrecieron trabajar para el gobierno. De su vida allí no quiso decir nada. Solo contó que era todo muy triste y que no nos gobierna quien creemos que lo hace, pero no me explicó nada más.

Deseaba que me llevara de la mano, pero me explicó que mi padre podría tener espías allí. Él le dijo a qué ciudad íbamos. "Tenemos que ser, de momento, prudentes, o lo echaremos todo a perder".

Volvimos al hotel para darnos una ducha antes de salir de nuevo a ver alguna iglesia y cenar en un restaurante diferente. Cada uno fue a su habitación. Me costó separarme de él, pero vi claro que no se atrevía a dar ningún paso, temiendo, quizá, mi rechazo. Así que, decidida, me planté en su habitación quince minutos después. Llamé a la puerta.

-¿Quién es?

-¿Quién te gustaría que fuera? -dije.

-Me gustaría que estuviera ahí, tras la puerta, la mujer más bella del mundo.

-Hmm, me parece que eso es mucho pedir, caballero. Aquí hay una mujer que no es fea del todo, no sé si le vale.

Abrió la puerta y me cogió, al fin, en sus fortísimos brazos, que parecían gruesos cables de acero. Nos besamos como colegiales. Mi primer beso.

Jamás me lo había imaginado así, y eso que durante esos años me había dado tiempo a imaginar las más diversas y extraordinarias variantes.

Salió con la toalla alrededor de la cintura. Pude ver su pecho, ancho y plano, rocoso, con un montón de bultos debajo, los abdominales, que eran lo que más destacaba. Sus hombros anchos y bien dibujados daban paso a lo más bonito en la anatomía de Matvéi.

Sus poderosos y estremecedores brazos. Cuántas venas, músculos, tendones... Con esos brazos, pensé, no le hacen falta más armas. Le acaricié todo el cuerpo. Me excité mucho, dejándome llevar. Le quité la toalla, y él no puso objeciones.

Ni siquiera fuimos a cenar. Nos quedamos allí, en su cama, hasta el mediodía del día siguiente, como dos perezosos estudiantes. No podía separarme de sus brazos. Había encontrado a mi hombre, a mi príncipe. No era azul, era de carne y hueso, pero hacía las mismas funciones. El caballo se podía comprar.

Estuvimos en Rostov cinco días. Más habría sido levantar sospechas, ya que se puede ver toda la ciudad en un día. Apenas salimos del hotel en todo ese tiempo. Las pocas veces que paseábamos, era para ir a reponer fuerzas en los restaurantes. Nos costaba mucho soportar las ganas de seguir besándonos, pero Matvéi decía que las paredes, en Rusia, seguían hablando. No se fiaba ni de su sombra.

## A

Lo que ocurrió en mi habitación era inevitable. Nos gustamos desde el principio, y llegamos a obsesionarnos el uno con el otro. No podía soportar el pensamiento de que habría que hacer un sacrificio inmenso por gozar de ese amor prohibido. Había roto todas las reglas. Había besado a mi protegida, le había permitido desnudarme, la desnudé yo a ella.

Ya no era virgen, que era lo que más apreciaba su padre de ella. Y además tenía diez millones de euros, el anticipo. Tenía que encontrar la manera de devolverle a Mijaíl el dinero, escapar con Katia a un lugar seguro y mantenerla así de por vida.

Estaba dispuesto a arriesgarlo todo por ella. Y sabía que, desde el preciso momento en que le abrí la puerta de mi habitación, mi vida estaba en juego, pero debía luchar por mantenerla por la libertad de Katia, que era lo que más me importaba en este mundo.

Después de los días de miel de Rostov, tuvimos que volver a Moscú. En esa casa enorme nos sentíamos encerrados, prisioneros de nuestro obligado distanciamiento. Cada día inventaba una nueva salida, pero era muy peligroso besarse.

Lo hacíamos solo durante los breves trayectos de los ascensores, siempre que fuéramos solos, de los centros comerciales. Por eso, estábamos todo el tiempo subiendo y bajando. Eso le divertía mucho, pues en el fondo no dejaba de ser, aunque con cuerpo de mujer, una niña grande.

No podíamos acostarnos juntos, pero no nos importaba. Lograr algún que otro beso furtivo afianzó y fortaleció nuestro amor.

Se fijó al fin una fecha para la boda. Sería el 11 de noviembre. Quedaban poco más de tres meses. Katia se asustó porque empezó a ver la cercanía del evento. Me preguntaba a veces si lo tenía pensado. Siempre le respondía lo mismo, que estaba en ello. Se me habían ocurrido mil maneras de salir, pero a todas ellas les veía un punto débil.

Al final, un hombre tan rico como Mijaíl, que haría palidecer a toda la lista de esa revista, *Forbes*, que no es más que una tapadera para que no se conozca a

los verdaderos dueños del mundo, lograría encontrarnos. A mí me esperaba una muerte cruel, con mucho sufrimiento, pero siempre menos que lo que supondría para nosotros separarnos para siempre. Tenía que inventar algo definitivo. Necesitaba ayuda.

Le pedí a Mijaíl dos días libres. Él veía lo animada que estaba su hija y me los concedió sin problemas.

Fui a visitar a un viejo colega, que se había convertido en un alto mando dentro del FSB. Salvé su vida en 1998, en un atentado frustrado contra el presidente, del que no informaron los medios de comunicación. Jamás le pedí nada a cambio, pero era el momento de utilizarlo.

Alexéi me recibió en su gigantesco despacho, todo él forrado de maderas nobles. Lucía sobre la chaqueta infinidad de condecoraciones. Era militar de carrera. Había llegado a general, a pesar de tener muchas capacidades, gracias a los contactos necesarios y al haber estado en el lugar oportuno en el momento preciso. Gozaba de gran poder.

-¿Cuánto tiempo, Matvéi! *Skólko let, skólko zim!* (literalmente: ¡Cuántos veranos, cuántos inviernos!) -me dijo, amable pero sabiendo que si me había presentado allí, no era para invitarle a cenar.

-Sí, Aliosha, hace mucho desde la última vez, cierto -dije, tratando de no ir al grano demasiado pronto, pues con esta gente siempre hay que fingir un poco.

-¿Cómo te va, hombre? ¿Qué es de tu vida? He oído que ahora trabajas en el otro lado.

-Es el mismo lado, Aliosh, parece mentira que me digas eso. Todo es el mismo lado. Las etiquetas déjalas para los ilusos o los fanáticamente ideologizados. Son lo mismo, pero con propagandas diferentes, ya sabes.

-Bueno, ese es tu punto de vista. No niego que algunos de este lado estarían mejor al otro, y quizá pueda haber uno o dos que estarían mejor en este, pero así está ahora nuestra Rusia.

-Necesito ayuda, Alexéi.

-Eso podía preverlo. Te dije una vez que siempre, para lo que quieras, me tendrás a tu disposición. Vivo gracias a ti, y no lo olvido.

-Es información. Necesito información sobre un tipo de Pekín, es el hijo de un magnate chino.

Le entregué un sobre con los datos del prometido de Katia.

-También sería bueno para mí que me dijeras si su padre juega limpio con Mijaíl Zhigulin. Dice que tiene varios proyectos, pero no me ha contado cuáles y me vendría bien estar al tanto -expliqué.

-Esto no será fácil, Matvéi. Zhigulin está ahora muy arriba y tiene amigos. De momento, es intocable. Tendré que recurrir a muchísima gente, a mucha. Y... yo voy a hacerlo, Matvéi, no lo dudes, pero sería bueno que...

-¿Crees que me chupo el dedo, Aliosha? De esta información depende mi vida y otra vida que es aún más preciada para mí. No pensaba dejarte con el culo al aire. Aquí tienes dos sobres. Uno es para ti, por si saliera algo mal. El otro es para que tu gente se mueva rápido. Hay suficiente, espero.

-Matvéi, el otro sobre... no hacía falta, de verdad -dijo, mientras se metía ambos en el bolsillo de su americana.

-Las cosas hay que hacerlas bien. Si no, es mejor quedarse en casa -dije.

-Lo tendrás todo en unos días. Quizá una semana, no sé. No puedo darte un plazo ahora. Tendrás que volver por aquí, digamos, el próximo jueves. ¿Te parece?

-Es perfecto. Hay tiempo. Si tardáis más, no pasa nada. Prefiero más información si hace falta más tiempo.

Salí del despacho de Aliosha con la esperanza de que esa información me ayudaría a pensar la forma de marcharme con Katia, pero sin ninguna certeza.

Katia y yo seguíamos con nuestro particular idilio. Nos pasábamos notas bajo la puerta, como aquella primera vez en la que le propuse la salida a Rostov Velíky. Pero, para evitar problemas, escribíamos justo lo contrario de lo que pensábamos, por si algún chivato del servicio, que nos constaba que los había, interceptaba alguna, cosa no improbable del todo. Nuestras notas eran del tipo:

*Asqueante esclavizador:*

*Cada día te soporto menos. Apenas puedo ya sufrir tu presencia, aunque*

*estés a varios metros. Me enfermas. Ojalá no hubieras venido nunca. No tengo verbos para describir cuán grande es mi desprecio por ti. Déjame en paz, por favor, no quiero hacer nada contigo.*

Yo respondía un poco más suave, pero también dedicándole bellos piropos.

*Irritante niña caprichosa:*

*Mi trabajo es protegerla y tratar de animarla. Si debido a que su riqueza la ha convertido a usted en una mujer mimada, arrogante e insoportable, no es culpa mía. Además, debo decirle que no es usted tan guapa como se cree. Es del montón regañón, siendo generoso. No entiendo por qué algunos hombres se vuelven para mirarla. De verdad que me lo pregunto a diario.*

*En fin, mañana tendré la desgracia de intentar hablar con usted. Sería más fácil hacerlo con un muro de hormigón. Solo tengo paz cuando estoy lejos su maleducada persona. Ya queda poco para que finalice esta tortura.*

\* \* \* \*

Diez días después volví al mismo despacho. Me dijeron que Alexéi estaba fuera, en un viaje de trabajo.

Por internet no encontré nada sobre ese dichoso Lei Zhang. Necesitaba la información privilegiada que solo podía facilitarme Aliosha. El tiempo pasaba.

Katia comenzaba a dar muestras de inquietud porque se iba acercando la fecha y yo solo podía decirle que confiara en mí, que estaba preparando todo, pero que tenía que confiar ciegamente. Tuve que decirle, para tranquilizarla, que la seguridad de muchas personas dependía de que todo se mantuviera en secreto.

Dejé pasar otra semana y volví a la oficina de Alexéi, en el distrito de Lubianka, al norte de Moscú. Esta vez sí lo pillé.

-Pasa, Matvéi. Tengo noticias para ti. Siéntate, por favor.

El despacho de ese hombre era de lujo, pero no se estaba a gusto. Había algo inquietante, extraño, que flotaba en el ambiente. Me alegré de haberme salido

a tiempo de ese nido de traiciones y venganzas.

-Tu joven chino es toda una figura. Al amparo de la riqueza y el poder de su padre, pues es una de las manos derechas del actual presidente, y goza de toda su confianza, organiza la distribución y venta de una gran parte de la cocaína que circula por el este asiático, incluyendo Japón. Controla varios grupos muy peligrosos de la *Triada* (la mafia china) y tiene importantes y buenas relaciones con sus homólogos en Japón, la *Yakuza*.

>>Es toda una joya, pero es intocable. De vez en cuando detienen a subordinados suyos, que se cuidan mucho de declarar su nombre en los juicios. Le gustan mucho las mujeres, sobre todo las rubias y blancas, y tiene un harén propio a las afueras de Pekín. Es cruel con todo el mundo y sanguinario con el que se pone por delante.

-Muy interesante, Aliosha -interrumpí, mientras pensaba que la cosa para nosotros estaba mucho peor que antes. Un gran capo de la mafia china...Justo lo que necesitaba.

-Hay una cosa interesante. El tío sabe luchar cuerpo a cuerpo. Ha tenido, desde niño, a los mejores maestros del mundo de artes marciales. Todos los luchadores importantes han pasado por su mansión de Pekín para instruirlo. Es una especie de Bruce Lee moderno.

>>Adora la lucha y organiza con frecuencia combates, a veces sin reglas, entre luchadores de todo el mundo. Él participa también. Jamás ha sido derrotado. No sabemos si paga a los rivales, pero uno de mis hombres estuvo allí, en una de esas peleas, y me ha asegurado que es mortal. Va solo a hacer daño, da en los puntos dolorosos, se ensaña hasta límites inhumanos. Un verdadero demonio, querido Matvéi.

-Al padre le supongo enterado de todo esto -dije.

-No sabemos hasta qué punto conoce todos los secretos de su hijo. De todas formas, forma parte de la oligarquía comunista china y está siempre preocupado por hacer más y más dinero. Tiene un proyecto con Mijaíl Zhigulin para construir vías férreas por toda Asia, de trenes de alta velocidad.

>>Pero, y esto es interesante, y aquí tengo un informe sobre esto -dijo, tendiéndomelo-, tiene el mismo proyecto con Zajar Bogdánovich, el magnate del acero y los diamantes. Tendrá que hacerlo solo con uno de los dos.

Bogdánovich puede hacerlo por mucho menos dinero. Quizá este sobre pueda ayudarte, amigo.

-Este sobre puede salvarnos la vida. Te doy las gracias de corazón, Aliosh. No esperaba todo esto.

-Has sido tú, amigo, tú has pagado mucho dinero por obtener esto. Yo solo sé mover los hilos, pero no manejo tanto dinero. Tengo más poder e influencia que millones.

-¿Preferirías que fuera al contrario? -dije.

-Sinceramente, Matvéi, no -rio.

-Lo imaginaba. Si tienes tiempo, te invito a comer -ofrecí.

-Mira, acepto, pero soy yo el que invita. Estás en mi territorio. ¿Sigues sin beber?

-Sí. Pero hoy puedo hacer una excepción. Beberé un vaso, solo uno, por ti.

-¡¡Matvéi Orlov va a saltarse sus estrictas normas por un generalucho como yo!! Ver para creer.

-La ocasión lo merece.

\* \* \* \*

Esa misma tarde le conté todo a Katia. Le dije quién era, en realidad, su prometido, le repetí todo lo que me había contado Aliosha. Tenía incluso algún documento que podía corroborarlo. Después, le conté el gran proyecto de la construcción de vías y compra de los trenes. El padre de Lei iba a traicionar al suyo, pero no sabíamos cómo.

-Hay que decírselo a mi padre, Matvéi. En cuanto lo sepa, se pondrá tan furioso que romperá toda relación con él y yo seré libre. Entonces, nos iremos lejos de aquí, sin miedo a nada.

-Puede reaccionar mal, o no creyéndoselo. No ha firmado aún nada con ese Zajar, aunque todo apunta a que va a hacerlo, pues los costes son mucho más

bajos con él. No pierdo nada con intentarlo. ¿Está en casa ahora?

-Sí, ha venido hace un rato. No parece de buen humor -dijo ella.

-Llámallo -pedí.

Mijaíl Zhigulin se sentó en su sillón favorito, una pequeña y vieja butaca que había pertenecido a su abuelo materno. Decía que en ningún sitio se encontraba mejor y no se desprendía de ella.

-¿Ocurre algo, chicos? -dijo, sospechando alguna extraña noticia ante esa convocatoria.

-Mijaíl, me has pagado mucho dinero, mucho. Parte de él lo he utilizado en buscar información sobre Lei Zhang. ¿Sabes a qué se dedica realmente?

-Supongo que continúa los negocios de su padre, es muy rico.

Entonces le expliqué sus actividades. No podía creerlo. El asunto del harén lo hizo enrojecer. Quise que Katia estuviera delante, para ejercer más presión.

-No puedo creerlo, es un criminal sin principios ni reglas -exclamó.

-Katia estaría en verdadero peligro ante esa bestia. No voy a entregarla, Mijaíl, no a ese diablo chino.

-¿Cómo echarme ahora atrás? ¿Cómo le explico al padre, que quizá desconozca los turbios negocios del hijo, que no habrá boda? Sin tener en cuenta que el negocio se me va a pique, aunque aún quedan algunos flecos que...

-Dime, Mijaíl, ¿cuáles son esos flecos?

-Todavía hay un fuerte tira y afloja con los precios, pero nosotros ya no podemos bajar más. Hemos hecho un buen precio para un enorme negocio que me ha jurado que hará solo conmigo. Pero está apretando, es un tiburón insaciable, lo quiere todo.

-¿Qué me dirías si te cuento que ese gran negocio, el de las vías y los trenes de alta velocidad, lo va a hacer con otro empresario? -pregunté.

-Eso es imposible, Matvéi. Hijo, de esto no entiendes. Es posible que tengas a mucha gente conocida en altas esferas. No sé cómo has podido enterarte, la verdad, es alto secreto. Puede que el hijo sea lo que me dices, vale, pero esto

no. Solo quedan las firmas, está todo en marcha.

-Hay un hombre que hace lo mismo a mucho menos precio, y va a decantarse por él -anuncié, jugándome el todo por el todo, sin saber si me mataría por esa, para él, blasfemia imperdonable.

-Dime el nombre, Matvéi. Dímelo o te mato aquí mismo, lo juro.

-No solo te diré el nombre. Es que tengo documentos que lo prueban. Mira, echa un vistazo al contenido de este sobre.

Le dejé que lo leyera con calma. El color de su cara fue pasando del blanco verdoso al rojo, y después al morado. Nos preocupó, parecía que iba a darle un síncope. No tenía noticia de los tratos del señor Zhang con su rival.

Entonces, estalló. Se levantó de la butaca, pateó una mesa de cristal, que hizo añicos, empezó a lanzar todo tipo de objetos que iba encontrando contra los cristales de la gran terraza, al tiempo que gritaba los peores insultos que conocía, que no eran pocos.

El ataque le duró unos dos minutos. Le dije a Katia que lo dejara, eso lo calmaría, se estaba agotando físicamente, necesitaba algo así, una explosión física, para que no le diera un síncope.

Si lo guardaba dentro, sería peor. Cuando el salón quedó como un campo de batalla, Zhigulin se vino abajo. Agotó su energía y se sentó en el suelo, entre restos de jarrones de cara porcelana y cristales de la terraza.

Katia se acercó a su padre y lo consoló. Les dejé solos.

Media hora después, Mijaíl me llamó.

-Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí y por mi hija, Matvéi. Saber esto ha supuesto el disgusto de mi vida, pero todavía no había realizado mucha inversión, aunque es cierto que voy a perder muchos millones, pero puedo arreglarlo. Ahora lo que quiero es saber tu opinión. ¿Lo mato hoy o lo dejo para mañana?

-Mijaíl, es una vaca sagrada del poder en China. No podemos acercarnos. Podrías decirle la verdad, pero no te lo aconsejo.

-No puedo hablar con ese hijo de puta. Quería llevarse a mi hija, a mi tesoro, para casarla con ese degenerado de mierda, con ese asesino, con ese putero.

-Te recomiendo, y tengo experiencia en este tipo de situaciones, traiciones y mentiras, que hagas como que no sabes nada -expuse-. Dale tiempo, analiza lo que te cuenta, presiónale con la firma del acuerdo. Tendrá que darte alguna respuesta.

-No sé, no estoy de humor de momento. Ahora, con tu permiso, voy a emborracharme hasta perder el conocimiento.

Mijaíl bebió durante toda la noche, como bebe un ruso, atacando al vaso y a la botella, en una lucha de tú a tú, donde el ruso pierde siempre, pero la bebida también, pues no queda ni gota en las botellas. Terminó cantando cerca de la piscina antiguas canciones militares de la época de la Gran Guerra Patria donde la Unión Soviética venció a los nazis.

Katia y yo queríamos decirle a Mijaíl que nos amábamos, pero no veíamos el momento. A Zhigulin no se le pasaba el disgusto por la traición del magnate chino.

Una semana después, una llamada facilitó las cosas. El padre de Lei llamó a Mijaíl, en persona. Le dijo que el precio era muy alto y que cancelaban el proyecto, pero que se ofrecía a colaborar con él, ya que iban a ser consuegros, en futuras operaciones.

Mijaíl, sin nada que perder, le contó que sabía todo sobre el proyecto con Zajar. El chino, sin capacidad para reaccionar, pues no se esperaba que el ruso lo supiera, disimuló, fingiendo que se oía mal, que la llamada se perdía. Mijaíl, sonriendo, colgó el auricular.

Zhigulin intuyó la verdad. Su gran enemigo, Zajar Bogdánovich, había llegado a ese acuerdo con el chino para arruinarlo a él.

Entre las dos partes, harían que tuviera que hacer una fabulosa inversión en material y en sobornos a cientos de políticos por donde pasarían los trenes, y una vez estuviera todo a punto para empezar, ¡zas!, cualquier excusa por parte del chino habría dejado a Mijaíl en la ruina más absoluta.

Por eso, quiso agradecerme los servicios prestados.

-Matvéi, no soy estúpido. Al principio no me di cuenta, pero ahora lo veo claro. Haberte tomado todas estas molestias solo para salvar a Katia, y también a mí, no puede ser porque sí. Dime la verdad, ¿te gusta mi hija?

-No solo me gusta, Mijaíl. La amo con toda mi alma. Sí. Aunque me mates por haber incumplido lo principal del pacto, que era enamorarme, no he podido evitarlo.

-Lo suponía. Y estoy feliz por ti y por ella. Solo puedo daros mi bendición. Cuídala.

Me miró a los ojos, que estaban humedecidos.

-Cuídala como no he sabido hacerlo yo. Tú sí sabes. Y quieres.

Cuando parecía que ya nada impediría nuestra felicidad, Mijaíl recibió un mensaje en su correo electrónico.

*Ruso, los negocios de mi padre no son cosa mía. No sé qué ha ocurrido, pero la boda sigue en pie y yo espero a mi princesa blanca. Le daré todo. La próxima semana ha de estar en Pekín, sin falta.*

*Lei Zhang*

Los insultos de Mijaíl hacia el chino se oyeron hasta en Mongolia. Le pedí que me dejara ayudarlo una vez más, ya que le debía mucho, pues gracias a él había conocido a Katia.

Le expliqué que un hombre así no renuncia a un capricho. Mataría a quien fuera hasta que Katia fuera suya. Se había convertido en su obsesión.

Contesté a Lei con el siguiente correo electrónico:

*Chino, Katia no está en venta. Ella es mía, como yo soy suyo. Jamás estará contigo, pero tienes la oportunidad de librarte de mí. Te reto a una lucha a muerte en tu país, en tu Pekín. Tú y yo, mano a mano, solos. Sin armas. Dicen que nadie te ha derrotado. Quizá sea porque pagas a los rivales. Pero a mí no puedes sobornarme. Si el miedo te deja escribir, espero tu respuesta.*

*Matvéi Orlov*

La respuesta no se hizo esperar, como imaginaba.

*Matvéi, me gusta mucho tu propuesta. Ya estoy esperándote. Será un placer destrozarte. Disfruta como quieras de tus últimas setenta y dos horas. Dentro de tres días, delante del Templo del Cielo, en Pekín, a las doce del mediodía. Te recogerá un coche y te llevará hasta mí.*

Katia y Mijaíl me rogaron, me suplicaron y hasta se arrodillaron para que no fuera. Pero ellos no lo entendían. Jamás estaríamos seguros ya, nunca. Esa era la solución. En una pelea pactada, a muerte, aceptada por ambos, podía matarlo.

-O él a ti, Matvéi. Y, aunque puedas acabar con él, que quizá puedas, ¿cómo sales luego de ahí?

-Supongo que andando, si me queda algún hueso sano. Y si no, en silla de ruedas o en camilla, pero vamos a ser libres, querida.

\* \* \* \*

Tres días más tarde entraba en una de las mansiones de Lei Zhang.

Me esperaba vestido con un pantalón bombacho negro, del que colgaba el nudo de un cinturón morado; estaba desnudo de cintura para arriba. Tenía un cuerpo muy parecido al de Bruce Lee.

Ese tipo parecía que vivía obsesionado. Sus pasiones lo dominaban. Había entrenado y hecho dieta para tener un cuerpo similar al de la famosa estrella de cine, pero no era tan espectacular.

-Una cosa tengo que reconocerte, ruso -dijo en inglés, el único idioma extranjero que conozco-; huevos te sobran. Y me gusta eso. No vas a salir vivo de aquí, y lo sabes. Incluso si lograras matarme, cosa harto improbable, te pegarán dos tiros en la cabeza. Eso sí, te prometo una muerte rápida y digna. Lo mereces. Cuando quieras, empezamos.

-Estoy listo -dije.

Acostumbrado a rivales que eran luchadores profesionales, pero siempre de deportes, con reglas y árbitro, no esperaba a alguien como yo, que esperaría el momento preciso para colocar un golpe, solo uno, pero mortal. Si para ello era preciso recibir un severo castigo, estaba preparado. Me había preparado toda la vida para un combate como este. Lei tenía veinte años menos que yo, pero eso no me preocupaba.

Me lanzó algunos puñetazos, eléctricos, debo reconocerlo, para medirme. Esquivé todos con facilidad. Era rápido, pensé al principio, pero nada fuera de lo común. Tenía una técnica perfecta en cada golpe. Después pasó a combinar patadas con puños, rodilla y codo.

Recibí tres puñetazos en el pecho, un rodillazo en el estómago y un codazo que bloqueó mi hombro derecho. Un mosquito me habría hecho más daño. A cambio, él se llevó un único golpe, en la garganta, con la palma de la mano. No pude colocarlo bien, debido a la posición. Medio segundo antes y la pelea habría terminado para él, pero pudo medio esquivarlo.

Le costaba respirar. El golpe había hecho su efecto. Entonces cambió todo. Solo había estado calentando. De repente, una apisonadora humana descargó sobre mí todo tipo de golpes, algunos nunca vistos. Con una velocidad pasmosa enlazaba patadas con puñetazos, tanto en giro como en salto. Me rompió la nariz y me saltó un diente.

Después, en una buena presa, me dislocó el hombro izquierdo, en una llave de Jiu-jitsu. La llave era de rotura, pero conseguí moverme para que quedara solo en dislocación. La cosa pintaba mal. Además se me escabulló cuando creí tenerlo en el suelo, mi punto más fuerte.

-Te queda poco, ruso, muy poco. Aún no he empezado en serio. Creía que tenías más clase. He recibido tres o cuatro golpes, es insuficiente para derrotarme. Voy a hacerte una oferta. Tu vida a cambio de mi boda con Katia. Paramos ya la pelea, pues estás perdido, pero salvas la vida, viene ella y tú te largas a tu gran Rusia para siempre.

-¿Qué parte de la frase "a muerte" no te queda clara, chinito? -repliqué.

-Vaya, tu vida te importa una mierda. Eso está bien, hay que saber morir. Pero será doloroso. Has elegido.

-Venga, bocazas, deja de hablar.

De un prodigioso salto, su pie iba a impactar sobre mi rostro, pero esa vez lo cacé. Estaba esperándolo. Antes del viaje, estuve viendo los dos vídeos clandestinos que me facilitó Alexéi sobre sus peleas.

Le gustaba terminar con espectaculares saltos con patada cuando se sentía indudable vencedor. Con un rápido movimiento en círculo con mis manos, le

cogí el pie y se lo quebré por la parte del tobillo. El chasquido se oyó con claridad. A cambio me llevé un brutal puñetazo en la boca, pero ya me daba igual la desfiguración. No tenía sesión de fotos aquel día.

Incluso cojo, como lo dejé, seguía teniendo peligro. Del bolsillo del pantalón sacó un pequeño estilete. Fui por él, yo estaba perdiendo también las fuerzas; me costaba respirar, tenía una costilla fracturada. Dejé que me clavase el pequeño estilete en el hombro.

A cambio de este sacrificio, conseguí agarrarlo, al fin, y derribarlo. En el suelo no tengo rivales. Primero le tronché un brazo y después el otro. Continué con la pierna sana, después, por riguroso orden, la segunda. Sus aullidos de perdedor frustrado me dejaron medio sordo. ¡Qué pulmones!

Entonces, como colofón, le agarré el cuello, dispuesto a terminar quebrándole la primera vértebra cervical.

-¡¡Alto!! Por favor, señor, por favor, es mi hijo. ¡No lo haga! Se lo ruego -dijo el señor Zhang, en un mal inglés.

-Estoy aquí para salvar a la mujer que amo, señor. Su hijo ha dicho que no parará hasta que la traiga a China. Ya no hay boda, ni trato, pero a él le da igual -contesté.

-Lo sé, lo sé, y lo siento de verdad. Pero no va a hacer nada, le doy mi palabra. He estado aquí todo el tiempo, esperando que alguien, como ha hecho usted hoy, bendito día, le diera la lección de su vida.

>>Sabe luchar demasiado bien y me parecía algo imposible. Los pocos que podrían haberlo vencido no querían intentarlo. He disfrutado con la paliza que le ha dado. Ha lesionado ya a demasiados luchadores.

-No, no puedo confiar en su palabra, señor. Tengo que asegurarme que no nos molestará nunca. Solo así podré vivir tranquilo. Si él sigue vivo, prefiero que me maten ahora.

-Sé que mi hijo tiene negocios sucios, siempre lo he tapado, pero esta vez es distinto. Sus caprichos han llegado demasiado lejos. Si no abandona su actitud respecto a ustedes, pronto ingresará en una cárcel de seguridad de China. Él sabe bien cómo son. No saldrá en muchos muchos años.

-Padre, ¿se ha vuelto loco? -dijo Lei en chino, sin poder soltarse de mi presa.

-Dice que si me he vuelto loco -me tradujo-. No, no estoy loco, pero tú sí, hijo. Es hora de que te reconduzcas. El trato con el señor Mijaíl fue solo para dar placer a este hijo impresentable. Se volvió loco con esa mujer.

>>Pero no era rentable, no era bueno para empresas chinas, pero no podía echarme atrás. Dígame, ¿fue usted quien descubrió todo? Tiene usted poder para llegar a sitios donde nadie llega. Lo felicito.

-Gracias.

-Tiene usted que confiar en mi palabra. En China tengo autoridad suficiente como para asegurarle que Lei no los molestará a ustedes jamás. Vuelva con su chica y sean felices. Y mis respetos para señor Zhigulin. Cuando pase todo esto, haremos negocios juntos, seguro. Por favor, no lo mate, usted parece buena persona. Se lo pido como padre.

Solté a Lei. Zhang, el padre, se acercó a mí y me dio un abrazo. Me llevaron a un hospital y allí tuve que estar dos semanas. Las heridas eran serias. Jamás me habían dado una paliza como esa, pero, por Katia, me pareció solo el arañazo de un gatito.

Mi amada Katia, a la que no permití venir conmigo, voló hasta Pekín cuando le dije que estaba vivo. Estuvo en todo momento a mi lado. Lei Zhang estaba en el mismo hospital, en otra planta. Necesitó de algunas operaciones en las rodillas. Me dijeron que nunca volvería a andar bien.

-Dime que no lo has matado, Matvéi. Dímelo. Estoy feliz de que tú estés vivo, solo eso me importaba, pero me gustaría saber que él también lo está.

-No lo hice. Su padre suplicó por su vida. Jura que nos dejará en paz y no volverá a molestarnos. Pero, si lo hace, volveré y ya no habrá piedad.¿Puedes besarme?

-Puedo, pero no sé... temo lastimarte, querido.

-Me lastimarías si no me besaras ahora mismo. ¡Estás preciosa!

## C

Vivimos en Ámsterdam. Tenemos dos hijos. Katia es intérprete para una buena empresa alemana y yo me limito a amarla y a cuidar de mis hijos, mis perros y mis gatos. Me siento más libre que nunca con este par de terremotos. No trabajo para nadie. Mis niños me necesitan más.

Matvéi es el hombre de mi vida. Me cuida, me mimma y me respeta siempre. Somos felices porque somos, los dos, libres. Y sí, le compré un caballo blanco, en el que monta solo a veces para dar gusto a los caprichos de una niña rica que estuvo llena de fantasías.

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufá y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

# **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*— Comedia Erótica y Humor —*

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de esta colección?*

*Gracias.*

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

*Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir  
libros gratis  
recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer  
:)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)  
[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

***La Mujer Trofeo – Laura Lago***

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Esclava Marcada – Alba Duro***

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y*

*Mafioso*

*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Sumisión Total – Alba Duro***

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo*

*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*